

UNA REVOLUCIÓN EN LA ESCUELA



UNA REVOLUCIÓN EN LA ESCUELA

Despertando al Dragón Dormido

Cristina Romero

Editorial OB STARE

UNA REVOLUCIÓN EN LA ESCUELA

Despertando al Dragón Dormido

Cristina Romero

Editorial OB STARE

UNA REVOLUCIÓN EN LA ESCUELA

Despertando al Dragón Dormido

© Cristina Romero (por los textos).
© Anna Maldonado (por la cubierta).
www.annamaldonado.com

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia, o mediante otro método sin permiso escrito previo de la Editorial OB STARE. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Editorial OB STARE (para esta edición)
Apdo. de correos 122
Tegueste 38280 S/C de Tenerife
www.obstare.com; obstare@obstare.com

Primera edición: otoño 2012
ISBN: 978-84-939577-7-3

Depósito Legal: TF 992-2012

Impresión: Malpe, S.A.

Impreso en España

*A Sergio, mi compañero en este viaje hacia el despertar.
Es gracias a su apoyo que este libro está en tus manos.*

Agradecimientos

A Francesco Tonucci.

A A. S. Neill.

A Casilda Rodrigáñez.

A Emmi Pickler.

A María Montessori.

A Mauricio y Rebecca Wild.

A Eva Darias, de la Editorial OB STARE.

A mi Tribu 2.0.

A la Xell (Xarxa d'Educació Lliure), y especialmente a todo el equipo de trabajo.

A Anna Sebastian, por invitarme a Moixaina.

A Eva Cartes, por sus regalos en forma de palabras, que forman parte de este libro.

A Moixaina (con todas las familias que caminaron a nuestro lado durante estos años, y especialmente a María José Vaiana, Laia Casals y Ester Adrover).

A Lliberi Escola Activa (a todas las familias que caminarán a nuestro lado, y especialmente a Loli Ortiz, Manel Martínez y Ana Rodrigo).

A Felix Furés.

A mis dragones Pau, Teo y Elvis.

A mi madre, a mi padre, a mis abuelas y abuelos, a mis maestras y maestros, a todos los adultos que me acompañaron en el camino siendo una niña.

Índice

Introducción	11
Interrogantes y peticiones infantiles antes de entrar en la escuela	19
Capítulo 1: El programa de aprendizaje interno	23
Capítulo 2: Aprender desligado de enseñar	27
Capítulo 3: La libertad de aprendizaje	33
Capítulo 4: Una mirada histórica	43
Capítulo 5: El Amor en la Escuela	49
Capítulo 6: El lugar de la familia	59
Capítulo 7: De maestros a acompañantes	75
Capítulo 8: Los dragones dormidos	81
Capítulo 9: Sobre estrategias escolares invisibles adormilantes	87
Capítulo 10: El despertar	139
Capítulo 11: Qué esperar de un Dragón	151

Introducción

Este tercer¹ libro nace con la idea de seguir apoyándonos en ese Acompañar desde el Amor y el Respeto a los niños, que es un arte adulto y un derecho infantil.

Éste es un libro para madres y padres, pero como quienes acompañamos a los niños muchas veces, la mayoría de las veces, somos maestros, psicólogos, educadores... A nosotros vaya también dirigido.

Quiero aclarar desde ya que valoro a madres y padres como primeros acompañantes de sus hijos y que entiendo como fruto de las circunstancias culturales, sociales, económicas y, sobre todo, a la creencia de que eso tiene que ser así, que sean otros quienes se ocupen de acompañar a los niños.

Éste es un libro que pretende sumarse a otras iniciativas que van en la dirección de cambiar un sistema educativo limitante.

Si estás buscando recetas, como yo también las busqué exhausta, te aviso que no es mi intención que las encuentres aquí...

A veces, el peligro de un libro que trata de «educación» es que alguien encuentre respuestas o directrices, que se vean como de alguien externo a uno mismo que sabe... Y olvidemos así que quien sabe es cada niño y cada uno de nosotros. Este libro viene a recordarnos esa verdad, no a sustituirla por ninguna otra.

Ojalá que las palabras que encuentres aquí te sirvan para seguir caminando más en contacto contigo misma/o y con lo que real-

¹He participado en dos libros anteriores: *Pintaré los soles de su camino* (Ed. Círculo Rojo) y *Una Nueva Maternidad* (Ed. OB STARE, 2011) del cual soy co-autora junto a trece mujeres más.

mente necesitas tú y necesitan los niños a los que acompañas. Ése es su propósito: servir de re-conector contigo, con tu Ser... Solamente desde ahí es que podemos acompañar a los demás en su propio camino.

Si sientes que estás dispuesta/o a dar un gran paso que quizás rEVOLucione tu mirada hacia los niños, la Educación y la vida...

Ponte cómoda/o. ¡Empezamos el viaje!

La semilla de este libro

Es un milagro que la curiosidad sobreviva a la educación reglada, Albert Einstein.

Hoy pisé de nuevo una escuela pública de Primaria.

Después de seis años fuera del Sistema Educativo, volví invitada por una madre, Merche Escursell, y una maestra, Ana Costas, que conocían el libro *Pintará los soles* para charlar con más madres.

Me senté en un aula de primero de Primaria y entonces ocurrió: se empezó a gestar este libro. Sentada en aquella pequeña silla, de golpe me di cuenta sorprendida de que estaba embarazándome de un nuevo libro y comprendí cuál era mi labor. Algo dentro de mí dijo: «El trabajo está aquí». El dragón duerme entre estas cuatro paredes.

Y así, después de tanto camino andado fuera de ese escenario, tomé consciencia de lo importante que es escribir sobre mi experiencia con la Educación, dentro y fuera de paredes como éstas... Y hacerlo desde el corazón.

Es mi deseo ser constructiva con este libro y poner mi energía en lo que sí deseo para nuestros hijos. Confío en el Despertar de los Dragones, y no dedico demasiada energía a quejarme de los motivos por los que están dormidos.

Es tiempo de cambio. Es momento para trabajar en una nueva dirección y de una nueva forma. Esta labor no es solo mi labor, es la de muchas y muchos. Seguramente también la tuya, por eso estás aquí. Bienvenida. Bienvenido.

Es tiempo de sumar juntas/os en la misma dirección. Deseo que este libro sea mi contribución para activar lo que ya está latente en el mundo, en ti, en mí.

Nuestros niños no desean seguir más bajo un sistema educativo limitante.

Es tiempo de abrirnos a nuevas formas de aprendizaje y a nuevas formas de acompañar este aprendizaje sin apretujar, sin dirigir, sin recortar ni estirar... Confiados... Abiertos de corazón y de mente.

Hoy pude respirar de nuevo el aire de la Escuela, y me siguió oliendo a mucha presión y poca pasión: presión en los niños y presión en los maestros. En muchos de ellos advierto la obsesión por los resultados y poco disfrute por el camino.

Pero en los ojos de Ana Costas, la maestra que me invitó a su aula, veo el brillo de la emoción por su trabajo.

Hay mucha presión en los profesores, pero había quien se metió en esto por pasión... Y aún hoy —a pesar de todo— la recuerda.

Es para ti, que también conservas ese brillo, que ahora escribo, para recordarte lo que ya sabes y para apoyarte en tu camino. Pues sí, tal y como tu corazón te dijo siempre, otra manera de acompañar la infancia es posible.

Me gustaría situarte con parte de mi experiencia... Ahora que escribo estas palabras soy madre de tres hijos: Pau (2005), Teo (2008) y Elvis (2011). Antes de que llegaran, trabajé ocho años como maestra de educación especial, logopeda y psicomotricista en la escuela pública, que viví con entusiasmo pero también con una clara sensación de incoherencia interna...

Algo del proceso de enseñanza y aprendizaje vivido durante esos años como maestra me decía que había otra manera de acompañar a la infancia, pero no la veía en ninguna parte. No al menos en el modelo educativo que tan desde adentro conocía. Tuve que salir de allí para encontrarla.

En la Universidad había conocido los geniales trabajos de Francesco Tonucci², pero nadie más me contó que existían múltiples realidades más allá del muro de lo conocido.

Algo que sí me acercó claramente a mi idea de acompañamiento a la infancia fue conocer a Montse Castellà, maestra y psicomotricista, quien me brindó la oportunidad de participar en su gran proyecto «Animat, juga amb ells!»³, en el que las psicomotricistas acompañamos a madres y padres en el juego libre con sus hijos. Ella me mostró que trabajar junto a las familias es posible y enriquecedor para todos... También me regaló el conocimiento de la Pedagogía Sistémica⁴ de la mano de Carles Parellada en el ICE de la Universitat Autònoma de Barcelona.

Luego llegó mi primer hijo, Pau, y no quise llevarlo a la Escuela. Entre otras razones, porque sentí que no tenía sentido que yo acompañara a otros niños mientras a él lo acompañaba otro adulto. Así

que no volví. Me pedí una excedencia. Recuerdo que por aquel entonces pensé que haríamos «educación en casa»...

Otra maestra y gran amiga, Sonia Garrido, al ver cómo estaba «educando» a mi hijo Pau, me mencionó a A. S. Neill⁵ y su gran trabajo en Summerhill⁶. Ella tenía el libro⁷ del mismo título y me lo prestó, le parecía increíble que no lo conociera, pues según ella mi manera de acompañar a mi hijo iba muy en sintonía con lo que decía aquel libro.

Su lectura me conmovió, y me animó a seguir viviendo junto a mi primer hijo una vivencia de respeto mutuo. Acompañé encantada a Pau día a día hasta que tuvo tres años. Nos quedamos felizmente juntos, en casa y fuera de casa, hasta que nació mi segundo hijo. Con la llegada de Teo, las necesidades cambiaron. Necesitaba más manos, más apoyo, para mí y para mis hijos. Recuerdo que sola en casa con los dos, me di cuenta de lo mucho que necesitaba la Tribu perdida... Más adultos (sobre todo mujeres) con quienes compartir yo, y más niños con los que compartir Pau...

Y justo cuando tanto lo necesitaba, apareció Moixaina⁸, un proyecto dentro de la educación libre, fuera del sistema reglado. Una experiencia de la que me enamoré profundamente al primer instante.

²Francesco Tonucci (1941): pensador crítico, psicopedagogo y dibujante italiano que se dedica al estudio del pensamiento y el comportamiento infantil. Ha creado y dirige desde 1991 el proyecto «La Ciudad de los Niños», que propone a los alcaldes de cien ciudades una nueva filosofía de gobierno adoptando a los niños como parámetro de valoración, de proyección y de cambio de la ciudad.

³«Animat, juga con ellos!».

⁴La Pedagogía Sistémica aplica los Órdenes del Amor del psicólogo y pedagogo alemán Bert Hellinger a la Pedagogía. Esta mirada sistémica fue estructurada y aplicada a la Educación por Angélica Olvera García, Directora del Centro Universitario Doctor Emilio Cárdenas (CUDEC) de Méjico.

⁵Neill, A. S. (1883 - 1973): educador progresista escocés, artifice y fundador de la escuela no-directiva Summerhill, siendo sobre todo conocido como entusiasta defensor de la educación en libertad.

⁶Summerhill es una escuela inglesa fundada en 1921. Es una de las pioneras dentro del movimiento de las escuelas democráticas. Atiende a niños de educación primaria y secundaria. Una escuela democrática se caracteriza por dos principios básicos: la posibilidad de que los alumnos escojan si quieren asistir a clase y la dinámica de las asambleas, donde todos participan para decidir las normas de la escuela. Actualmente, la directora es la hija de A. S. Neill, Zoë Neill Readhead.

⁷Neill, A. S.: *Summerhill*. Ed. Eumo, 1988.

⁸<http://www.moixaina.net/>

Recuerdo que era marzo, y el proyecto ya llevaba tiempo funcionando, pero para mí fue como descubrir de veras el cielo. Una mamá, Eva Cartes, que estaba allí aquel primer día, me regaló estas palabras mientras yo escribía en este libro:

«Recuerdo el día que llegaste a Moixaina, Cristina. Parecía que los ojos se te quedaban pequeños y que no podían abarcar todo el buen rollo que hacía cola para entrar. Tu expresión era todo un poema, y sin ningún tipo de duda, parecía que estabas en el lugar que te correspondía y que aquellos árboles y todos nosotros, hacía tiempo que os esperábamos».

Llevé allí a mi hijo mayor, que su primer día tenía tres años y un mes, pero no para dejarlo. Su hermano de tres meses y yo nos quedamos con él. Pero no para marcharnos una vez pasado un tiempo...

Esta experiencia es una propuesta para familias con hijos de 2 a 6 años donde madres y padres acompañan todo el tiempo a sus hijos, si así pueden y lo desean. En un lugar con predominancia de propuestas al aire libre, comparten experiencias madres, padres, niños y educadores.

Y en esa vivencia enriquecedora fue que tuve la oportunidad de experimentar en vivo otra manera de acompañar a los niños, para dejar ideas como maestro y alumno en el suelo: en el suelo, en la tierra, para transformarse en algo nutritivo.

Pude vivir en ese extraordinario contexto una Educación que acompaña el proceso natural de aprendizaje de los niños, desde la confianza en su potencial, respetuosa, no invasiva. Así fue que también dejé caer la palabra Educación que tanto pesaba...

Y cuánta energía recobré con tan solo acompañar a los niños allí donde quieren llegar. Respetando su dónde, su cómo y su cuándo...

De mi experiencia como madre en Moixaina pasé a la de trabajar como acompañante en el mismo proyecto. Durante mi transformación de «maestra» a «acompañante» de procesos de aprendizaje

gané en pasión y energía, en disponibilidad para el resto y en paz para conmigo...

Esa completa vivencia reubicó mis anteriores dudas y mis malestares dentro del Sistema Educativo. Pude ver, oír, oler y tocar un lugar de respeto profundo por los niños y sus procesos de aprendizaje. También para con las familias... Un lugar alejado de juicios donde poder Ser... Pero cuando Pau cumplió 6 años, se acabó para nosotros como familia la experiencia Moixaina y empezamos a poner nuestra energía en el siguiente paso: una Escuela Libre de educación primaria (de 6 a 12 años) donde poder seguir creciendo juntos.

Por un tiempo pareció una idea difícil de materializar y estuvimos viviendo una gran experiencia como familia *unschooler*⁹, pero con gran alegría en mi corazón puedo contarte que en septiembre de 2012 abrió por primera vez sus puertas la Escola LIBERI¹⁰, la Escuela donde seguiremos caminando juntos como familia. LIBERI Escuela Activa es un proyecto de Educación Primaria en Premià de Mar (Barcelona), de carácter privado y dentro del sistema educativo reglado que nace de la gran tradición de escuelas activas catalanas y apuesta, aún sin demasiadas referencias cercanas, por la educación libre durante la educación primaria.

Para mí es un proyecto-sueño que he podido acompañar estrechamente desde que lo gestaron Manel Martínez y Ana Rodrigo, los padres de esta gran Escuela donde tengo muchísimas ganas de seguir viviendo la gratificante experiencia de acompañar a los niños en su libertad de aprendizaje, y poder hacerlo con las puertas siempre abiertas a sus familias.

⁹Veremos este concepto de «no escuela» en el Capítulo 7.

¹⁰<http://www.escolaliberi.com/>

Es desde el agradecimiento profundo por estos regalos de la vida que escribo estas palabras, con el deseo de que cada día existan muchas más vivencias parecidas y nazcan o renazcan experiencias que compartan esa esencia de cuidado, la misma que ofrecen estos proyectos.

Salirme del camino conocido me ha devuelto, curiosamente, a ese mismo camino que dejé, para proponer un cambio de mirada a mis compañeras y compañeros de viaje. A personas que, como tú, quieren hacer las cosas de otra manera...

Antes sentía cierto malestar por mi práctica educativa o la de mis compañeros dentro del Sistema Educativo tradicional; ahora, claramente cuestiono como conveniente para los niños la acción educativa que está tan establecida y aceptada...

Puede que esto que digo te sorprenda o te choque. Déjame que lo matice a lo largo de este libro.

Interrogantes y peticiones infantiles antes de entrar en la escuela

Queridos maestros:

Hoy me habéis mostrado un lugar agradable, con dibujos en las paredes y donde he encontrado a muchos más niños en mi misma situación.

Pero quisiera comentaros algunas cosas que he visto desde la gran perspectiva que me da mi corta altura. Y que quizás hayáis pasado por alto.

Le habéis dado mucha importancia a mi aula. Pero yo he visto camino allí que hemos pasado por un lugar que me parece más interesante llamado patio. Ese lugar exterior donde podemos hacer y vivir tantas cosas esos niños y yo...

En mi clase he visto que hay demasiadas sillas y mesas y poco espacio para jugar. ¿A caso tenéis otra intención para nosotros diferente al juego? Ya sabréis que para los niños es vital crecer jugando y que así lo ha consensuado y programado por largo tiempo nuestra biología.

También tengo algunas dudas para vosotros con respecto a mamá y a papá. ¿Por qué se tienen que marchar sin mí? Papá se quedó sin trabajo y podría acompañarme todo el tiempo. Pero me dice mirándome a los ojos que vosotros no lo dejáis. Yo entiendo que tal y como tenéis inventada mi aula, papá se tendría que quedar sin lugar donde sentarse, pero él y yo podríamos sentarnos encantados en el suelo.

El suelo, con alfombras y cojines, es un lugar maravilloso para jugar y aprender a construir tantas cosas...

Y veo que el patio está esperando que saquemos allí algunas de las cosas que abarrotan la clase. Entiendo que algunos

materiales podrían dañarse, a esos no me refiero, sino a tantos otros que ganarían sentido al aire libre, como los caballetes de pintura o el barro...

Dijo mi mamá que desde el año que cumpla mis 3 años de vida hasta que cumpla 12 estoy obligada a permanecer en este lugar desde la mañana a la tarde, todos los días laborables de un extenso calendario escolar donde me dirán qué aprender, cómo y cuándo.

Y que luego pasaré a otro edificio hasta los 16.

Me pregunto si tendré cierto margen para decidir sobre mi vida en este espacio que me habéis mostrado.

Me pregunto si olvidaré, en todo este tiempo, mis sueños, mis ganas de comerme el mundo...

Me pregunto si alguien de vosotros me acompañará empáticamente, amorosamente y simplemente me permitirá expresarme sin juzgarme cuando me sienta enfadada, triste o perdida.

Me pregunto si podré disfrutar de la vida el tiempo restante que me quede... las tardes, los fines de semana, las vacaciones...

Ahí parece que ya puedo gozar en libertad, pero he oído hablar de los deberes y las actividades extraescolares, que también pretenden ocuparme en asuntos importantes.

Siento que una agenda tan apretujada puede hacerme llegar al final del día sin tiempo para conectar conmigo y con lo que realmente me importe.

Los adultos —sin pronunciar esas palabras exactamente— os pasáis todo el tiempo pareciendo decirme: «Olvídate de eso que quieres, sientes, piensas, necesitas... sustitúyelo por esto otro que yo te digo. Yo sé lo que tú necesitas. Yo soy el que sabe sobre ti. Yo soy el que sabe lo que te conviene».

Vale, pero entonces volveré a mirar a fuera de mí misma la próxima vez... No me responsabilizaré de mi proceso ni de mi salud ni de mi felicidad. Y entenderé que depende de lo que otros me indiquen como camino adecuado para mí.

Hoy he mirado a los ojos a los niños mayores. A los más altos que van a vuestra Escuela. Y no me han gustado sus miradas ausentes, dormidas.

Es en realidad por ellos que me he decidido a plantearos hoy mis dudas. Y haceros llegar mis peticiones:

- Pido que el aprendizaje favorezca el conocimiento y el reconocimiento de la naturaleza de cada uno de mis compañeros, con sus ricos matices y sus potencialidades, con sus características únicas y especiales. Para que cada uno de nosotros pueda convertirse en su mejor cuidador, en el que mejor sabe lo que le conviene para sentirse sano, pleno, feliz y satisfecho con su vida.
- Pido que dejéis que nuestra curiosidad nos guíe. Que dejéis que la creatividad traspase los límites de lo conocido por vosotros. Dejad que experimentemos lo que nos interese conocer. Dejad que juguemos con la vida a nuestra manera. Por su puesto, sin dañar a nadie, ni material alguno.
- Os pido que respetéis nuestra libertad para aprender, cada uno y cada una a nuestra manera, lo que es ser y estar vivos. ¿Os hacéis una idea de lo ligado que está este respeto por el proceso de cada uno con su felicidad? Decidme lo que tengo que hacer y vivir, pero no me pidáis que sea feliz. Déjame hacer lo que necesito hacer y vivir en esta vida y me veréis feliz.

Gracias desde ya por todo lo que vamos a vivir juntos en este gran pedazo de mi vida.

Afectuosamente, Una niña de P-3.

Capítulo 1

El programa de aprendizaje interno

Lo único que interfiere en mi aprendizaje es mi Educación, Albert Einstein.

Los adultos estamos tan acostumbrados a dirigir y guiar a los niños que incluso creemos que les estamos ayudando. Con toda la buena intención, buscamos cómo rellenarles su día a día con nuestras propuestas y actividades de lo más interesantes y estimulantes para que no se aburran, para que aprendan mucho, para que tengan una buena educación...

Desconocemos que les estamos distrayendo y alejando de su propio programa interno de aprendizaje. Y que cada vez esperarán más que les entretengan desde afuera en lugar de conectar con su escucha interna. Pero los niños vienen capacitados para guiar óptimamente su aprendizaje desde adentro. Si los adultos que los acompañamos así se lo permitimos...

Cuando un niño empieza a ser guiado en lo que «le conviene» aprender, pospone su propio programa interno de aprendizaje y delega el desarrollo de su potencial de su plan de ruta en manos de los adultos. Los adultos se convierten entonces en «quienes saben», y tienen la responsabilidad sobre el propio aprendizaje.

Un niño que desde siempre ha sido respetado en su libertad de aprendizaje es sencillamente capaz de escucharse y seguir los dictados de su corazón. Cuando un niño ha sido continuamente motivado desde el exterior, dirigido desde afuera, aprende a acallar su corazón y esperar indicaciones ajenas.

Pero eso sucede desde la desconfianza de los adultos, según los cuales los niños vienen a perder su tiempo jugando y haciendo cosas

que no les convienen. Como si jugar no se correspondiese con un sofisticado mecanismo evolutivo desarrollado por nuestra especie que permite elaborar y comprender el mundo de una manera sencilla y fascinante para los niños...

Los adultos, desde los despachos, elaboramos «currículums»¹ y «programaciones»² y pensamos «qué, cómo y cuándo» tenemos que «enseñar» a los niños para que aprendan. Creemos que si no decidimos todo eso, los niños no aprenderán «lo que tienen que aprender».

Nuestras intervenciones educativas están basadas en la desconfianza o el miedo: hacia los niños, hacia nosotros, hacia la vida. El Sistema Educativo que conocemos es un modelo que en su esencia desconfía de la humanidad y de su capacidad de aprendizaje. Es un sistema que limita, modela, dirige, estira y recorta a los niños.

Los adultos dirigimos y pretendemos controlar la vida de los más pequeños. Les decimos qué hacer, qué aprender, por una inconsciente falta de respeto a ellos, a la humanidad, a la vida.

Desvalorizamos todo el gran potencial que llevan dentro para construirse a sí mismos. Desconocemos u olvidamos que cada ser humano dispone de un programa de aprendizaje propio, interno, valioso, único, vivo, legítimo... que necesita ser protegido. Estamos demasiado ocupados y preocupados con nuestros propios objetivos y proyectos

para los niños como para permitir y concebir que existan los suyos. Y mucho menos que sus propios deseos o inquietudes sean más adecuados que los que podamos proponerles nosotros...

Pero vayamos poco a poco...

¿Qué es aprender?

¹Entendemos por 'currículum' de la educación primaria los objetivos, competencias básicas, contenidos, métodos pedagógicos y criterios de evaluación de esta enseñanza.

²Unidades didácticas ordenadas y secuenciadas que se diseñan en cada área o asignatura para un nivel o ciclo educativo. Contienen los elementos que intervienen en el proceso de enseñanza-aprendizaje: contexto, objetivos, contenidos secuenciados, metodología, criterios, estrategias y procedimientos de evaluación, estrategias de atención a la diversidad y adaptaciones curriculares previstas si fuera el caso, materiales y recursos didácticos. Son las intenciones que orientan el diseño y la realización de las actividades necesarias para la consecución de las finalidades educativas. Se formulan en términos de capacidades.

Capítulo 2

Aprender desligado de enseñar

Solo se aprende lo que se aprende por uno mismo, Pere Vergés.

El aprendizaje es una función vital de supervivencia que hemos desarrollado como organismo vivo. Venimos dotados biológicamente para ello desde antes del momento del nacimiento... Aprender está ligado a una cuestión muy primaria para el ser humano y que tiene que ver con una fuerza interna que le impulsa hacia el crecimiento y la vida. Aprender es algo continuo, que se activa ya en nuestra etapa intrauterina y permanece en nosotros a lo largo de toda la vida... Aprender es algo íntimamente ligado al ser humano por toda su vida, cada día de su vida, desde que se inicia hasta que termina el día.

Afortunadamente, aunque adultos, madres, padres, pedagogos, maestros y educadores a veces pareciera que deseamos lo contrario... nadie puede aprender por nadie. Aprender es algo que cada uno construye desde adentro y que nadie puede construir —ni destruir— en nosotros. Aprender es algo que nadie puede hacer por nosotros y para lo que estamos especialmente dotados en la infancia, pero que se extiende a toda nuestra vida. Los niños son insaciables buscadores de experiencias vitales, continuamente encuentran nuevos retos y preguntas sobre el universo del que forman parte...

Ese impulso innato tan grande que sienten en su interior puede ser más fuerte y alimentar tanto o más que el hambre o el sueño... Aprender no va unido necesariamente a que otro te enseñe.

Y, sin embargo, ahora creemos —a mi entender desenfocadamente— que nuestra especie necesita estimulación, motivación externa para aprender... Y es cierto que en las Escuelas pocas veces se respira ese aroma a curiosidad insaciable del que te hablaba... La Escuela parece

una enorme máquina sorda donde se nos quitan las ganas de aprender, una máquina que nos empuja más o menos sutilmente a encajar en determinados moldes.

Entre esas paredes nos están robando el deseo, el protagonismo vital, la alegría de guiar nuestro aprendizaje vital desde adentro... A fuerza de decirme por lo que me debo sentir interesado en cada momento... pierdo la fuerza, el impulso vital, la chispa, el brillo en los ojos y trato de sobrevivir, someterme y acomodarme lo mejor posible... adaptándome a lo que me digan que tengo que hacer, aprender, decir y sentir.

En las Escuelas anulamos deseos y los sustituimos por deberes y obligaciones. Pero también sucede en las casas...

Allá donde vamos, los adultos desconfiamos de los anhelos infantiles, pues creemos que les llevarían a lugares poco importantes... ¡Qué pretenciosos somos los adultos, que creemos tener mejor plan, mejor programación para cualquier niño que la suya propia!

Bienvenido el deseo de aprender lo que uno quiere aprender y no lo que otros le insisten que aprenda!

Queremos sustituir su propia programación viva y apasionada, perfeccionada y transmitida cuidadosamente en su biología por 2,5 millones de años de evolución de la especie por otra consensuada por la comunidad educativa de turno.

El cerebro humano no se ha formado en nueve meses, sino en unos siete millones de años de experiencias de la Humanidad, acumulando los conocimientos, las habilidades, las vivencias de nuestros ancestros...

Cada niño viene totalmente dotado de una programación única e infinitamente más rica que la que le podamos ofrecer. Una programación viva, orgánica, actualizable a cada instante, capaz de tomar la información necesaria de toda la evolución humana y, a su vez, la información que solamente compete a cada ser.

Y esa programación viene rodeada de dones o talentos e intereses únicos. No todos necesitamos aprender lo mismo. Ni de la manera en que lo aprenden otros. La Vida necesita de nuestra vivencia única y de nuestro aporte único. Si un niño está interesado por algo —sea lo que sea— tiene todo el valor.

Nos sorprenderíamos si permitiéramos que cada ser siguiera su programa interno. Desde la fuerza invencible e infinita que le da la motivación interna, guiada por su corazón. Nos sorprenderíamos a corto y a largo plazo.

Me gusta ver el aprendizaje sin jerarquías, donde no es más importante aprender matemáticas que ir en bicicleta; donde cada cual en su interior pueda trazar las conexiones que necesite para construirse su particular visión del mundo, de la vida, de sí mismo.

La libertad de aprendizaje está estrechamente ligada a la felicidad... A la felicidad individual. Pero, sobre todo, a la felicidad colectiva.

Entonces, ¿qué sucede con la Enseñanza actual?

En nuestra cultura, pero sobre todo dentro de nosotros mismos (en nuestra idea interna de Educación), dos palabras han quedado estrechamente ligadas: Enseñanza y Aprendizaje. Es algo así como que creemos que el aprendizaje va unido a la enseñanza... Nos parece algo extraño o poco probable que alguien aprenda sin que otro le enseñe... O para ser más concretos: pareciera que los niños no aprenden sin que alguien les enseñe. Que aprenderán menos... Que son incapaces de ello... Que necesitan de ese agente externo... Pero, ¿eso es de veras así?

Te animo a que veamos juntos esta idea tan instalada en nosotros con más calma y abramos las puertas a revisarla, pues de ello depende un gran cambio interior y exterior.

En las Escuelas llamamos a los niños 'alumnos', poniendo así el énfasis en que están allí para aprender de los 'maestros', no en que

han venido a aprender y que existe una gran parte de ese aprendizaje que desarrollan por sí mismos o por el contacto con otros niños¹.

Estas palabras me muestran que hemos aceptado sin rechistar que unos saben lo que a otros les conviene, y los guían —con más o menos prisa, amabilidad y entusiasmo— hacia allí.

Pero, ¿y si no fuera cierto que existe alguien (aparte de cada propio niño) que sabe lo que realmente le conviene aprender en cada momento? Aceptamos sin cuestionar que sabemos lo que le conviene a los niños y que tenemos la legítima autoridad de llevarlos hacia donde les «conviene». No importa lo que eso cueste. No importa si ese destino luego no es tan conveniente. No importa si cada niño traía un programa, una ruta, unas ganas y un potencial para llegar a un destino diferente... Lo importante es modelar (más o menos suavemente), guiar (con más o menos prisa) para llevar a los niños a donde «los que saben lo que les conviene» dicten.

Lo cierto es que todos estos términos que a mí personalmente no me convencen ('educación' o 'enseñanza', 'maestro' o 'educador') se utilizan en todo lugar. Y he de admitir que se utilizan adecuadamente...

¹Los 'alumnos' son aquellos que aprenden de otras personas. Etimológicamente, 'alumno' proviene del latín 'alumnus', participio pasivo del verbo 'alere', que significa 'alimentarse'. También las palabras 'educación' o 'enseñanza', tan aceptadas e incorporadas en nuestro día a día, tienen unas connotaciones que no me convencen... Tampoco 'maestro' o 'educador'... La palabra 'educar' comparte la raíz de la palabra latina 'ducere', que significa 'guiar' o 'conducir'. El mismo significado que encontramos para la palabra griega 'pedagogo': 'paidós' (niño) y 'agogós' (que conduce). En latín, 'educare' también «alimentar, llenar de conocimientos al alumno, que es alimentado».

La palabra 'maestro' proviene del latín 'magistri', derivada de 'magis' (más) y 'stare' (estar de pie o parado); es decir: «el que está parado más alto». En latín, 'magister' significa «el que ha alcanzado el más alto grado de conocimiento y competencia en su grado o profesión, y por eso da lecciones».

Actualmente se Educa y se Enseña en las Escuelas. Y también en las calles, en los parques y en las casas... Con toda la buena intención. Pero eso se da por partir de un enfoque, una mirada adulta, que desconfía u olvida que los niños vienen «de serie» muy bien equipados para aprender, sin necesidad de ser enseñados... O también porque interesa más sustituir su programa interno de aprendizaje por otro externo... Pero yo me permito poner en duda como beneficiosa esa sustitución porque, por una parte, me parece invasiva con los niños; igual de invasivo que sería que alguien decidiera por ti desde un lugar jerárquico de poder algo que te afecta solo a ti... igual de invasivo que te quitaran algo que es tuyo... Y, por otro lado, no veo que ayude en algo a la felicidad de los niños ni a la de la sociedad futura en la que vivirán...

El actual Sistema Educativo, a mi entender, necesita un cambio de mirada que nos reubique a todas y a todos, y donde podamos acompañar realmente a los seres humanos en ese primer período, tan importante para el desarrollo, llamado «infancia».

Desde este cambio de mirada, me satisface más enfocar y denominar el 'aprendizaje' como «procesos de aprendizaje», y a los que los acompañan, 'acompañantes'². Los llamo 'procesos' en plural porque no hay «un» solo proceso, sino tantos como seres.

²La palabra 'acompañar' proviene del latín, formada por el prefijo 'ad-' (hacia), la palabra 'con' (junto) y la palabra 'panis' (pan). El término 'compañero', del latín popular 'companion' (el que comparte habitualmente su pan con). El prefijo 'con-' en la palabra 'compañero' significa «al mismo tiempo que». Eso me gusta especialmente, pues no es que alimente, sino que se nutre a la vez que el otro.

Capítulo 3

La libertad de aprendizaje

Cuando propongo un cambio de mirada y apuesto por respetar la libertad de aprendizaje de los niños, estoy pidiendo que confíemos en su capacidad de aprendizaje y en su propia programación como guía. Me estoy refiriendo a devolverles la libertad para construirse a sí mismos.

Aunque lo desconozcamos o lo hayamos olvidado, somos libres de aprender lo que queramos en esta vida. Y si no respetamos esa idea, estamos perdidos. Y estamos haciendo que nuestros niños se pierdan.

Entiendo que si piensas en los niños que conoces, niños acostumbrados y adaptados al Sistema Educativo establecido, te cueste imaginar niños capaces de guiar su aprendizaje desde adentro. Tienes razón, esos niños, de los que hablaré más detalladamente en el Capítulo 5, necesitan primero una especie de período de recuperación: recuperación de la confianza en sí mismos, recuperación de la escucha a su propia voz interior. Un tiempo indefinido para restablecer y reactivar su poder, el poder del Dragón. Un tiempo junto a la mirada amorosa y confiada del adulto para volver a conectarse consigo mismos.

Pero existen otras realidades... Hay vida más allá de la Escuela que conocemos... Y en esa otra realidad, los niños, libremente y por iniciativa propia, aprenden apasionadamente. Te lo cuento para que juntos extendamos esa posibilidad a todos los niños. Para ello es necesario que antes puedas crear una nueva Escuela dentro de ti, en tu idea de lo que es posible vivir en ella, para luego poder verla materializada fuera.

Ojalá que pronto tengas la experiencia viva de acompañar a niños que, sin el somerimiento y la opresión del sistema educativo

actual, se mantienen conectados con sus ganas infinitas de aprender en este apasionante mundo.

Haber vivido una experiencia de confianza y respeto por la sabiduría de mis hijos desde el primer instante de sus vidas me ha llevado de su mano por caminos asombrosos, rebosantes de aprendizaje. Para ellos, para mí. Pero entiendo los recelos de todo aquél que carezca de la experiencia viva de estar junto a niños que siguen su propia programación y administran sabiamente, a la vez que gozan, su libertad de aprendizaje.

Y es que en nuestras mentes almacenamos muchas creencias e ideas limitantes que nos impiden ver más allá de lo conocido. Concretamente si pensamos en «libertad de aprendizaje» puede que en nuestra preocupada cabeza aparezca una larguísima lista de cosas que creemos van a necesitar aprender... O que nos preocupe que si les dejamos aprender lo que deseen, se pierdan algo importante... O bien sus necesidades y demandas nos pudieran parecer absurdas, descabelladas o que no sirven para nada... Sobre todo desde nuestra visión adulta, dentro de unos parámetros mentales estrechos, ligados a productividad...

Pero si logramos abrirnos mentalmente y confiamos en ese programa interno que trae cada niño, podemos aventurarnos de su mano por caminos aparentemente absurdos que nos llevarán a lugares asombrosos.

Volver hacia allí nuestra mirada y nuestra escucha puede requerir de gran humildad y sensibilidad por nuestra parte, pues muchos adultos, a estas alturas del cuento, ya ni escuchamos nuestra propia voz. Tan solo escuchamos la de una parte dominante de nuestra mente, ubicada hemisferio izquierdo, racional, analítico, masculino. Una parte con la que apenas sabemos escuchar qué nos hace felices realmente o simplemente qué necesitamos.

Creciendo dentro de un mundo como el nuestro, hostil a nuestras necesidades reales, no tenemos consciencia de haber experi-

mentado jamás libertad alguna para construirnos a nosotros mismos. Así, los adultos, perpetuando la misma vivencia que tuvimos, nos creemos responsables y dueños del proceso de aprendizaje de los niños... Los dueños de su propio proceso... En nosotros quedó la impronta de que también nos dijeron por dónde encaminar nuestra vida y «tampoco nos ha ido tan mal», nos decimos.

He observado que en nosotros los maestros está activada, cuando empezamos este camino, una poderosa actitud positiva hacia los niños, traducida muchas veces en hacer uso de la motivación externa llamada «positiva»: programaciones más enfocadas en el juego (la mayoría de las veces guiado, no espontáneo) y en la diversión, así como una actitud sonriente, paciente y «amistosa», pero que internamente tenemos la misma desconfianza en ellos que vivimos en nosotros siendo niños...

Solemos llamarles los protagonistas de su aprendizaje... Pero a su vez tenemos unos objetivos y una programación para ellos... Es como si les consideráramos protagonistas de la película de la cual somos directores... Con más o menos paciencia, con más o menos amabilidad... pretendemos decirles qué, cómo y cuándo aprender.

Muchos conocemos el constructivismo¹, y muchos creen que su propia escuela aplica este enfoque, a saber: «que el niño es quien construye su aprendizaje. Pero me gustaría que viéramos, además, la importancia de respetar su libertad para construir el aprendizaje que elijan, y no que decidamos dónde estará el llamado «aprendizaje significativo» para cada cual.

¹El constructivismo plantea que el verdadero aprendizaje humano se produce a partir de las «construcciones» que realiza cada alumno para lograr modificar su estructura y conocimientos previos. Este aprendizaje es lo opuesto a la mera acumulación de conocimientos que postula la educación como sistema transmisor de datos y experiencias educativas aisladas del contexto.

Del esfuerzo adulto a la confianza en el niño

Es gracias a haber estado trabajando en muchas Escuelas dentro del Sistema que he podido observar cómo nos esforzamos con mil montajes y argucias para desarrollar capacidades y competencias en los niños. Una actitud que se diferencia demasiado poco del viejo cuento de esforzarnos por introducir conceptos y contenidos en de los niños.

Pero no solo los niños no son páginas en blanco que rellenar (como bien aprendemos los maestros en la universidad) y tienen conocimientos previos que es adecuado tener en cuenta para ajustar nuestra práctica educativa, sino que la humanidad viene preparada de serie para aprender, por naturaleza; y para desarrollar naturalmente capacidades y competencias.

Si dejamos que los niños sean verdaderamente los protagonistas y nos trasladamos a un discreto segundo plano, disponibles, fascinados por el milagro del aprendizaje, fruto de la pasión por descubrir y co-crear la vida, ocurre el GRAN milagro ante nuestros ojos: «los niños aprenden». Y aprenden de manera óptima, de manera significativa y útil para poder conectar sencillamente cada aprendizaje con los nuevos aprendizajes posteriores.

¡Dejemos de desperdiciar energía y recursos en señalar con el dedo lo que nos parezca importante transmitir a las generaciones futuras! Pues ellas —desde el respeto por su libertad para aprender lo que deseen aprender— vienen totalmente equipadas y capacitadas para vivir una vida feliz y respetuosa con el medio ambiente, consigo mismos y con sus semejantes.

Es curioso que justifiquemos el actual Sistema Educativo por el bien colectivo o social cuando a mi entender nuestro mundo sería mucho más rico, creativo y feliz desde este respeto por la libertad de aprendizaje. Forzamos a los niños a aprender sobre la vida lo que para nosotros es lo importante de la vida.

—Sí claro, pero es que yo he venido a vivir la vida a mi manera y a sacar mis propias conclusiones sobre lo que para mí es importante...

La curiosidad innata, las ganas de experimentar, el juego y la creatividad son herramientas poderosísimas que, permitiéndolas libremente en los niños y en los jóvenes, hacen que el aprendizaje se convierta en algo sencillo, rico, fluido y vital.

Los problemas llegan cuando intervenimos pretendiendo usar esos mismos recursos innatos en los niños según nuestra conveniencia, y no la suya: cuando señalamos hacia dónde deben sentir curiosidad, cuando les enlatamos qué experimentar o proponemos nosotros unos divertidos juegos que les ayuden a aprender tal o cual cosa...

—Gracias, pero ahora no. Si alguna vez necesito todo eso que me quieres contar... ya lo encontraré y aprenderé cómo y cuándo necesite.

O cuando mostramos modelos únicos o esperamos tan solo determinadas respuestas y empequeñecemos su gran creatividad. ¿Acaso lo que nos pasa es que desconfiamos de sus propias ganas de aprender o quizás de sus propias capacidades para desarrollarse?

Cuando desde su propia voz interior necesiten saber algo, se acercarán a esa experiencia con todo su ser hasta agotar la necesidad de saber sobre eso. Y no nos preocupemos si llegan más o menos lejos en su investigación sobre cualquier tema. Cuando sea su momento, con el fuego de la motivación interna, absorberán lo necesario de esa experiencia hasta saciarse.

Mi madre nos inculcó que cuando realmente quieres algo tienes que luchar por ello, y que lo puedes conseguir: es cuestión de constancia y perseverancia, Jane Goodall.

Las conexiones neuronales que realicen los niños desde la propia motivación serán más ricas, sólidas, duraderas y accesibles en

otro momento. Las conexiones neuronales que se forman al aprender algo impulsado desde adentro, desde la propia curiosidad e interés, son conexiones fuertes y difíciles de perder. A diferencia de las pobres conexiones, exentas de pasión, que pretendemos se produzcan en nuestros alumnos cansados, aburridos y desmotivados, obligados a realizar conexiones temporales, a fuerza de repetición, válidas durante el tiempo suficiente para superar un examen.

Todo lo que en su día se aprendió de memoria, más tarde es mucho más difícil entenderlo, Edouard Claparède.

También impedimos que realicen conexiones cuando interrumpimos sus descubrimientos, sus juegos, sus experimentaciones...

De la obligación al placer, primer motor del aprendizaje

¿Te das cuenta de cuánto tiempo has invertido aprendiendo cosas que no te interesaban? Eso es desperdiciar tu energía, tu potencial de vinculación con la vida. Y puede que a muchos le quitara las ganas de llegar más lejos en el Sistema Educativo.

Si tu hijo, supongamos, quiere ser científico, porque lo siente, porque es su pasión, se dedicará a aprender todo lo que necesite para ello, incluidos idiomas, matemáticas o lo que sea; movido por su fuego interno, sacará la energía desde muy adentro.

El conocimiento está interconectado, estrechamente ligado, en nuestro cerebro, en la vida misma, y si para llegar a mi meta encuentro que necesito incorporar determinadas herramientas que aún no poseo, las buscaré. No necesitamos que nadie nos señale por qué cosas debo sentirme interesado. Y mucho menos obligarme a aprenderlas. El precio de esa obligación es que ponemos en riesgo el placer inherente a aprender. Qué diferente es esta misma situación para alguien a quien no le interesa la química, y yo se la enseño «por su bien».

¿Conoces a alguien que haya estudiado solamente hasta cuando le obligaron? Habrá quien piense que menos mal que le obligaron, pues si no ni eso habría estudiado.

Yo veo que todos los seres humanos, sin excepción, encuentran placer aprendiendo de la vida: realizando conexiones y viviendo experiencias. Pero cuando forzamos el aprendizaje y lo dirigimos desde afuera a nuestra voluntad, ponemos en riesgo ese disfrute interno que es el primer motor del aprendizaje.

Hemos trasladado ese placer y ese bienestar, inherentes a la experiencia misma de hacer nuevas conexiones internas, a experimentar lo solamente por los premios o las metas impuestas. Nuestros estudiantes se esfuerzan por sus objetivos de notas, por obtener títulos... pero ya pocos disfrutan del camino y del proceso. Creo que es porque este Sistema Educativo acaba por desenfocar y perder a cualquiera... En él, los que tienen ganas de experimentar vivencialmente son reprimidos y dirigidos hacia experiencias enlatadas, acotadas y predefinidas, y mejor si no se ensucian ni levantan demasiado jaleo para los adultos.

Y los que tienen ganas de llenarse de conocimiento muchas veces acaban motivados a sacar buenas notas en todo y para ello enfocan su energía en los resultados de pruebas y no en investigar y preguntar todo lo que les interesa verdaderamente.

La libertad de aprendizaje, facilitadora de un desarrollo natural de capacidades y competencias

También ocurre que asociamos a niños aprendiendo en libertad con niños que aprenden poco o menos que los niños escolarizados en el Sistema Educativo tradicional. Pero dejemos de considerar la libertad de aprendizaje en pequeño: si la valoramos, por ejemplo, en la etapa de 6 a 12 años, los niños en un ambiente rico en experiencias, acompañados emocionalmente, aprenden a ser y a actuar de manera autónoma, aprenden a pensar y a comunicar, a descubrir y tener iniciativa,

a convivir y habitar el mundo... desarrollando satisfactoriamente las ocho competencias² que el alumnado tiene que desarrollar en la educación básica y que enmarcan el currículum.

Desde el respeto por la libertad de aprendizaje, observamos que los niños alcanzan los objetivos trazados por la comunidad educativa en cuanto al desarrollo de capacidades durante la educación infantil, y las competencias básicas, durante la educación primaria.

Para ello dejamos a un lado nuestras programaciones y nos ocupamos de procurarles entornos nutritivos y ambientes preparados donde puedan desarrollarse según sus propias guías.

Pero la libertad de aprendizaje tiene un alcance aún mayor que el de comprobar satisfechos los altos resultados académicos de los alumnos. Tiene otro alcance de gran valor, que presento a continuación.

Desde la libertad de aprendizaje, el corazón guía a los niños

Para mí, el mejor regalo que esconde la libertad de aprendizaje es que el respeto de esa voz interior que guía a cada niño es a menudo la de su corazón. Ampliemos esta idea:

En este contexto, el corazón —lo dicen estudios científicos— es quien decide: cuando decidimos internamente algo, el cerebro entra en una especie de pausa y espera al corazón. En estos estudios, se observó a unos individuos y se registró a la vez su actividad cardíaca y cerebral. Luego les dieron dos tipos de indicaciones: en una se les pedía

que decidieran algo por sí mismos, y en la otra, que simplemente siguieran una indicación ajena a ellos. Así fue que observaron cómo el área del cuerpo que se activa a la hora de tomar una decisión «desde adentro» está localizada primero en el corazón, y posteriormente entra en juego el cerebro. Por el contrario, cuando seguimos indicaciones ajenas para tomar una decisión, el cerebro es el órgano que se activa en primer lugar, sin esperar «dictado» alguno del corazón.

Llegados a este punto, puedes pensar que es poco relevante vivir o no de acuerdo a los dictados del corazón, pero cuando descubrí la información de este estudio gracias a Mauricio y Rebeca Wild, en uno de sus talleres en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, mi mirada hacia la importancia de respetar la libertad de aprendizaje cobró una profundidad infinita.

La libertad de aprendizaje está muy ligada al hecho de permitir que los niños sigan conectados a su corazón, pero el tipo de educación al que estamos acostumbrados en las escuelas está muy ligado a que no lo escuchen. ¡Qué sencillo es, dentro del Sistema Educativo que hemos creado, acallar corazones infantiles! Y qué gran repercusión tiene eso en la vida de cada ser humano y en la de la humanidad entera.

Algún lector adulto dirá —¡Ufff... con lo que me cuesta a mí decidirme por algo y «escuchar mi corazón». Claro... Si cuando somos niños acallan nuestras propias decisiones, llegamos a adultos esperando indicaciones ajenas. Podemos utilizar nuestra historia para comprender: comprender a quienes nos acompañaron, comprendernos a nosotros mismos y, sobre todo, comprender para asumir una nueva forma de acompañamiento.

¡Los niños vienen a este mundo con el tambor de su corazón hablando claro y alto! Cada niño que nace sabe lo que necesita para desarrollarse plenamente. Pero necesita ser protegido en esa propia conexión con nuestro acompañamiento respetuoso.

²Las ocho competencias: 1. Competencia en comunicación lingüística y audiovisual. 2. Competencia cultural y artística. 3. Tratamiento de la información y competencia digital. 4. Competencia matemática. 5. Competencia para aprender a aprender. 6. Autonomía e iniciativa personal. 7. Competencia en el conocimiento y la interacción con el mundo físico. 8. Competencia social y ciudadana.

Capítulo 4

Una mirada histórica

¿Por qué seguimos jugando al juego de adultos-ovejas adormilando dragones? Como de niños crecimos en la directividad, nos resulta más familiar y sencillo seguir acallando corazones que escucharlos o acompañarlos. Es lo que vivimos en nuestra propia piel.

Todavía me acuerdo de la primera vez que me coloqué ante un grupo de 25 niños de 7 años como sustituta de su maestra... Recuerdo cómo me sentí de frustrada al recurrir a la amenaza de apuntar el nombre en la pizarra de todo aquel que «no se portara bien» para posteriormente castigarlo sin patio.

Después de tres años de carrera y frente a un grupo por primera vez, echaba mano de lo que había vivido como niña en mi propia Escuela. De lo que antes hicieron conmigo. Y cuántas veces como madre me he visto reproduciendo aquello que padecí siendo hija... Guardamos memoria celular de lo vivido, y en momentos de tensión, en lugar de responder conscientemente, reaccionamos.

Tratamos de controlar y anular las expresiones discordantes de los niños, como hicieron con nosotros. Tratamos de dominarles, del mismo modo que siendo niños fuimos dominados por los adultos que teníamos cerca, lo cual, aunque nos desgasta y nos hace emplear muchísima energía, es algo que acabamos logrando.

No es de extrañar... La infancia es vulnerable y dependiente del amor y la aprobación de los adultos. Y, por otra parte, los adultos, a estas alturas del cuento, estamos como insensibilizados, sordos ante nuestros propios corazones, tan solo atendiendo a lo que nos dice nuestra parte racional. ¡Qué importante es que cesemos en nuestro intento por controlar a los niños y empecemos a devolverles el espacio para Ser que no nos dieron a nosotros!

Nuestro mundo no necesita más ovejas para el rebaño. Necesita dragones bien despiertos.

¿De dónde viene el modelo actual de Escuela? ¿Por qué todo el mundo presiona a los niños y nos presiona a los maestros para que mal vivamos procesos de Enseñanza-Aprendizaje en vez de que acompañemos **confiados** el aprendizaje vivo y espontáneo de nuestros niños?

Una mirada histórica

La palabra 'progreso' no tiene ningún sentido mientras haya niños infelices, Albert Einstein.

La educación, durante siglos, en oriente y occidente, la impartieron las religiones con una clara necesidad de transmitir su manera de ver la Vida.

Durante una primera etapa, la educación estuvo también ligada a las clases sociales altas; estudiar era un privilegio destinado a unos pocos. Pero en los inicios de la época industrial, con la necesidad de mano de obra, surgió la corriente pedagógica que impulsaba la educación universal, que fue después evolucionando a obligatoria y gratuita.

En un inicio, el empresario primero y el Estado después, fueron los encargados de elaborar los planes educativos y, por tanto, de universalizar los conocimientos impartidos promoviendo los intereses educativos de cada patrón y de cada estado.

Nuestro Sistema Educativo tradicional se basa en el modelo prusiano desarrollado para lograr que los niños obedezcan órdenes: «exigencia y rígida disciplina a nuestros soldados». Los Sistemas Educativos actuales aún responden a objetivos basados en la producción (sistema industrial) creados para dar respuesta a una economía industrial, donde la conformidad y la uniformidad promovida en los alumnos guardan simetrías con las esperadas y valoradas en los trabajadores del sistema

productivo. Nuestro sistema educativo está íntimamente ligado al sistema económico; ya no estamos en la sociedad industrial del siglo XIX, pero sí seguimos con el modelo educativo que nos llega de la teoría de la producción industrial taylorista¹:

Estamos dentro de un Sistema Educativo que, como el sistema productivo, valora el **control** de los procesos que se desarrollan en el mismo y que pone a prueba continuamente el **éxito productivo** de los mismos. Un sistema basado en el control, las evaluaciones continuas y la búsqueda de determinados resultados. Las decisiones que se toman con respecto al Sistema Educativo, la mayoría de veces, tienen que ver con dar una respuesta a una aparente necesidad global, social, que permita al sistema productivo seguir su funcionamiento.

Estamos en un tiempo donde todavía lo valorado por la humanidad en general es el «hacer», los resultados tangibles, lo productivo. O bien cultivar la parte mental, la razón. Valoramos que el Sistema provea al mundo con seres productores, capaces de realizar tareas mecánicas, poco creativas, o bien seres mentales capaces de desarrollar tareas no necesariamente vinculadas a las necesidades del cuerpo o el corazón... En ese contexto, miramos a los niños y a su pasión por el juego con desconfianza, con la idea de que si no fuera por nosotros y nuestro Sistema Educativo, perderían el tiempo y echarían a perder sus vidas...

Pero, ¿perdían el tiempo de niños Charles Darwin o Gerald Durrell² mientras jugaban con los insectos?

¹Taylorismo: término derivado del nombre del estadounidense Frederick Winslow Taylor (1856 - 1915), ingeniero y economista, promotor de la organización científica del trabajo, método de organización industrial cuyo fin era aumentar la productividad y evitar el control que el obrero podía tener en los tiempos de producción. Está relacionado con la producción en cadena.

²Gerald Durrell (1925 - 1995): escritor naturalista y conservacionista, fundador de la Durrell Wildlife Conservation Trust y el Zoo de Jersey (actualmente renombrado como Durrell Wildlife) en la isla de Jersey (Gran Bretaña).

Los niños son vistos como seres a los que hay que formar y modelar para «ayudarles» a encajar en este Sistema. La Escuela, en este contexto, cree responder a una futura necesidad formativa que demandará la sociedad, una sociedad que no tenemos ni idea de cómo será. Pero, sobre todo, responde a una necesidad inmediata de productividad de los padres de los niños que van a la Escuela, de ahí que el horario escolar trate de hacer compatible que los adultos productivos trabajen y a su vez tengan hijos, y que sea el lugar donde dejar a los niños para que sus padres trabajen, que a su vez se complementa con la función de formar competitivamente a futuros trabajadores.

Aquí es donde encaja el interés por formar a los niños según las creencias del presente sobre «lo que necesitarán» como hombres y mujeres del mañana. Pero los niños tienen unas necesidades propias, (afectivas, motrices, sociales, de aprendizaje...) que quedan relegadas a un discreto segundo plano, a la vez que un programa interno que difiere mucho al que tienen programado para ellos las Escuelas.

Lo que seguimos como guión o programamos tiene que ver con lo que los «profesionales» de la educación creen prioritario, y lo prioritario para los adultos que acompañamos la infancia se corresponde con las necesidades que creemos tienen los niños, no con las que ellos tienen verdaderamente. Lo prioritario para los adultos que acompañamos la infancia a menudo tiene que ver con mantener el buen funcionamiento del Sistema establecido.

Pero, ¿cuánto del malestar que produce el Sistema está estrechamente ligado a esa desatención de las necesidades infantiles? Es mucho más probable que, satisfaciendo las necesidades de ese programa interno propio, lleguen a ser más felices y competentes como hombres y mujeres en la sociedad del mañana.

Nuestro mundo necesita

En los momentos de crisis, solo la imaginación es más importante que el conocimiento, Albert Einstein.

Este mundo, nuestra sociedad, nuestro Sistema Educativo caduco, necesita personas con ganas de aprender, con ideas únicas y diferentes; gente apasionada por lo que hace. Personas capaces de pensar por sí mismas y capaces de transitar nuevos caminos y nuevas formas de hacer las cosas.

El hombre de hoy tiene su cabeza llena de datos y opiniones. Pero adquiere las opiniones prefabricadas, son de otros, no pensadas. Y la avalancha de datos que lo aturde, más que acercarlo al conocimiento lo aleja de él, Guillermo Jaim Etcheverry («La tragedia educativa»).

Aunque parezca una utopía, nacemos para ser felices, y esa felicidad es compatible con la sostenibilidad del planeta y con la felicidad del resto de seres que lo habitan. Para ello es necesario que despertemos, si hemos vivido una vida desconectada de nuestros anhelos, deseos y motivaciones auténticas, y que permitamos que los niños permanezcan despiertos desde el nacimiento.

Es cierto que muchas cosas tienen que cambiar para que todos estemos haciendo lo que nos gusta en esta vida, aquello para lo que mejor estamos dotados o más nos hace vibrar... pero es terrible educar a los niños para que sean mano de obra del Sistema y que no cuestionen a la autoridad ni al camino fijado. Si damos la libertad a esos niños para que creen el futuro como les dicten sus corazones, podemos descansar todos confiados en un mañana mejor.

Los soñadores son los salvadores del mundo, James Allen.

Capítulo 5

El Amor en la Escuela

Para que todo niño pueda dedicarse a su proceso de crecimiento, antes ha de tener sus necesidades básicas cubiertas. Y entre esas necesidades básicas se encuentra, como *prioritaria* y de manera continua en todos y cada uno de los niños, la necesidad de sentirse queridos y cuidados. Todo niño necesita alimentarse de afecto y de relaciones significativas. Necesita vínculos seguros desde donde lanzarse a conquistar el mundo, confiado, nutrido y satisfecho.

El estado emocional de un niño influye *significativamente* en su proceso de aprendizaje, siendo el bienestar afectivo la base sobre la cual poder desplegar todo su potencial. Unos vínculos afectivos seguros son la base firme sobre la que se construyen la inteligencia y los procesos de aprendizaje.

El entorno y acompañamiento amoroso repercuten directamente en el desarrollo de las potencialidades de los niños. Cuando un niño *tiene* carencias afectivas está bloqueado a nivel emocional, y poco o casi nada puede o quiere dejar entrar a modo de aprendizaje académico. Pero pareciera que en la Escuela el bienestar emocional de los alumnos no esté contemplado como prioritario dentro de nuestros objetivos y programaciones. Sin cuidar del bienestar emocional de los alumnos, pretendemos el éxito en otras áreas de su desarrollo.

Sin afecto, sin Amor, hay algo que no funciona en la Escuela, como sin mielina. Y hay resistencias, obstáculos y distancias insalvables... El Amor y la afectividad permiten que el orden se restablezca en la Escuela, que fluya la energía, que los obstáculos sean oportunidades de crecimiento, y que con una vinculación estrecha *entre* nosotros, desde la unión con cada ser, desaparezca la ilusión de separación. Y todo empieza y acaba en ti.

Nada de lo que hagas —ni hagamos— en la Escuela tiene sentido sin el Amor, sin el acompañamiento afectivo. Me gustaría que, si tuvieras que quedarte con una sola idea de este libro, fuera ésta.

Cuando me formé en la Práctica Psicomotriz de Bernard Aucouturier, comprendí y situé más claramente —aunque ya lo recordaba claramente de mi experiencia como niña— cuán importante es para el niño que le miremos en sus acciones: lo muchísimo que se nutren y alimentan los niños de nuestra mirada... Una mirada que no juzga, una mirada que no evalúa, una mirada que sonríe afectivamente. Una mirada que dice: «Eres importante para mí y te tengo presente. Lo que a ti te pasa, lo que a ti te interesa y cómo estás para mí es importante. Yo estoy aquí para eso, para acompañarte».

Esa mirada que no puede dársela a nuestros niños un ordenador, ni si quiera un adulto preocupado por enseñar o por hacer tantas cosas interesantes... Tan solo un adulto que internamente sabe lo importante que es la presencia adulta para un niño, la presencia que, sin necesidad de palabras, dice a un niño con todo nuestro lenguaje no verbal: «Yo estoy aquí para lo que tú me necesites, te veo, te acompaño y te aprecio».

A veces me doy cuenta de cuándo un niño está necesitado de atención, de mirada, de cuidado por cómo trata de obtener mi atención o la de otros adultos... Por ejemplo, advierto claramente que mis hijos están hambrientos de atención, de mirada y de presencia por cómo tratan de acaparar la atención de los amigos que vienen a visitarnos. En cambio, otras veces advierto que están colmados, suficientemente nutridos cuando, tras compartir un tiempo con mis amigos, pueden dedicarse a sus asuntos: a jugar y a experimentar con la vida.

Cuando un niño reclama atención afectiva, a menudo decimos despectivamente: «Lo hace para llamar la atención». ¡Como si eso invalidara su petición! Pero cuando alguien llama la atención es que

la necesita, siempre, a pesar de que en nuestra sociedad pretendamos deslegitimar las llamadas de atención de bebés, niños, jóvenes, adultos y ancianos.

Tras todos los actos de llamadas de atención en la Escuela (hacer justo aquellas cosas que molesten a los adultos o que impiden sus objetivos), hay una clara petición encubierta de Amor: «Necesito que me hagas caso, que me muestres que para ti soy importante. Y para mí es tan importante y vital como comer, dormir o aprender» (que son otras necesidades básicas de todo niño).

Pero pareciera que en la Escuela no hay lugar ni tiempo para el Amor. La afectividad entre los niños y los adultos que pasan el día a su lado parece algo de más, como una prestación que depende de la buena voluntad de la maestra o el maestro que le toque.

Es cierto que los adultos que acompañamos a los niños en la Escuela nos sentimos seguros «enseñando», pero no tanto acompañando su aprendizaje, y mucho menos acompañando afectivamente...

El plan de estudios universitario de los futuros maestros sigue sin contemplar el acompañamiento afectivo de los niños, y tampoco forma parte de la programación, cuando se encuentran junto a los alumnos.

Pero ya ha llegado el momento de priorizar en nosotros ese tipo de prácticas y formaciones. Que las pidamos y movamos cielo y tierra si hiciera falta, aunque acompañar afectivamente a los niños no se aprende teóricamente y tan solo se produce siendo capaces de poner en circulación en nuestro trabajo y en nuestras vidas, cada vez, un poco más de Amor. Amor tan ligado a respetar y apreciar a uno mismo y a los demás por lo que ya son. Amor entendido como ese cuidado por el otro, que acoge y atiende sus necesidades... Ese Amor que permite que el otro pueda desarrollar todo su potencial (creativo, cognitivo, afectivo, social y motriz), contribuyendo a crear un entorno adecuado para ello. Ese Amor grande que es capaz de respetar los procesos de vida del otro sin

estirlo ni frenarlo... sin meterle nada dentro, tampoco sacándoselo. Tan solo acompañándolo.

El Amor y el respeto por la libertad de aprendizaje son los pilares de la nueva Escuela. Mientras tanto, pareciera que todos (adultos y niños) nos encontramos en territorio hostil, inmersos en una organización jerárquica de poder donde las emociones es mejor dejarlas en la puerta antes de entrar a la Escuela, para retomarlas —si nos dejan— camino a casa...

Una de las cuestiones que me resultaban incoherentes en mi práctica educativa en la Escuela era el poco espacio-tiempo que yo ofrecía para acompañar y cuidar emocionalmente a mis alumnos... La gran distancia que había entre sus necesidades afectivas y mi mirada. Cuando aparecía un conflicto, yo trataba de limitarlo, de resolverlo, de reprimirlo... Pero pocas veces me daba espacio para acoger a esos niños...

Si un niño estaba atravesando un mal momento en casa y así lo reflejaba en el aula, pocas veces me pude detener a mirarle a los ojos y tomar su mano. Sí, eran demasiados niños que acompañar (unos 25), pero, sobre todo, yo, por aquel entonces, tenía una mirada muy diferente de lo que es prioritario en mi acompañamiento. Había tanta presión por los resultados, por seguir la programación del aula, por seguir lo pautado conjuntamente con mi compañera paralela y por mantener un control de las situaciones, que no quedaba espacio ni tiempo para sostener y acompañar emociones... O al menos no en el momento que los niños me necesitaban. Es posible que en la hora semanal de tutoría tratara algunos temas que me parecía flotaban en el ambiente, pero incluso entonces, en mí había muy poca escucha o receptividad.

Ese malestar pudo liberarse y reubicarse en mí cuando conocí Moixaina, la Escuela de educación libre de mi hijo Pau, y el modo tan cuidadoso en que era tratado por sus educadoras.

A menudo, cuando las personas piensan en la Educación Libre imaginan a niños solos haciendo todo el tiempo lo que quieren. Pero

se equivocan. La libertad en esos proyectos es entendida como respeto y cuidado adultos. No es desatención ni desamparo, no es «dejarte hacer lo que quieras mientras yo miro a otro lado y hago otra cosa».

En ese contexto, los niños tienen mucha presencia adulta para velar por su seguridad, para garantizar la seguridad de espacios y materiales, para acompañar sus necesidades de aprendizaje y, sobre todo, para acompañarles afectivamente.

Se da especial importancia a que la ratio niños-acompañante sea baja (que haya pocos niños a cargo de cada adulto). Existen variaciones en cada proyecto, pero suelen ser unos 7 niños por cada adulto.

En estas condiciones, las necesidades afectivas y los conflictos de los niños no son relegados a un discreto segundo plano, priorizando que «ahora toca» otra cosa. Los conflictos (internos o externos con otros niños) tienen tanto espacio y tanta atención como cualquier otro aprendizaje. Los adultos acompañan con comprensión, receptividad, empatía y escucha, sin juicios ni prejuicios. Y son un gran modelo para que todos (familiares que acompañan y los propios niños) aprendamos a cuidarnos y a cuidar de los demás.

Pero ésa no es la vivencia que tenemos muchos dentro de la Escuela ordinaria. Allí, más bien, todos los maestros parecíamos igual de sordos ante aquello que nos querían decir los niños. En la Escuela, los niños padecen un sistema basado en la directividad y el autoritarismo, pero los adultos lo justificamos y no nos cuestionamos lo establecido.

Cuando algún niño da muestras de su malestar o incluso protesta (porque no quiere hacer lo que le pedimos, porque tiene otras ideas, porque su cuerpo le pide movimiento, porque está profundamente interesado en otro asunto... o porque en lugar de contenidos académicos necesita mirada y afecto), en vez de plantearnos que tiene razón, que eso que nos pide es lo que de verdad necesita y que nosotros estamos defendiendo un sistema represor, miramos para otro lado y tratamos de presionarlo hasta que cese en su voz discordante, esa voz que miramos

como enemiga, pues nos está dificultando conquistar nuestros propios objetivos programados.

Dentro del sistema hostil que hemos creado, la mayoría de los adultos nos aliamos en contra de los niños. Justificamos castigos y muchos otros tipos de violencia más o menos invisible para con ellos: gritamos, chantajamos, comparamos, juzgamos, acallamos o acortamos la expresión de sus emociones, desatendemos sus necesidades... Olvidamos que el mayor de nuestros recursos como maestros-acompañantes se basa en la afectividad y en los vínculos estrechos con los niños.

Sí, el mayor recurso de la Escuela eres tú. Pero no por la cantidad de información que albergas en ti ni por todo lo que sabes de la Vida ni por la capacidad que tienes para estimular y motivar a los alumnos para que aprendan ni siquiera por tu larga experiencia y tus titulaciones en el campo educativo. Estás junto a los niños para cuidar afectivamente de ellos y acompañarles en sus procesos de aprendizaje. Lo mismo que harían su madre o su padre (o su familia) si les dejaran o si el Sistema no les hubiera quitado esa función.

Y como las circunstancias han hecho que seas tú y no su familia quien le acompañe en su aprendizaje de la Vida, lo primero y esencial es que establezcas vínculos afectivos con cada niño.

Primero: cuida de la semillita de tu relación con cada niño, y desde ahí nacerán los puentes firmes y seguros para el acompañamiento. Sin forzar nada, sin presiones ni objetivos que te desvíen de acompañar sus necesidades. Ojalá que ese contacto pueda darse desde la calma y la seguridad que le da a cada niño el estar acompañado por su madre, por su padre o por otra figura de apego familiar. Y ojalá que no existan las presiones temporales que te lleven a acotar a un trimestre ni a un curso escolar la realización de ese puente, un puente que construiréis juntos, donde tú aprenderás a su lado, y ese niño aprenderá a tu lado.

Qué importante es que lleguemos a conectar verdaderamente, de corazón, con cada niño que acompañamos. Y aunque para ello no

necesitemos tiempo, qué importante es acompañar a los niños en sus procesos por más de un curso. Es para mí tan recomendable y necesario que así sea para poder encontrarnos y acompañarnos, conociéndonos como si fuéramos una familia, poniendo especial atención en garantizar la seguridad y el respeto. Cuidando de su seguridad frente a una agresión, ofreciendo apoyo emocional cuando te está pidiendo seguridad afectiva, y recordando lo importante que es aceptar sin condiciones a cada niño tal y como ya es.

Desde adentro no juzguemos, abracemos la totalidad de lo que los niños son. Y en ese abrazo incluyamos a su familia. Los niños son su familia también, son su padre y su madre dentro de sí mismos, tal y como nos recuerda la pedagogía sistémica. Si juzgamos a su madre o a su padre es como juzgarles a ellos, sin aceptarlos completamente.

El maestro-acompañante destruye muros y construye puentes que acercan vivencias estrechas entre él y la familia: «Me siento en unión con las familias; son mis aliadas, y yo, las suyas». Qué importante es que cuidemos de la seguridad afectiva de los niños, junto a su familia, mano a mano, sin juicios, aceptando y amando lo que cada niño Es.

La crítica y el juicio hacia los que nos rodean acaban por intoxicarnos a nosotros mismos y al ambiente. ¡Qué importante es que tengamos la higiene suficiente para darnos cuenta y poner nuestro foco mental, nuestra energía, en otra parte más constructiva!

Los adultos que acompañamos a los niños necesitamos de una gran apertura de corazón y de mente. Desde esa apertura, veremos que no hay tantas diferencias entre nosotros y todos aquellos adultos que han decidido acompañar a los niños, sean sus familiares, otros padres u adultos que trabajan como maestros. Con una mirada amorosa, lejos de juicios por el otro, todo se consigue.

El Acompañamiento afectivo es la base firme sobre la cual sostenemos en comunidad. Para ello, cuido de la Afectividad y el vín-

culo, tanto con los niños como con mis compañeros y con las familias. Cada niño y cada adulto me recuerdan el motivo por el que estoy ahí.

Cuido del vínculo con cada compañero que forma parte de mi equipo, porque es una extensión de mí misma/o; sin cada uno de ellos, yo no podría acompañar como acompaño.

Los vínculos afectivos con los niños y sus familias tan solo pueden crearse desde una mirada y una experiencia viva de profundo respeto. Una mirada cercana desde el no juicio y la profunda aceptación del otro, así como de una/o misma/o. Cuando en la Escuela tenemos dificultades en la relación con alguien con quien algo se está enquistando (compañera/o maestra/o, niña/o, alguno de sus familiares), observemos el estado del vínculo creado.

¿Recuerdas si estableciste vínculos afectivos con alguno de tus maestros? ¿Recuerdas si sufriste por la falta de vínculo afectivo con alguno de tus maestros? Llevamos en nosotros y para toda la vida a aquellos maestros que nos fueron significativos, igual que llevaremos a otros adultos que fueron importantes en nuestras vidas.

Mi propuesta es que, unidos, facilitemos experiencias dentro de las cuales los niños se encuentren entre ellos y puedan desarrollarse en comunidad en un espacio compartido con iguales de diversas edades, acompañados por adultos que los cuidan. Donde todos los adultos velemos por el bienestar físico, psicológico y emocional de los niños en todo momento, transformando la Escuela en un lugar donde los adultos cuidan que haya un ambiente relajado y libre de peligros activos, y donde los niños tengan el permiso de explorar confiados el material y el espacio según sus necesidades e intereses.

Cuando hablo de *adultos*, en lugar de maestros-acompañantes, también incluyo a las familias que así puedan y deseen estar.

Los adultos acompañan a los niños en sus vivencias, a veces muy cercanamente, otras no tanto, dependiendo de la necesidad y

la demanda infantil. Cada maestro respeta desde la confianza y la no directividad los procesos de cada niño. La mayoría de actividades y propuestas elegidas pueden realizarse de manera autónoma y sin el apoyo de los acompañantes.

Nos apartamos para no entorpecer con nuestras intromisiones, para que se dé lo que ya está listo para darse por maduración, por riqueza de experiencias y el ambiente lo permite. Y nos acercamos si nos lo solicitan, aunque no nos necesiten realmente; por ejemplo: «Sé que sabes bajar del árbol, como tantos otros días me lo has demostrado. Pero hoy —por tu situación vital— necesitas de mi apoyo y de mi muestra de afecto, de mi disponibilidad para acompañarte... Quizás esta mañana viviste una gran bronca familiar y ahora sientes que bajo tus pies nada es seguro...».

Qué importante es que yo valore como importante el estado emocional y afectivo de cada niño que acompaño... Que cuide de mi lenguaje verbal y, sobre todo, del no verbal para que mi comunicación con cada niño sea respetuosa. Somos los adultos quienes nos acercamos, sin gritar desde lejos —y mucho menos desde cerca!—. Somos los adultos quienes bajamos nuestro cuerpo a la altura de los niños y les miramos a los ojos. Somos quienes establecemos el contacto físico. ¿Cómo podemos acompañar verdaderamente a los niños sin contacto físico? Los niños están en el cuerpo y en las emociones mucho más que en la mente... Si su mundo está ahí, ahí iremos para encontrarles.

Evitaremos cortar sus procesos emocionales (—Shhh, ya... venga...no llores, ya está, si no es para tanto...) Cesaremos en nuestros intentos por distraerles hacia otra cosa que les desconecte de lo que sienten, y permitiremos que los niños se expresen sin intervenir, cortar ni acallar sus sentimientos. Todo sentimiento cabe, es incluido. Todo sentimiento o emoción puede ser expresado; tiene todo el valor de verdadero. No lo juzguemos, tan solo cuidemos que la manera, la forma de expresarlo, no dañe al propio niño, a otros o al entorno. Podremos decir, por ejemplo: «Puedes estar enfadado, pero aquí no dejamos hacer

daño física o emocionalmente. Puedes destruir una torre de cojines, tirar piedras al río, romper papel de periódico, pero no destruir este material ni pegar a nadie...».

Damos alternativas de expresión, no censuramos la expresión. Permitimos que, acompañados bajo una mirada receptiva, confiada, amorosa, puedan expresarse con o sin palabras... Y que puedan también expresarse llorando hasta que lo necesiten... Pues aunque los adultos lo hayamos olvidado, el llanto, como la risa, son dos valiosos mecanismos del ser humano para recuperar y restablecer el equilibrio interno. Los seres humanos acumulamos tensiones, y es gracias a estas válvulas de escape que podemos ir reequilibrándonos. Como una gran olla, necesitamos echar mano de nuestros recursos para liberar tensiones, pero pareciera que preferimos niños con mal humor, tics, tartamudeo, enuresis nocturna u otras muestras de tensión emocional no liberada. Nuestras Escuelas están tan llenas de objetivos que no nos caben el llanto ni la risa. ¡Es tiempo de valorarlos seriamente!

Los niños llevan largo tiempo haciéndonos ver que este Sistema Educativo necesita cambiar. Muchos son los que piensan que el cambio consiste en introducir las nuevas tecnologías, más horas en la Escuela o contenidos más acordes con un cambio de conciencia espiritual. Sin embargo, yo apuesto por sacar un montón de extras carísimos y que entren el Amor y el respeto. ¡Energías limpias y sostenibles! Ese respeto que decimos que se ha perdido por los mayores y que yo siento que hemos malentendido y olvidado para con los más pequeños. Es desde el respeto profundo por esos seres que acompañamos en su crecimiento que ellos nos devolverán respeto. Pero del verdadero, no del que el miedo fuerza, sino del que el Amor regala.

En el tipo de Escuela que quiero que construyas en ti (para luego materializarla fuera), se ha transformado «control de aprendizaje» y «desamparo afectivo» por «libertad de aprendizaje» y «acompañamiento afectivo».

Capítulo 6

El lugar de la familia

Actualmente, las madres y los padres quedan fuera del sistema que ha diseñado nuestra sociedad para educar a nuestros niños. Nuestra legislación permite y fuerza la separación madre-hijo. Permite que las madres entreguen a sus hijos día tras día a una institución que les diga cómo ser.

Nuestra legislación contempla como obligatoria esta separación y nos asegura plaza dentro de este sistema. (He conocido varios casos de madres que, aun pudiéndose quedar más tiempo junto a su hijo, por no perder la plaza en determinado centro educativo, lo han llevado antes de necesitarlo para volver a trabajar).

Y luego está el miedo a ser penalizado por no llevar a tu hijo a la Escuela. Nuestra legislación penaliza a una familia que no se ha separado...

El Sistema Educativo cobra (impuestos) y paga (a los profesionales de la educación) por cada niño que acoge y educa, y le dice a su madre: «Ahora tú también puedes volver a formar parte de este engranaje. Vuelve a trabajar, sé productiva y olvídate de tu cría hasta la hora de recogerlo».

Yendo en contra de nosotras y de nuestros hijos, los acompañamos a la Escuela y los dejamos allí. A menudo, mañana y tarde, día tras día, año tras año, a pesar de que ambos necesitemos lo contrario.

Las madres y los padres somos los primeros responsables de la educación de nuestros hijos, pero paradójicamente nuestra sociedad valora muy poco nuestro trabajo como madres y padres. Se valora de otro tipo de aporte a la sociedad. Como madre o padre eres menos apreciado que por tu profesión. Te dicen que vuelvas a ocupar tu lugar en el

mundo laboral, que tienes menos recursos para cuidar de tus hijos de los que tienen otros, y que estarán mejor sin ti.

Tú te ocupas de trabajar por el Sistema, y éste cuida de tus hijos. No está contemplado que los padres sean quienes acompañen a sus hijos; ésa es, aparentemente, tarea de personas especialmente formadas para esa labor. Además, no solo es intercambiable la figura materna por cualquier otra con titulación específica, sino que ¡es preferible esa otra a la materna! A mí me parece muy fuerte esta idea establecida, pero a mi alrededor contemplo cómo nadie la cuestiona.

Hemos hecho nuestros eslóganes tipo «Todos por una educación de calidad» o «Todos por una buena educación para nuestros hijos», pensando que lo que más le beneficia a nuestros hijos es más horas junto a «los que saben» sobre nuestros hijos, los profesionales de la educación.

Pero una persona con titulación académica que crea saber lo que le conviene a mi hijo puede mostrar poca empatía, poca afectividad, poco respeto por sus necesidades o sus propios procesos...

Una vez, el lugar más cercano a los niños fue ocupado por su familia. Pero hace tiempo que ésta fue sustituida por profesionales. Ahora tan solo les acompañamos hasta la puerta de la Escuela, por las tardes y durante las vacaciones. Las madres, al parecer, ya no saben, ya no pueden. La sociedad nos obliga a entregar a nuestros hijos porque nosotros, sus padres, no podemos, no sabemos, no debemos acompañarles.

En las Escuelas de Educación Infantil normalizamos (pretendemos mostrar como lo más normal) que los hijos se separen de sus madres ¿Pero te has planteado que la Escuela se creó como una necesidad paralela a la necesidad laboral de que madres y padres trabajaran? En algún momento histórico se consolidó la idea de que es mejor separar a los niños de sus madres para «educarlos mejor» alejados de ellas. Poco a poco se fue instalando en nosotros la idea de que los niños aprenden más y mejor y tienen una mejor educación junto a otras personas que no

sean sus propios padres: «Los niños están mejor en una institución que con su familia». Una vez la sociedad acogió esta idea, dejó de cuestionarla y la asumió como establecida.

La sociedad que hemos creado parece preferir niños y niñas junto a profesionales de la educación alejados del corazón y el apoyo de sus padres y madres, alejados del lugar donde los dragones crecen despiertos. Esto sirvió y sirve para justificar muchísimas actitudes por parte de los profesionales de la educación quienes, erróneamente, creemos poseer un conocimiento superior al de las madres acerca de sus hijos.

Pero la Escuela es una necesidad externa al niño. El niño no necesita una Escuela. No la necesita cuando cumple 3 años, pero tampoco cuando cumple 6, ni siquiera cuando cumple 12... Los niños no necesitan de la Escuela, es la Sociedad que hemos creado la que necesita que los niños vayan a la Escuela. Los niños tienen unas necesidades que van cambiando a medida que van creciendo; unas necesidades que pueden ser cubiertas fuera de la Escuela, acompañados por su familia y que a menudo no son cubiertas en la Escuela, como sus necesidades afectivas. Y en el caso de que el niño necesitara de esa institución, no sería separadamente de sus padres.

Los padres y las madres están capacitados para acompañar con presencia, escucha y respeto las necesidades educativas de sus hijos y a buscar junto a ellos los recursos necesarios para dar respuesta a esas necesidades. Los padres se quedan fuera de las escuelas por la necesidad de los equipos docentes, que así estamos acostumbrados a organizar, hacer y deshacer junto a los niños. Los padres nos quedamos fuera por una necesidad del sistema productivo, que así hemos precariamente organizado, pues cuando tenemos hijos, en muchos casos, ambos progenitores necesitamos reincorporarnos a nuestro puesto de trabajo para poder tirar adelante económicamente. Es por esta circunstancia, y no por una necesidad de nuestras hijas e hijos, que estamos separados de nuestros hijos y nos quedamos los padres fuera de la Escuela.

Llegados a este punto, me gustaría tratar el tema de la autonomía, que parece estar tan ligada a los motivos por los cuales los profesionales de la educación preferimos niños sin padres. Nuestra presencia no interfiere negativamente en su aprendizaje ni en el desarrollo de su autonomía, ni en casa ni en la Escuela, y deseo resaltar la importancia del vínculo afectivo, estrecho, fuerte y lo directamente ligado que está con unos hijos seguros y autónomos.

Parece que el Sistema Educativo asocia la presencia de las familias a niños con dificultades para el desarrollo de su autonomía. Pareciera que los niños necesitan cierto desamparo afectivo para hacerse autónomos, pero no es así. Los niños con padres que les acompañan emocionalmente son niños autónomos.

En las Escuelas justificamos intervenciones educativas y actuaciones por el bien de la autonomía infantil como si a la autonomía hubiese que estirarla o empujarla desde afuera para que apareciera. Ésa es la autonomía vista desde el interés y la desconfianza adulta. Pero si estamos atentos, como con el resto de aprendizajes, observaremos que los niños reivindican su autonomía desde bien temprano: «Me lo pongo yo», «Yo solo», y somos los adultos con nuestras prisas y nuestros propios objetivos por delante los que la anulamos cuando se activa. Y luego pensamos que todo lo hacemos para que dicha autonomía aparezca, como si no fuera cosa del propio programa interno de cada niño, igual que ocurre en los demás animales.

Quitémonos esa idea absurda de que la afectividad familiar crea niños dependientes y desequilibrados emocionalmente. ¡Unos vínculos afectivos seguros son la base firme sobre la que se construyen la inteligencia y los procesos de aprendizaje!

Es necesario, y uno de los principales objetivos a marcarse, que toda la comunidad educativa vele por el bienestar emocional de los niños y los jóvenes que acompañamos. La presencia de las madres y los padres, con un papel importante y activo en el proyecto, puede ser de

gran ayuda, contribuyendo y sumándose a la tarea de los docentes en este objetivo.

Los niños a los que llamamos «nuestros alumnos» necesitan de la presencia y acompañamiento de su madre y su padre, mucho más que de nosotros los maestros. Dejemos de decirles que ya no son necesarios ni importantes para el acompañamiento de sus hijos. Vemos claramente este mensaje, por ejemplo, en la llamada «adaptación»: ese período primero en que se contempla una dinámica muy diferente a lo que será la realidad escolar del niño, donde tiene más cabida la familia en la Escuela y, a su vez, menos presencia del niño en la misma, para ir aumentando progresivamente la presencia del niño en la Escuela y disminuyendo la de la familia.

En muchas escuelas no existe ni siquiera esta posibilidad, aunque algunas permiten cierta «adaptación» del niño, de la madre y del padre. Y me gustaría señalar la palabra «cierta» porque la considero escasa y porque va acompañada de las consignas de la maestra o desde la atención a las necesidades de la maestra o del Sistema, y no de las de la madre o el niño.

El período de adaptación puede durar unas horas, unos días, unas semanas, unos meses... dependiendo de dónde ponga el límite la situación laboral de los padres o el equipo docente. En este asunto de la promovida y bien vista socialmente separación madre-hijo queda establecido como incuestionable que saben más los «especialistas», no el niño ni la madre... Se contempla la adaptación como un tiempo progresivo de cada vez mayor separación donde pareciera que lo deseable es esta separación, y a ser posible lo más rápido posible y lo menos llorada posible. Yo misma me he encontrado consolando a niños de tres años y a madres en este «bien intencionado» proceso de adaptación.

Se presupone que la separación es lo adecuado, lo conveniente, incluso lo necesario por el bien del niño. Así, las maestras de educación infantil podemos dormir más tranquilas tras un día de llantos

desconsolados de niños que reclaman a sus madres porque hemos sido capaces de convencernos a nosotras mismas de que todo era por el bien del niño. Del mismo modo que nosotras nos alejamos de nuestros hijos para dejarlos en manos de otros.

Se sigue separando a los niños de las madres sin vacilaciones, sin remordimientos, porque todos siguen creyendo que los niños están mejor lejos de sus madres. Y a nosotras las madres, desde el otro lado del muro, nos pasa lo mismo: nacemos, crecemos y servimos a un sistema que nos hace creer que lo mejor es acallar nuestros apegos por los hijos, que son dañinos para ellos y para nosotras. Pero yo era una madre que tenía el título oficial. Y pude abrir los ojos ante esta situación extraña. Creo que estamos sirviendo a este Sistema sin cuestionarlo y sin cambiarlo por ignorancia.

En el Sistema Educativo finlandés, por ejemplo, donde según el estudio PISA encontramos gran éxito en resultados académicos, los niños no empiezan la Escuela hasta los siete años, y una vez allí tienen el mismo maestro durante seis años. Ese Sistema me sugiere una gran oportunidad para el acompañamiento afectivo de los niños finlandeses antes y después de cumplir sus siete años. Pero nuestro Sistema Educativo parece no apreciar las consecuencias de la temprana y forzada separación de nuestros niños con sus figuras de apego.

La temprana separación provoca estrés emocional, bloqueo, falta de empatía, desconexión o dificultad para conectar con el dolor o el placer... ¿Qué es temprano? Temprano es antes de que cada niño y su madre o su padre decidan que es el momento. No es cuando la maestra lo decida o cuando el equipo directivo lo marque.

El Sistema que hemos creado prevé forzosamente diferentes momentos para esta separación, que nadie discute o cuestiona. Puede darse desde los 4 meses de vida en un jardín de infancia, al entrar a determinadas Escuelas alternativas a los 2 años, al entrar a la Escuela con 3 años o quizás con 6 años...

El niño llega en el seno familiar, pero tarde o temprano el Sistema lo espera para educarlo.

Existe la idea de que las familias van a educar mal a sus niños. Tal vez se tema que los niños en sus familias se conviertan en unos «malcriados» o que no se socialicen adecuadamente o cualquier otro riesgo absurdo. Afortunadamente, somos muchas las familias que ya pasamos por enriquecedoras experiencias donde quienes acompañamos en sus procesos a los niños somos sus padres. Y nuestros hijos son niños sociables, responsables y comprometidos con ellos, con los demás y con la Vida. Pero esta idea no cabe dentro del Sistema Educativo actual. Las familias quedan fuera de la Escuela.

Como maestra, recuerdo comprender la importancia de abrir siempre, permanentemente, las puertas de la Escuela a las familias. Aunque muchas escuelas las tienen en cuenta, o al menos esa sensación se desprende al leer su ideario o al asistir a la primera reunión, casi siempre las familias se topan con grandes barreras y condiciones a la hora de querer participar. También le decimos a las familias (como a sus hijos) cómo, cuándo y dónde participar. Casi siempre son bienvenidas para asuntos de gestión del comedor, el autocar, las actividades extraescolares, algunas fiestas..., asuntos considerados de menor responsabilidad educativa o de acción más indirecta sobre la educación de los niños.

Conozco algunos proyectos dentro del sistema reglado que han reducido algunos de sus límites y ofrecen a madres, padres u otros familiares la posibilidad de estar un tiempo acotado al principio del día acompañando a sus hijos, y luego pueden permanecer —dentro de un lugar especialmente habilitado— en la propia Escuela de sus hijos. Es un gran paso adelante que agradezco, pero que siento insuficiente.

Somos muchos los padres que hemos elegido una crianza respetuosa, desde la escucha de sus necesidades y las nuestras, y de repente topamos con una institución donde ya no tenemos cabida o pretenden contentarnos o satisfacernos con algunas actividades o propues-

tas que nos distraigan del verdadero objetivo que tiene nuestro lugar en la escuela: que acompañemos a nuestros hijos.

Hoy en día, es una realidad que las familias no encontramos las puertas abiertas de par en par a la participación, sino que nuestra presencia es bien entendida dentro de unos límites establecidos por los profesionales de la educación. Más allá de esos límites, se nos hace ver —de diversas formas— que estamos de más.

Hace tiempo que los maestros hablamos de abrir más las puertas de la Escuela a las familias. Todos sabemos lo importante que es la implicación de las familias en la Escuela, pero seguimos teniendo grandes limitaciones mentales al respecto.

La presencia de los padres dentro de las aulas y los espacios habitados por niños tiene todo su sentido: las madres y los padres como recurso para el acompañamiento a los niños.

La educación al por mayor, a granel, no puede funcionar; necesitamos mucha más presencia adulta y poder así verdaderamente acompañar a cada niño en sus necesidades. Las madres, los padres y los maestros pueden colaborar en armonía en este acompañamiento. No debemos tener miedo, porque las familias están de nuestro lado.

Muchas veces, los maestros excluimos a la familia de la Escuela para evitarnos problemas, conflictos, ser cuestionados o juzgados... Pero podríamos dejar de apartarnos y apartarlos, reinventando una nueva forma de relacionarnos alejada de juicios, cercana, empática, afectuosa, familiar.

Me recuerdo a mí misma, antes de ser madre, juzgando y alejándome por estos motivos de las familias, llenita de ideas acerca de lo que deben o no deben hacer los padres y las madres o los niños. Cuando realizaba las entrevistas a las familias que iban a empezar en nuestro centro en P-3 (tres años) el curso siguiente, mi mirada enjuiciaba a esas madres que me compartían que sus niños aún mamaban o dormían

junto a ellas, sin saber que yo misma elegiría después también vivir experiencias tan parecidas junto a mis hijos. ¡Cuántas veces me he acordado de mis juicios y prejuicios acerca de aquellas familias y de mi ignorancia antes de ser madre! También recuerdo mis reproches cuando una familia llegaba a las 9:05 a la Escuela y cuánto la he entendido al tener hijos... Suerte que en Moixaina la hora de llegada era más flexible, de 10 a 11 de la mañana, y sobre todo suerte de que al llegar algunos días más tarde no faltó una mirada cálida y empática al otro lado.

La maternidad me ha acercado tanto a cada familia... Me ha servido para sentirme cercana y humilde... Pero si la experiencia de ser madre me acercó infinitamente a cualquier otra madre, ser acompañada por las educadoras de Moixaina en mis momentos bajos y en mis dudas en el camino de la maternidad, me permitió comprender que las barreras entre la familia y la Escuela eran mentales... Que todos somos humanos, que nadie es mejor que nadie y que podemos elegir estar cerca o alejados.

En la mayoría de las escuelas, los muros siguen siendo altos e infranqueables. La Escuela es toda nuestra (de los docentes), y alguna zona, de las familias (como la Asociación de Familias). La Escuela está siempre abierta a los docentes, y a veces (cuando es una fiesta o una actividad puntual) a las familias... Pero la Escuela es tan suya como nuestra. Es tiempo de derruir todas las viejas fronteras. Es tiempo de devolver a las familias el territorio y el espacio que les pertenece. Es tiempo de transformar la Escuela en un espacio de crecimiento en familia donde no solo crecen los niños, sino todos los adultos que les acompañamos. Es momento de llevar a cabo lo que lleva largo tiempo reivindicando la pedagogía sistémica: darles simbólicamente a las familias, con toda confianza, un duplicado de las llaves de la Escuela.

La Escuela es territorio para las familias. La Escuela es una prolongación de casa, pero también es su casa. Sin acompañar también a la familia, sin la presencia de la familia, la Escuela está simplemente tratando de sustituirla, lo cual es imposible *por* mucho que se esfuerce.

Pero si la acoge y acompaña, si se suma a la tarea de la familia, está *enriqueciendo* la experiencia de *crecer en familia*.

Dice Nils Bergman: «El hábitat natural del bebé es el cuerpo de su madre», y yo añadiría: «El hábitat natural del niño es su familia, no la Escuela, y menos sin ella».

No fue hasta vivir la experiencia de Moixaina que pude tener la experiencia real de lo que significa abrir de verdad las puertas de la Escuela a las familias... En esta propuesta, los familiares que *así lo deseen* y puedan acompañar a los niños de 2 a 6 años desde el primer minuto hasta el último. Yo, por ejemplo, acompañé a mi hijo desde los 3 hasta los 6 años todos y cada uno de los días que fue a su Escuela. Y si no fui yo, fue su padre. Su hermanito Teo también lo acompañó desde que tenía 3 meses. Y al *cumplir* sus 2 años, dejó de ser acompañante y empezó a formar parte del grupo de niños del proyecto.

Es una gran experiencia que me gustaría compartir contigo: cuando las familias entran por primera vez en el proyecto y los niños tienen unos 2 años, suelen pasar muchos tiempos juntos padres e hijos, explorando espacios, materiales y vivencias estrechamente... Pero, poco a poco, los niños se van alejando de la madre o el padre y van pasando más y más tiempo con los otros niños, a la par que van construyendo vínculos fuertes con las acompañantes y con otras madres y padres.

Así, encontramos que hay familias que se agrupan para compartir sus vivencias, mientras sus hijos *comparten* también las suyas. A ratos están *juntos*, sobre todo cuando emocionalmente algún niño necesita de mamá o papá. A ratos pareciera que cada uno está en sus asuntos. Pero siempre saben que con una mirada o una breve búsqueda, pueden reencontrarse.

Así es muy sencillo avanzar en la exploración del mundo: colmado, seguro, sostenido emocionalmente por mamá o papá, y además contar con otra persona con la que ha tenido el tiempo y el respeto para vincularse estrechamente.

En este entorno, todos los adultos tomábamos consciencia de que estábamos en un territorio prioritario para los niños, que era importante no invadirlo con nuestra posición en el espacio (mejor sentados que de pie, mejor a *un lado* que en medio de sus espacios de juegos...) ni con nuestras conversaciones entre adultos (mejor ocupar un lugar alejado si queremos dialogar entre las familias). Aprendiendo unos de otros a ser respetuosos con los niños, con nosotros mismos y *con los demás*.

En esa enriquecedora experiencia familiar, tan similar a una experiencia de tribu, yo sentí que la Escuela de mis hijos era mi casa. Y lo digo de verdad. Como cuando puedes aflojarte y dejar de lado las máscaras de las *apariencias* y dedicarte a vivir y amar lo que simplemente es, en ti y en tus hijos, pues las miradas que hay en ese lugar son miradas que aceptan y aman lo que de verdad eres.

Esa sensación también la vivieron mis hijos. Y la pueden vivir todos los niños. Todos los maestros y todas las familias. Podemos —si queremos— transformar la Escuela en un lugar de crecimiento en familia donde los maestros contribuyamos al bienestar de las familias, acompañándolas en la crianza de sus hijos, recordándoles que sí saben, que sí pueden y aumentando la confianza en su saber hacer, la confianza en sí mismas. Y donde nosotras, las familias, recordemos que escucharlos y escuchar a nuestros hijos nos *recoloca en la dirección* adecuada, porque ir a favor de nuestra naturaleza es ir a favor de la vida.

La mayoría de las madres y los padres tenemos intención de pasar tiempo de calidad, con presencia, atendiendo a las *necesidades afectivas* de nuestros hijos, pero el exceso de trabajo nos separa de ellos. Padres y madres nos encontramos dentro de una rueda donde el día a día, las responsabilidades y los quehaceres nos dejan sin tiempo ni energía disponible para acompañar *nutritivamente* a nuestros hijos.

Los padres y las madres necesitan tiempo para sí mismos, pero eso se podría arreglar viviendo cerca de otras familias y apoyándose

mutuamente. La idea de tribu recobra todo el sentido cuando quieres acompañar a tu hijo en su crecimiento.

Un proverbio africano dice «Para educar a un niño hace falta toda una tribu». Dudo que en su lengua utilicen la palabra 'educar'; quizás se refieran a cuidar, acompañar... Pero el llamado primer mundo se cree más sabio que el tercero, y exporta un modelo educativo basado en «Desde afuera vendrán y te dirán lo que te conviene».

La realidad es que en la crianza nos encontramos con muy poca ayuda, aisladas y aislados de la familia extensa, donde antes siempre había un abuelo o una tía dispuesta a quedarse junto a los niños. Ahora todos trabajan o viven lejos... Este Sistema ha desprotegido a la familia, al no contemplarla y valorarla como el mejor contexto en el que crecer. Para este Sistema, lo valorado es que mamá y papá corran tras «el Dorado» mientras sus hijos crecen entre la Escuela, las actividades extraescolares y el televisor.

Algunas familias nos planteamos y llevamos a cabo con felicidad y malabarismos, ya que el sistema económico y social no nos ayuda, renunciar familiarmente a ciertos extras (reducimos el consumo, valoramos lo casero, lo reutilizado, lo arreglado) y trabajar solo el padre o la madre, o quizás los dos a media jornada para que siempre uno pueda acompañar a los hijos. Pero ¿qué tal si la sociedad valorara y apreciara la tarea de las madres y los padres? ¿Acaso no es una gran inversión a corto y largo plazo para la propia sociedad? ¿Qué tal si los recursos destinados a la Escuela fueran destinados a la familia de cada niño que opta por quedarse en casa? Así, seguramente tú también podrías y preferirías acompañar a tus propios hijos.

Una gran tarea pendiente es que el Sistema provea a madres y padres de los recursos y ayudas que necesitamos para apoyarnos en el invisible pero importante trabajo que realizamos.

Educar en familia¹

Mi abuela quiso que yo tuviera una buena educación, por eso no me llevó a la escuela. Margaret Mead.

Aunque parezca que tan solo existe la opción educativa conocida y establecida, hay familias que, conscientemente, no por irresponsabilidad ni descuido, deciden no matricular a sus hijos en la Escuela. Así el *homeschooling* [escuela en casa], también denominado Educar en familia, es cada vez una opción más escogida por las familias. Son familias que deciden conscientemente que la educación de sus hijos no necesita de la institución escolar: familias que nunca pisaron un centro escolar, pero también familias que, por diversas razones, desescolarizaron a sus hijos.

Las autoridades se acercan y se posicionan frente a esta opción familiar cuestionando si están ante un caso de falta de responsabilidad por parte de los padres, de negligencia o de absentismo escolar por descuido. Pero cuando se acercan realmente a las familias que educan en casa comprueban que son familias responsables que ofrecen un gran cuidado a sus hijos: familias que conscientemente tratan de ofrecer la mejor formación posible a sus hijos y a su vez respetuosa con cada niño.

Me gustaría que la educación en familia estuviera reconocida y amparada por la constitución española, del mismo modo que lo está en otros países como Reino Unido o Francia. Es un asunto pendiente de nuestra democracia.

La Constitución española, en sus artículos 27.1 y 27.3, reconoce la libertad de enseñanza y el derecho que tienen los padres de escoger en qué forma quieren educar a sus hijos.

¹Goiria, M. (Profesora de Derecho Civil de la Universidad del País Vasco): «La opción de educar en casa». Más información: <http://madalen.wordpress.com/>

Algunos de los tribunales españoles han dictado sentencias favorables en este sentido cuando han tenido oportunidad, considerando que el derecho a la educación no se protege y garantiza únicamente a través de la escolarización y de la integración del alumno en el sistema educativo que diseña la Ley, sino que «la formación educativa, efectuada al margen de la enseñanza oficial, es perfectamente aceptable en el marco de libertades diseñado por la Constitución». En regiones como el País Vasco, Andalucía o Cataluña, entre otras, existe jurisprudencia al respecto, reconociendo la legalidad y viabilidad de esta opción legítima y creciente no solo en Europa y en el mundo en general, sino en España también.

En un estudio sobre la legislación que afecta a la educación en casa en la Europa occidental, Amanda Petrie (1995) se encontró con países que admiten la educación en casa y siempre lo han hecho: Bélgica, Dinamarca, Irlanda, Francia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Portugal, gran parte de Suiza y el Reino Unido. Países que no han permitido la educación en casa en el pasado pero sí lo hacen actualmente: Austria. Y países que no admiten la educación en casa en las normas escritas pero parecen permitir su práctica en ciertos supuestos: España, Grecia, dos de los Cantones Suizos, Países Bajos y Alemania.

Así, algunas familias que deciden educar en familia y se encuentran en un país donde educar en casa no está permitido, deciden mudarse de un régimen legal restrictivo a una sociedad en la que esta opción no esté penalizada. Todas las familias deberíamos tener el derecho a elegir cómo queremos acompañar en sus procesos de aprendizaje a nuestros hijos/as.

A menudo, el Estado dice NO a Educar en casa bajo la excusa de que no se cumple algo esencial para el niño y que dicen sí favorece la escuela: la socialización. Pero los seres humanos somos seres sociales por naturaleza, no necesitamos de la Escuela para ello, donde además no les dejamos hablar, comunicarse y muchas veces el tiempo de socialización queda reducido al recreo. Además, los niños *homeschoolers*

tienen muchísimas y variadas oportunidades para la socialización con otros niños y adultos en el día a día de su comunidad y de su entorno. Las familias que educan en casa disponen de redes que ellos mismos han creado para favorecer una gran comunidad de aprendizaje.

En España, la Asociación por la Libre Educación (ALE), la Plataforma por la Libertad Educativa y el Boletín Crecer Sin Escuela organizan encuentros anuales donde compartir experiencias al respecto.

Aprendizaje sin Escuela o Aprendizaje autónomo²

*No aprendemos gracias a la escuela,
sino gracias a la vida.* Lucio Anneo Séneca.

El concepto *unschooling* no es algo nuevo, fue introducido por el pensador americano John Holt a finales de los años setenta. El *unschooling* toma el respeto por la libertad de aprendizaje para acompañarlo en familia. El niño es quien decide qué y cómo quiere aprender.

Este movimiento englobaría a las familias que deseamos respetar la libertad de aprendizaje de nuestros hijos, del mismo modo que sucede en las escuelas de educación libre, pero sin la necesidad de separarnos de ellos: viviendo y acompañando estrechamente la libertad de aprendizaje de nuestros hijos en familia sin la necesidad de una estructura escolar. Familias que no solo renunciamos conscientemente a la institución escolar sino que también renunciamos a trasladar una educación tradicional o estructurada al seno familiar. Desde el *unschooling*, las familias no pretendemos cambiar las directrices de los maestros por

²Desde aquí mi agradecimiento y reconocimiento a la completa página web Pensamiento Pedagógico <http://www.madrimasd.org/> y a su artículo «El movimiento del unschooling» escrito por Jon Igelmo Zaldibar, Doctor en Educación por la Universidad Complutense de Madrid, del cual he extraído importante información para este artículo.

las del padre, la madre u otros profesores de apoyo, sino volver la mirada hacia cada niño y centrarnos en atender sus necesidades.

Así, desde el Aprendizaje sin Escuela o Aprendizaje Autónomo, desde una mirada flexible no presionada por un currículum o los resultados académicos, no buscamos dividir el aprendizaje, utilizar libros de texto o depender de maestros profesionales. Los recursos utilizados, los materiales y modos de aprendizaje son creativos, relacionados con la vida natural y ponen la mirada en las necesidades y propuestas espontáneas de cada niño.

A menudo este movimiento se confunde con el *homeschooling*, pero sus reivindicaciones y maneras de ver la educación son distintas. Las familias tomamos como referencia para acompañar este aprendizaje las necesidades de los hijos (no el currículum de la administración) y tratamos de darles respuesta a través de experiencias de la vida natural y de experiencias con el mundo real. Dentro de estas experiencias, están el contacto directo con la naturaleza, el juego libre no dirigido, la expresión artística y creativa, el contacto con materiales manipulativos que permiten el aprendizaje autónomo, las responsabilidades del hogar y la interacción social con la comunidad.

Existe una revista gestionada por personal académico de la Nipissing University de Canadá desde 2007 dedicada esta temática: «The Journal of Unschooling And Alternative Learning». También en los últimos años en países como Estados Unidos, Australia o Canadá se han organizado diversos congresos con el objetivo de sugerir un necesario debate acerca de este creciente movimiento.

Capítulo 7 De maestros a acompañantes

No puedo empezar este capítulo sin volver a poner el énfasis en que los niños no necesitan expertos, sino a su propia familia. Y la familia no necesitaría de los maestros ni de la Escuela para que ésta le entregara a sus hijos «educados» si no fuera porque está inmersa y atrapada en un sistema económico y social que así la empuja.

Y en este contexto, ¿cuál es el lugar del maestro? Una de las tareas principales de un maestro es cuidar que las ganas de aprender de un niño no mueran, cuidar que el dragón permanezca despierto. O acompañarlo respetuosamente para que pueda despertar.

Eso solamente puede tener lugar desde la consciencia de nuestra propia historia y nuestro presente. Venimos de la directividad, y es desde donde nos movemos con más soltura y «familiaridad». Seguimos perpetuando generación tras generación una forma de relación que acalla la voz interior del que acompaño, lo mismo que otro impidió que yo escuchara la mía. A menudo en el día a día, nuestra prisa, nuestra desconfianza y, sobre todo, lo que vivimos siendo niños, nos lleva a intervenir entrometidamente en el proceso de aprendizaje de los niños.

Se hace difícil huir del pensamiento único (el mío como adulto) y del «yo sé», ese «yo sé» que se ha convertido en un poder jerárquico como adulto. Completamos, resolvemos, acabamos, dirigimos... sin dar espacio, sin la necesaria confianza para que lleguen por sí mismos, por maduración, allí donde tengan que llegar. Pero, por otro lado, esperamos que sean autónomos y resuelvan sus asuntos. ¡Dejemos de entrometernos, y ellos caminarán responsabilizándose de cada paso!

Hacemos continuos oídos sordos a sus necesidades, a eso que nos demandan en favor de un montón de cosas que creemos nece-

sitan aprender y que imponemos se den de la manera que nos parece a nosotros.

Pero el aprendizaje no se puede pesar. Aunque «compramos la moto» de los exámenes y las pruebas, todos los maestros sabemos que un examen es algo muy subjetivo y muy poco fiable a la hora de valorar cuánto ha aprendido alguien.

Los niños vienen con un valioso, único y vulnerable programa interno. Mi acompañamiento es importante para proteger y cuidar de las condiciones de ese aprendizaje. Proteger y cuidar. Nadie nos cuenta lo suficientemente en serio la importancia de no interferir, no interrumpir y no dirigir; no anular intereses, potencialidades, curiosidad, ganas de comerse el mundo...

Cada vez somos más los que advertimos que este Sistema no nos sirve y también que queremos dejar de servirle.

Transformarme de maestro en maestro-acompañante es no interferir, no aplastar ni dirigir con cantos u otras argucias según los intereses adultos. Es respetar el propio potencial del dragón y velar confiado por él.

Creemos que nos da mucha seguridad cerrar el aula y pretender que las cosas sucedan según un guión prefijado llamado programación. Estar programando externamente el aprendizaje de los alumnos impide que cada niño ponga en marcha su propio programa interno y que pueda desarrollar su propio potencial. Pautar las actividades, los juegos y las vivencias de los niños implica un control externo, una inhibición para que cada criatura humana pueda desplegarse desde adentro. Y que, además, crea dependencia del exterior, algo para mí muy peligroso para los niños y para la Humanidad.

Demos espacio, tiempo y plataforma a lo que los niños llevan dentro. Está en nuestra mano acompañarles en este camino respetando sus propios y singulares matices. Permitamos que tengan tiempo

para explorar su propio potencial. No hace falta llenárselo todo. No tengamos miedo a que lo pierdan en sus asuntos. Aunque a mí sus intereses me parezcan absurdos o innecesarios o que no le tocan, o aunque no sean como me gustaría, o aunque me parezca que no le llevarán a ninguna parte. Quizás son mis límites mentales los que me impiden la oportunidad de dejarme sorprender. El juego libre no es una pérdida de tiempo, sino un sofisticado mecanismo de aprendizaje que tiene muy desarrollado nuestra especie.

Acompañemos **sus** necesidades, **sus** demandas, **sus** ideas y **sus** locuras... Confiemos en su *sabiduría* y permitamos que ellos no desconfíen de sí mismos. Y estemos atentos a cuando estamos estirando de ellos hacia donde a nosotros nos interesa, pues ahí está nuestra desconfianza y nuestro miedo, no su carencia. Admiramos el aprendizaje como algo abierto e ilimitado (del cual no pretendamos acotar *los límites*) fuera del control adulto, guiado internamente por cada cual. Acompañemos a los niños en su crecimiento sin decirles por dónde es mejor que crezcan. De veras que no lo sabemos.

Obtendríamos más satisfacción entregándoles las páginas en blanco de nuestra programación y devolviéndoles la Escuela, ese lugar que realmente les pertenece y debiera servirles. Pero, ojo: tenemos mucho que Ser y que hacer como maestros-acompañantes. No creamos que dejando de programar y dando libertad de aprendizaje es suficiente. Está en nuestras manos que se den las condiciones propicias para que las semillas (niños) se desarrollen en terreno fértil.

La creación de los diversos ambientes preparados es una oportunidad para conectar con las necesidades infantiles a través de nuestra escucha activa, pero también para reconectar con nuestra creatividad y con nuestra visión lúdica de la vida. Una oportunidad para desplegar mi propia creatividad a la hora de ofrecer propuestas (también en forma de talleres que pueden llevar otras personas) y materiales: una oportunidad para recordar a través de mi trabajo que la vida es juego, es alegría y es apasionante.

Cuidar y nutrir cada espacio, como un lugar sagrado favorece la armonía. Un lugar donde no haya objetos descuidados o estropeados (a menos que específicamente estén ahí para que los niños los puedan explorar por dentro o arreglar), donde se dé respuesta a la curiosidad infantil, a su necesidad de experimentación, pero también estén contempladas sus necesidades de silencio, descanso y concentración, con espacios para la calma, el recogimiento y el reequilibrio interno.

De maestros a acompañantes: un cambio físico corporal

Me gustaría que pudiéramos transformar la percepción distante y jerárquica de maestra/o para poder vernos y acercarnos como acompañantes. Esa actitud, ese cambio de mirada tuvo una clara traducción física en mi acompañamiento, con una actitud más receptiva, más baja corporalmente, más cercana y accesible, agachándome para hablar a su altura, sentándome en el suelo junto a ellos, estableciendo contacto físico... Este cambio también me llevó a estar más consciente corporalmente, más receptiva para mí misma, aquí y ahora, atenta a si necesito comer o beber algo (¡sea o no la hora prefijada!), a si necesito descalzarme (si hay muchos reparos míos o de los demás por ir sin zapatos, al menos puedo ponerme unos calcetines antideslizantes para andar descalza) o si necesito salir al exterior. En definitiva, más respetuosa conmigo misma y mi cuerpo.

Como primer paso para ser coherente con tu acompañamiento, cuida de ti. Observa qué necesitas para mantener tu energía alta. Escúchate y mantente conectado con tu cuerpo, tomándote los descansos necesarios, atendiendo tus necesidades básicas y cuidando de tu propia alegría vital. Solo desde ahí podrás respetar verdaderamente a los niños en sus procesos y necesidades. Un cuidador (sea madre, padre, educador o maestro...) que no se cuida pone en riesgo el proceso de aprendizaje de aquéllos a los que acompaña. Una de las razones más importantes por las que dejamos de cuidarnos cuando estamos cuidando de los niños puede ser por la falta de apoyo, de red, de comunidad crea-

da a nuestro alrededor. Cargamos solos con demasiadas cosas sin poder delegar o sin nutritivos relevos. Se convierte así en vital, tanto para el bienestar de una familia al cuidado de niños como para la organización de la Escuela, poder contar con otros adultos empáticos con nuestras necesidades.

La sociedad debiera considerar como un trabajo altamente beneficioso para ella tanto el realizado por los maestros como el trabajo de las familias al cuidado de niños, y ocuparse de nutrir a quienes a su vez nutren.

También alguna vez me he encontrado familias que han malentendido la educación libre y creen que deben seguir las necesidades de sus hijos descuidando las de los adultos que les acompañan; si solo enfocamos la mirada en las necesidades de los niños, también estamos desenfocados. Qué importante es que cesemos en nuestro intento por controlar a los niños y les empecemos a devolver el espacio para Ser que no nos dieron a nosotros, pero sin darles el nuestro también. No se trata de que ellos ganen **todo** el espacio (incluido el nuestro), ni de violentarnos internamente creyendo que les estamos haciendo algún favor...

Cada etapa es diferente, y lo que necesita un recién nacido no es lo mismo que necesita un niño de dos o de cinco años. Nuestras necesidades pueden relegarse según la etapa y el momento que atravesase nuestro hijo, pero no le beneficiamos si violentamos de forma continuada nuestras necesidades a su favor.

Como cuidador es importante respetarme y cuidarme, y desde ese lugar podré verdaderamente acompañar a los demás. Para que un niño pueda empatizar con mis necesidades, es importante que yo primero las escuche, las reconozca, las exprese, las respete y las haga respetar.

Se hace preciso que como acompañante escuche a mi cuerpo y mis necesidades básicas, que escuche los dictados de mi corazón. Es desde ahí que los niños aprenderán de mí una forma viva de cuidado que

podrán incorporar en sí mismos. Respétate para respetarles a ellos, y sobre todo para mostrarles *que es importante* que se respeten a sí mismos.

Capítulo 8

Los dragones dormidos

Estamos sometiendo a los niños en una especie de sistema desvitalizante que atrofia las cualidades verdaderas de que ya disponen, como la curiosidad o la *propia* capacidad para autorregularse.

Se desconfía de la sabiduría de los niños como si por necesitamos en su acompañamiento, tuviéramos que dirigirlos. Bien, no son como otras especies animales que *llegan a este mundo* y son independientes, pero tampoco entendamos por ello que no saben, sobre todo que no saben sobre sí mismos y sobre lo que necesitan para estar bien.

Cada niño, cada bebé es sabio. Vemos, *por ejemplo*, cómo desde bien temprano, el bebé trata de llevárselo todo a la boca para conocerlo, para reconocerlo una y otra vez, para establecer conexiones neuronales gracias a la sofisticada vivencia sensorial que le permiten los receptores que tiene dentro y *alrededor de sus labios*. Pero a menudo tratamos de impedir que los bebés de esta sociedad se lleven a la boca nada natural. Sus primeros contactos y experiencias sensoriales con el mundo se las da el «confiable» plástico. Rodeamos a nuestras crías *con mordedores y chupetes sintéticos*, libres de todo peligro, pero a su vez tan pobres de información y calidad sensorial. Sus bocas, preparadas para recibir compleja información sensorial de texturas, volúmenes, límites, peso, sabores... se queda limitada y desconectada. No les dejamos cerca una concha marina, una piedra de cantos redondeados, un trozo de la corteza de roble... A veces ni si quiera una pieza entera de fruta por miedo a que estos objetos estén sucios o puedan ser peligrosos. Pero podríamos simplemente pasarlos *por agua* y permanecer a su lado, atentos a la nutritiva experiencia.

Tampoco les permitimos el contacto directo con la tierra. Nuestros bebés crecen «protegidos de gérmenes y suciedad» en cunas-

parque, alfombras y mantitas. Así, sin poder llenarse la boca y las manos de los regalos de la madre tierra, crecen aislados y con la falsa creencia de separación de la Naturaleza. Y conforme pasan los años, tampoco tienen muchas más oportunidades de contacto directo con ella. Las Escuelas cada vez están más aisladas, rodeadas por cemento y alquitrán, que evita engorrosos charcos y peligrosos hoyos en los patios. Además, los patios tienen poco valor educativo para los adultos, que programan y dirigen lo que creen que necesitan los niños. Y qué decir de los modernos y asépticos parques que usan gravilla o una especie de pavimento blando donde apenas cabe algún débil árbol. Cemento y alquitrán y zapatos (bien protegidos con suela dura) separan a los niños de la increíble e invisible vida que habita bajo ellos.

Estoy luchando con los alcaldes para que abandonen esa costumbre de construir parques para niños con columpios y toboganes. Los niños necesitan espacios donde, dentro de un clima de control social, ellos puedan hacer lo que quieran: pisar el césped, subirse a los árboles y jugar con las lagartijas, Francesco Tonucci.

Pareciera que no interesa que se desarrolle la vida en los espacios destinados y preservados a la infancia. Hay miedo. Lo vivo o «natural» nos preocupa. Por eso rodeamos de pesticidas «contra bichos» a hermosas criaturas diminutas y alejamos de los niños todo animal que no esté vacunado. Pero, sin embargo, pretendemos enseñarle a los niños a respetar su entorno y la Naturaleza que les envuelve, fuera y dentro de sí mismos. Programamos que lo hagan desde nuestros protegidos centros escolares, desde un libro, desde el ordenador o quizás desde una excursión a la granja o a un zoo. Creemos que con eso es suficiente. Nos parece normal que pasen la mayor parte de la infancia entre espacios artificiales como la escuela, el parque y la tele.

Pero así no le espera a la Tierra un gran futuro. ¿Acaso no dicen que el roce hace el cariño? Tan poco roce y poco contacto tienen

con la Naturaleza que pareciera un pariente lejano al que visitamos de vez en cuando...

Para nuestros niños no existe experiencia de admiración en propia piel, amando maravillados la vida que vibra en sus manos, con profundo respeto por lo que la Tierra regala y da. La Madre Tierra necesita que nuestros niños la amen. Pero no obligados. Los niños amarán la Madre Tierra y no permitirán que nadie abuse de ella, pero primero necesitan mancharse de tierra negra y húmeda de bosque, de tierra roja junto al río. ¡Y no solo de arena en la playa! Necesitan trepar a los árboles y sentirse en casa sobre ellos.

También parece que hemos olvidado que la Naturaleza —y su sabiduría— está también dentro de nosotros, en el cuerpo humano (ése que necesita sol, tierra, aire y agua más allá de la playa y la piscina). ¿Cuántas veces los adultos nos encargamos de que los niños desconecten de sus cuerpos y dejen de guiarse por sus necesidades?

La feliz lactancia materna a demanda, donde el bebé sabe lo que necesita y nosotras sus madres confiamos en sus señales, da paso a la comida sólida, y a veces nuestra confianza se transforma en una lucha y una desconfianza en el niño y su capacidad para indicarnos lo que necesita. Como si de leche materna fuera especialista, pero luego perdiese toda sabiduría.

Lo mismo nos pasa con la auto regulación térmica. ¿Cuántas veces les abrigamos forzosamente, con la calefacción puesta, antes de bajar a la calle o invasivamente les quitamos la ropa a nuestro criterio sin esperar a que ellos tomen consciencia de lo que necesitan? No respetamos, ni esperamos sus decisiones y sus ensayos. Nos anticipamos y les negamos conectar con su propia autorregulación. También nos encargamos de que vayan en contra de sus biorritmos para dormir o simplemente descansar.

Esta sociedad tiene niños con cuerpos que son poco escuchados por los adultos que los acompañan y poco escuchados por ellos

mismos. Y, así, desconectados de nuestra propia naturaleza, pretendemos respetar la que nos rodea.

Hay adultos que llegados a este punto pueden decirme que sus hijos o sus alumnos no saben lo que necesitan si ellos no se lo indican. Es cierto, existen «los niños dragones dormidos», y son muchísimos en nuestra sociedad... Niños que han vivido toda una vida tan dirigida y controlada desde afuera que a estas alturas de sus vidas no saben lo que necesitan sin indicaciones ajenas y se encuentran, por ejemplo, abrigados cuando tienen calor: desconectados de sí mismos, sumisos, aburridos sin saber a qué jugar, con la mirada puesta en el otro... capaces de enfriarse si no les pones la chaqueta o se la quitas... porque nunca han asumido la responsabilidad de sus vidas ni de sus cuerpos.

Pero es tarea del adulto que les acompaña **confiar** en ellos y **confiarles** esa autorregulación, porque cada niño, desde la responsabilidad por su propio proceso, toma consciencia de lo que a él le fortalece o le debilita en cada momento. Y es un proceso *en continua transformación*, no finito; del mismo modo que vemos que va creciendo físicamente, así lo hace internamente también.

Con nuestro actual Sistema Educativo estamos favoreciendo niños desconectados, dormidos, perdidos... Pero yo sé que *no están perdidos para siempre*. Con profundo respeto y mucha paciencia de los adultos, podrán volver a reconectarse consigo mismos. La Naturaleza sigue hablando sabiamente en sus cuerpos... Y aunque no es sencillo aprender a escucharse desde una larga vivencia de desconexión, es lo que nuestro Planeta necesita.

Mi apuesta por una sociedad más consciente y respetuosa con la Tierra empieza por respetar a cada niño en su propia naturaleza. Una infancia respetada (en casa y en la escuela) es el primer peldaño de una sociedad consciente y respetuosa.

Desde el acompañamiento consciente, los adultos tenemos en *nuestras manos* permitirles seguir en contacto consigo mismos y todo aquello que les rodea.

A veces imagino que llega el día en que los niños, dragones dormidos, dicen basta. Basta a esta sociedad que los tenía aislados de sí mismos y los regalos de la Madre Tierra. Miran amorosamente a los ojos a los adultos que les acompañan y se van saltando, para meterse sin botas de agua en charcos y ríos... y llenarse de piedras milenarias los bolsillos... Porque en ellos ya no hay una voz interiorizada adulta que habla todo el tiempo de suciedad ni de enfermedad o peligro. Y suben a longevos árboles para secarse y contemplar desde allí el cielo y guiñarle un ojo al sol, sabiéndose poderosos como dragones... sabiéndose despiertos y profundamente unidos a todo lo que les rodea... Es entonces que amarán la Tierra y que la Tierra estará, al fin, en buenas manos.

Capítulo 9

Sobre estrategias escolares invisibles adormilantes

Las escuelas favorecen la desconexión, no son lugares que permitan que se dé el milagro de la vida.

Actualmente, los edificios escolares son lugares altos, de cemento y alquitrán, diseñados por los mismos que diseñaron centros de salud o centros penitenciarios; lugares que propician la desconexión entre el cuerpo y la tierra, entre el cuerpo y el cielo.

Dentro del espacio de la Escuela, el patio es el gran territorio a redescubrir y valorar, no el aula de informática. Los patios escolares están desaprovechados al no estar diseñados para facilitar experiencias ricas que propicien esta conexión desde el cuerpo durante las numerosas horas que pasamos en la escuela.

Dentro de las Escuelas, dividimos el tiempo de los niños en un horario aparentemente equilibrado entre las diversas áreas de aprendizaje. Pensamos que necesitan tan solo dos horas, por ejemplo, de educación física, y que el resto del horario se lo pueden pasar sentados y en un espacio cerrado. Eso sí, contando con un recreo a media mañana de una media hora en educación primaria y de 45 minutos en educación infantil. Pareciera que sabemos el bien que les hace a los niños ese tiempo donde pueden moverse en libertad, pero a su vez no le damos valor real de tiempo de aprendizaje... Como suele ser un tiempo no dirigido por los maestros, consideramos erróneamente que viene a ser una pausa en el aprendizaje, como cuando nos tomamos una pausa en el trabajo para ser más productivos al volver. Pero no es así ¡Estar en el patio no es sinónimo de estar en una pausa para el aprendizaje! El tiempo del «recreo» cuenta para el aprendizaje, y es importante. Si hiciésemos una encuesta sobre qué es lo que más le gusta a los niños y les preguntáramos

entre varias opciones qué es lo que más valoran de la Escuela, seguro que en los primeros puestos del ranking estarían sus amigos y el patio. El recreo es, para muchos niños, el tiempo diario de juego compartido más intenso.

No puede haber recreo sin deleite, el cual no siempre depende de la razón, sino más a menudo del capricho. Debe permitirse que los niños no solo se diviertan sino que lo hagan a su modo, Locke.

Pero, lamentablemente, a los que estamos en el mundo de la educación pocas veces nos interesa o nos parece interesante el patio.

Un estudio¹ realizado por la Asociación IPA Spain en colaboración con la Fundación Jaume Bofill concluye: «Nuestros patios, tanto desde el punto de vista morfológico como de intervención educativa, no están pensados ni incorporados como recurso pedagógico de la escuela». Este estudio expone los datos resumidos de la investigación cualitativa realizada en los patios de 30 escuelas de Educación Primaria situadas en el área metropolitana de Barcelona, acompañados de una selección de experiencias enriquecedoras a nivel internacional, y donde se presentan conclusiones que permiten mejorar la actual situación de nuestros patios: los patios pueden ser tenidos en cuenta a la hora de diseñar múltiples y enriquecedoras propuestas que tendrían todo el valor y el potencial para nuestros niños.

Mi apuesta tiene que ver con mirar de otra manera ese espacio físico exterior, repleto de posibilidades, llamado patio, y con ampliar a todo el tiempo escolar su acceso desde el respero profundo por la autorregulación de los niños.

¹Varios autores: *El patis de les escoles: espais d'oportunitats educatives*. Colección Informes Breus Educació nº31, Fundació Jaume Bofill. 2010.

Con el modelo de Escuela actual, es normal que pensemos que los niños, si pudieran elegir dónde pasar todo el tiempo, optarían por el patio. Veamos más ampliamente esta situación:

Si yo retengo a los niños en las aulas y les restrinjo casi continuamente el acceso al patio... y de repente les doy libertad para moverse por todo el recinto escolar, apuesto a que por un largo tiempo necesitarán pasar tiempo en el exterior, como nos pasaría a cualquiera. En cambio, los niños que entraran de nuevas en esta manera de funcionar, sabiendo de su libertad de movimientos, se interesarían por los espacios y ambientes de interior y por las experiencias que pudieran desarrollar en cada ambiente.

En los patios se pueden dar condiciones muy adecuadas para desarrollar juegos libres y espontáneos, pero también para favorecer otro tipo de enriquecedoras experiencias que tengan que ver con la experimentación o, simplemente, con la lectura individual.

La realidad actual es que los patios en las escuelas suelen ser lugares muertos: espacios diáfanos que favorecen la total visibilidad y el control adulto; lugares donde se han eliminado en lo posible elementos supuestamente conflictivos: no hay piedras ni estructuras complejas ni desniveles... ¡A veces incluso sin tierra ni arena!

A mi entender, no se trata de evitar conflictos (ni en el patio ni en el aula), sino de acompañarles y después permitirles adentrarse en ellos, desplegando sus propias estrategias de autorregulación, pues los retos o los conflictos están muy ligados al crecimiento.

A veces, lo que necesitamos para redefinir nuestros patios es desaprender un montón de ideas acerca de lo que tiene valor educativo o necesitan nuestros niños. Así vemos que lugares como el arenero tienen un gran potencial para los niños, mucho más allá de la educación infantil. Si en los patios construimos pistas de deporte y favorecemos solo los juegos de pelota, estamos ofreciendo un lugar muy pobre.

En una sociedad que parece haber dado la espalda a la Naturaleza, y que pretenciosamente ha creído que no la necesitaba, mi clara demanda es convertir las Escuelas en reservas naturales protegidas, o al menos transformar los patios en jardines... Atrevámonos a contemplar nuestros patios como extensiones del aula, redefiniendo qué ambientes podemos propiciar en el exterior y qué materiales podemos incluir en esas experiencias. Así, nos sorprenderemos de todo lo que podemos ganar en bienestar infantil y adulto porque, aunque no nos demos cuenta, maestros y alumnos pasamos el día encerrados mientras el exterior nos espera, que únicamente es aprovechado por el profesor de educación física.

El problema sustancial de la educación—jaula no es dejar de ser jaula, porque esto es imposible, sino ser una jaula que permita la máxima libertad para el pájaro, Alexandre Galí y Coll.

Creemos que es inocuo para el bienestar de todos pasar el día (un día tras otro) encerrados, pero tenemos la experiencia de encerrar a otros animales. Cualquier otro animal enjaulado, sin tocar directamente la tierra y sin ver el cielo se desconecta de parte de su sabiduría, a menudo no cuida a sus crías, no se cuida y pierde su alegría...

Los seres humanos creemos que no necesitamos estar en contacto directo con la tierra para poder vivir. Sobrevivimos en las ciudades sin darle el valor que tiene para nosotros y para nuestros hijos crecer y vivir en estrecho contacto con la Naturaleza de la que formamos parte. Pero en un mundo como el nuestro, con una realidad tan desnaturalizada, la Escuela podría ser un lugar protegido para la Naturaleza, con plantas, árboles y vegetales, con tierra viva, con presencia de insectos y aves... priorizando que los espacios infantiles estén en plena naturaleza, en contacto directo con la vida. Las manos y los pies infantiles necesitan tierra, objetos naturales que tocar y transformar, con los que modificar el espacio: troncos, maderas, piedras... y no solo fichas y tanta grafo-motricidad con lápiz y papel.

En cuanto a los materiales con los que enriquecer los ambientes del exterior (y también del interior), podemos rodear a los niños de plástico y no querer dar valor así a la calidad de los objetos que ponemos a su alcance. La madera o el metal tienen cualidades bien diferentes a las del plástico, más pobre en calidad.

Los niños que cuentan con una buena chaqueta de exterior, un impermeable y unas botas de agua pueden escoger, en cada momento, si prefieren estar dentro de los espacios cerrados o fuera, en el patio. Crecer en unión con la naturaleza implica una percepción más estrecha de los fenómenos naturales. Para mí ha sido todo un lujo poder trabajar en el exterior, junto a los niños: descalza, al sol o a la sombra bajo los árboles. A veces, ofreciendo espacios para la construcción con maderas o para mirar juntos cuentos sobre una gran alfombra, para crear artísticamente con pintura, con barro con pasta de sal... para experimentar con objetos y agua... durante todo el horario y el calendario escolar; sin la absurda idea de que si me quedo más tiempo en el patio, mis compañeros o las familias de mis alumnos van a criticarme o a pensar que pierdo el tiempo o que no quiero trabajar...

Para mí fue también un lujo poder empezar la semana, por ejemplo, en la playa, como hacíamos todos los lunes del calendario escolar en Moixaina y como seguiremos haciendo en Liberi Escuela Activa...

De Moixaina también recuerdo los momentos de los lunes en la playa, con los pequeños rebozados de arena, corriendo arriba y abajo, bajo un sol que parecía que brillaba especialmente para ellos, insensibles a veces a un frío que no podía competir con su fuerza heroína y unas ansias de jugar que nos llenaban de vida a aquéllos que disfrutábamos del privilegio de contemplarlas. Eva Cartes, mamá de Moixaina.

Existen Escuelas que están frente al mar o junto a un bosque o cercanas a una reserva natural y aún no se dan cuenta del gran potencial que están rechazando...

Durante los siete primeros años, los niños necesitan prioritariamente experiencias sensorio-motrices, así que *cuidaremos* que cada niño tenga acceso *en su* desarrollo a tales experiencias como base firme para futuros aprendizajes... Podemos crear estructuras con madera, rodeadas de árboles, favorecer el contacto con tierra viva y fértil en un huerto, un gran arenero, priorizando la creación de *espacios* que estén en plena naturaleza en *contacto* directo con la vida... Pero si no es posible, me parece muy útil y necesario establecer un espacio dentro de cada Escuela con material duro y blando psicomotriz... En Moixaina pudimos crear este espacio de salto con colchonetas en el *exterior*, y fue maravilloso.

Y a partir de los 7 años, los niños siguen teniendo la necesidad de experiencias a través del cuerpo desde la libertad de expresión, y no solo desde juegos reglados. Así que no prohibamos el acceso de los niños mayores al *arenero*. ¡Creemos uno mayor donde puedan dar cabida a sus propios retos! Ni vetemos su acceso a las estructuras de juego donde puedan trepar, saltar, balancearse... ¡Creemos estructuras con mayor reto psicomotriz, adecuadas a sus necesidades!

Aprender sin el cuerpo

Actualmente fomentamos niños mentales, saltándonos pasos en el proceso natural de aprendizaje: niños capaces de manejar tempranamente un *ordenador* o leer.

Hay una maduración precoz de los niños por exponerlos a una realidad virtual alejada, filtrada y distorsionada de la realidad. Desarrollan capacidades intelectuales que *nos* enorgullecen y que, en realidad, *no* dejan de ser muestras de bonsái que al no poder desarrollar raíces da frutos.

Algunas madres se muestran orgullosas de que su *hijo* lea y escriba competentemente a los 4 años...

Los adultos sonreímos satisfechos de las nuevas capacidades que desarrollan los niños de ahora, de lo inteligentes que son, de la facilidad con la que se manejan con las nuevas tecnologías. Y algunos adultos anhelan que sus hijos aprendan, antes que los demás, a *tocar* el violín o japonés. *Pero que no se manchen* los pantalones de tierra...

Mi abuela paterna, al ver cómo dejaba en el suelo para que explorara a mi primer hijo, me contó que ella jamás dejó a ninguno de sus cinco hijos gatear, ni en el suelo ni en lugar alguno. Los *sentaba* o los dejaba tumbados *en una* caja rectangular alta y estrecha de madera, que era la caja en la que llegaba el tabaco a su pueblo andaluz en aquella época. Me contó que, así, sin apenas poderse mover, no se manchaban los pantalones. Esta anécdota lejana en el tiempo, sigue vigente a día de hoy. Encerramos a nuestros bebés *en lugares* reducidos y seguros donde poco o nada les espera para ser explorado.

¿Por qué queremos ir en contra de la sabia naturaleza que diseña niños ocupados en experimentar? Nuestros bebés cada vez están más limpios y alejados de la *tierra*. Los primeros objetos que exploran suelen ser de plástico o materiales alejados de la vida. Los niños crecen en ciudades donde un árbol es como un poste de la luz o una sombrilla.

La mejor escuela es la sombra de un árbol, J. J. Rousseau.

Las Escuelas donde están programados sus aprendizajes miran la vida desde lejos, sin tocarla, sin olerla y sin mancharse con ella. Potenciamos niños mentales desconectados de las necesidades de sus cuerpos, niños desvinculados de su propia *escucha*. *Con la* mirada puesta fuera de *sí* mismos. Estamos contribuyendo a formar niños con sus antenas puestas en aquéllo (como, por ejemplo, la tele) o aquéllos que les entretengan. Niños que se aburren, que necesitan nuevas propuestas porque desde adentro *ya* no saben; no están acostumbrados a *vincularse* apasionadamente *con lo* que les rodea. Para mí, que un niño se aburra es como si encendiera una gran alarma, para él mismo, para su familia, para su entorno y para el planeta entero.

Visitando a una amiga con un hijo de unos 10 años, me sorprendió que le dijera a su madre que no sabía qué hacer si no lo dejaba jugar al ordenador. Mi amiga me contaba que su hijo podía pasarse el día frente a la pantalla. Ella empezó a darle ideas, que una tras otra fueron descartadas por su hijo con cara de gran aburrimiento. Ideas y propuestas desde afuera... ¡En lugar de escucharse internamente y hacerse cargo de su felicidad y de sus necesidades! Pero eso es algo que viene de muy atrás en su historia, donde desde temprana edad ha sido un sujeto pasivo, empujado o distraído de su propia escucha, de sus necesidades y deseos...

Otro gran tema que me sugiere esta anécdota son las nuevas tecnologías y el gran poder, el grave efecto de encantamiento y desconexión, que pueden tener sobre los niños. Hemos normalizado que un niño pueda pasarse el día encerrado en casa, a menudo junto a adultos con la atención puesta en sus propios asuntos, con poca atención a las necesidades de esos niños. Sobre todo si vivimos en un piso, en la ciudad, alejados de la Naturaleza y de experiencias de contacto directo con ella y les tratamos de entretener con consoladores afectivos: juguetes de luz y sonido, televisión, juegos de ordenador...

Paradójicamente, niños «desnutridos» (de atención, presencia, afectividad, disponibilidad adultas) que están cerca de su «alimento». Niños que suplen su necesidad de experiencias de contacto directo, desde el cuerpo, con la Vida, con los demás, por experiencias virtuales donde se convierten en sujetos pasivos que permiten a los adultos dedicarse a sus propios asuntos. Las nuevas tecnologías anulan en los niños la escucha al programa interno de cada uno, lo mismo que la motivación externa, los juegos dirigidos y otros tipos de entretenimiento infantil. Los niños pasan gran parte de su tiempo diario pasivos físicamente, desarrollando conexiones neuronales desde una realidad virtual.

Si no preservamos la infancia de un desarrollo precoz a nivel mental, en poco tiempo podemos encontrarnos como Humanidad más alejados del respeto y la conexión por nuestros cuerpos, por nuestros

ciclos y por los de la Naturaleza. El respeto a la Madre Naturaleza va unido a la experiencia física real de los niños, desde las primerísimas etapas, en contacto con la tierra, el agua, el mundo vegetal, el mundo animal... ¡Somos Naturaleza! Un ser humano que crece vinculando sus experiencias de vida a la Naturaleza, simplemente la ama y la cuida. Como cuida de sí mismo.

Un ser humano que crece aislado, alejado de experiencias físicas de contacto con la Naturaleza, es fácil que viva una vida desvinculada de la Madre Tierra, desvinculado y desconectado de su propio cuerpo, y que entienda el respeto por la Naturaleza como algo intelectualmente razonable, mas no como algo necesario a nivel vital.

Y lo cierto es que, tomando consciencia de la situación actual de nuestro planeta, veo urgente reivindicar la importancia de las experiencias infantiles físicas desde el respeto adulto a la libertad por el propio programa interno de cada ser; desde el momento del nacimiento, pasando por la etapa de bebé, la primera infancia y la adolescencia, para permitirles llegar a la edad adulta desde la conexión y el respeto por la sabiduría del propio cuerpo. Los niños que son respetados en su desarrollo motriz crecen haciéndose responsables y conscientes de su propio cuerpo.

Llegados a este punto me gustaría agradecer el gran trabajo de la pediatra húngara Emmi Pikler², con quien comparto su visión del niño pequeño como un ser activo, competente y capaz de su desarrollo motor autónomo. Creó un sistema educativo basado en el respeto al niño, en el que el adulto adopta una actitud no intervencionista que fa-

²Emmi Pikler (1902-1984) dirigió el Instituto metodológico de educación y cuidados de la primera infancia de Budapest (conocido actualmente como Instituto Pikler), fundado para bebés que necesitaban cuidados prolongados lejos de sus familias. Es autora del libro «Moverse en libertad».

vorece una actividad auto-inducida y conducida por el niño mismo para su propio desarrollo. Observó que los niños que aprenden los nuevos movimientos por sí mismos tienen mejor equilibrio, mayor coordinación, mayor seguridad en sus actividades y, por eso, son menos propensos a sufrir accidentes. Además, vivencian más «a fondo» el proceso de aprendizaje y tienen mayor seguridad en sí mismos. Sus estudios concluyen que las enseñanzas y la ayuda del adulto no son condición necesaria para el desarrollo motor del niño, y que además pueden perjudicarlo al ponerlo en situaciones para las que no están maduros todavía.

Como padres o educadores podemos tener la tentación de querer enseñar a los niños cuál es el siguiente paso en su desarrollo motor, sin darnos cuenta del beneficio que supone el respeto por su propia manera y tiempo para llegar allí. Por ejemplo, podemos visualizar cómo una niña a la que llamaremos A se cae con facilidad y suele hacerse daño, mostrando una gran desconfianza en sí misma; está acostumbrada a que le indiquen donde están los peligros y qué puede o no hacer. Su amiga, a la que llamaremos Z, a veces también se cae, y cuando esto ocurre, sabe cómo reaccionar para que su cuerpo se coloque de la mejor manera y así evitar un daño mayor.

Hay niños como Z con quienes puedes estar tranquila viéndoles arriesgarse subiendo muy alto, manteniendo grandes equilibrios porque sabes que conocen y se hacen responsables de sus posibilidades, y sabrán decidir si es buen momento para enfrentar ese reto motor y quieren continuar o si prefieren enfrentarse a ese reto en otro momento. Han crecido bajo una mirada atenta, mas no invasiva, que les ha permitido asumir el control y la responsabilidad de sus cuerpos.

Con los niños con vivencias como A, seguramente acompañados desde la sobreprotección y la desconfianza adulta y desde la carencia de experiencias de desarrollo motor en libertad, como maestroacompañante es mejor mantenerse mucho más cerca que de Z, pues un niño con la vivencia de A tiene una programación mental adulta incor-

porada dentro de sí mismo que le habla desmesuradamente de fracaso y peligro. Y actúa en consecuencia.

Quietos y callados

¿No es una tontería querer favorecer la evolución de las facultades del niño condenándolo a la inmovilidad y al silencio durante las mejores horas del día y durante los años más espléndidos de su vida?, Decroly.

Hoy 'educar' significa pedir a los niños que dejen de comportarse como niños y lo hagan como adultos, Francesco Tonucci.

Hace poco, durante una charlita en una escuela, un maestro me objetaba que a veces lo adecuado es que los niños aprendan a estar callados y quietos, que necesitan aprender a estar quietos y callados para el mundo laboral al que van o diversas situaciones que pueden encontrarse en la vida.

Los niños aprenden a estar quietos y a callar sin necesidad de un Sistema Educativo que lo promueva, y menos aún tan largamente. Lo aprenden en su relación constante con otros y en sus vivencias en diversos lugares. En un centro de salud hay personas que se encuentran mal y es mejor que no hagamos ruido. Tampoco lo hacemos en la biblioteca. Nos estamos quietos cuando nos examina el doctor, pues necesita acercarse a nuestro cuerpo para ver con sus instrumentos cómo estamos. O nos tenemos que quedar en la sillita del coche atados hasta llegar a casa de la abuela...

Pero no es necesario, ni adecuado, que los niños se pasen toda una vida escolar reprimiendo sus ganas de moverse, porque así no pueden dar respuesta a sus necesidades reales.

Si los niños tienen necesidad de movimiento, no es por fastidiar a los adultos, se corresponde con una necesidad interna real que está estrechamente vinculada con el crecimiento y el aprendizaje. Cuando un niño camina o corre, pone en marcha sus dos hemisferios cerebrales

al mismo tiempo, y favorece el aprendizaje. Los niños aprenden más y mejor si pueden regularse y reequilibrarse desde el movimiento espontáneo del cuerpo. Me gustaría que pudiéramos revisar eso de pedirle a los niños que estén quietos, más allá de momentos puntuales necesarios, a lo largo del día.

Mi hijo Pau, con 6 años, no ha ido nunca a una escuela en la que hicieran fila o le obligaran a estar sentado. Sin embargo, hace pacientemente cola cada vez que vamos a Correos o cuando quiere subir a un castillo inflable, por ejemplo. También voluntariamente pasa largos ratos sentado dibujando, escribiendo notas, cuentos, cartas, mirando cuentos, libros, revistas...

Los niños pueden estar sentados largo tiempo cuando les interesa algo, pero es muy importante que tengan la libertad para moverse cuando así lo sientan.

Cuando advierto en mis hijos muchas ganas de expresarse motrizmente, procuro, en lugar de reprimirles, darles la oportunidad de canalizar esos impulsos saliendo al exterior de la casa, transformando el sofá en colchonetas o yéndonos a un parque si estamos en otra casa.

En las aulas observamos continuamente muestras de esa necesidad de movimiento infantil, que muchas veces nuestra organización no contempla o permite... La manera de asegurarnos que no «colapsen» en la Escuela es permitirles regular desde adentro, a voluntad, sus movimientos. Así podrán reequilibrarse y recuperar su bienestar, para luego poder regresar a sumirse interesadísimos y receptivos en lo que quieran aprender, sea lo mismo de antes u otra cosa.

Pareciera que no comprendemos cómo aprenden los niños cuando segmentamos el horario escolar. Tiene algo de absurdo que interrumpamos su concentración (invisiblemente está realizando conexiones internas) porque ahora toca en el horario cambiar de área (de matemáticas pasamos a lengua, por ejemplo) o que forcemos que permanezcan en algo cuando ya no sienten interés alguno...

También nos pasa que dificultamos o impedimos desde la Escuela que puedan comunicarse plenamente con los otros niños. En el aula queremos niños que solo hablen cuando nos interesa y de lo que a nosotros nos interesa. Pero los niños crecen de ese valioso contacto espontáneo con los otros niños. Crecen de esa manera invisible que muchos adultos no pueden evaluar ni valorar. Si permitiéramos que en la Escuela los niños pudieran relacionarse y comunicarse libremente, entre las diversas edades, aprenderían naturalmente mucho de lo que los maestros tratamos de enseñar.

El habla, como el movimiento en libertad, es otro gran vehículo para que los niños se expresen y se desarrollen que la Escuela no acaba de potenciar. Tenemos tradicionalmente organizada el aula de tal manera que pretendemos que los niños nos miren quietos y callados esperando indicaciones. Pero podemos reorganizar el aula y la Escuela entera (contando por favor con el espacio físico del patio) de tal manera que los niños puedan moverse libremente por los espacios, dentro de unos límites y normas que faciliten este tipo de convivencia.

Podemos preparar diversos ambientes que den respuesta a las necesidades de cada etapa y favorecer así la autonomía y la libertad de aprendizaje dentro de un marco seguro donde la autorregulación y la libertad de movimientos tengan una gran importancia.

Sin posibilidad de autorregulación

Como todo ser vivo, el niño dispone de una capacidad de autorregulación. Es desde un acompañamiento directivo, que anula la escucha y el respeto por las propias pulsiones internas infantiles, que los niños dejan de usar esta capacidad natural de conexión con sus necesidades, con los propios ciclos y los propios procesos, y entienden como responsabilidad del adulto el cuidado de sí mismos.

Cada ser, cada organismo, tiene unas necesidades vitales que necesita satisfacer para poder crecer y desarrollarse en armonía, y hacerlo felizmente.

Tanto en la Escuela como fuera de ella, actos como ir al servicio, comer, beber, dormir, moverse, jugar, aprender, abrigarse... están acotados y dirigidos desde fuera por otras personas. Los niños, así, entienden que no es responsabilidad suya cuidar de sí mismos, y que cuidar de sí mismo no es importante. La función de los adultos tendría que ser la de apoyar la capacidad de autorregulación de los niños, acceder a los deseos y demandas infantiles y permitir que puedan elegir los asuntos que les conciernen solo a ellos.

O bien podemos anular esa autorregulación desde el autoritarismo que dirige y presiona, que acalla y silencia la voz infantil. En la Escuela bloqueamos esa capacidad de autorregulación negando sistemáticamente los deseos infantiles. O podemos también anularla celebrando determinados comportamientos que queramos favorecer a base de premios; así, por ejemplo funciona el conductismo.

Aparentemente es menos violento funcionar a base de premios que hacerlo a base de castigos, pero ambas actitudes siguen siendo igual de violentas en el fuero interno de los niños. Incentivar repetidamente a los niños es un síntoma de una gran desconfianza en ellos y en sus capacidades.

Pensamos la infancia en pequeño. La esperamos menos capaz y competente de lo que de veras es y puede ser. Y en función de esa baja expectativa, la infancia responde. Decidimos por cada niño la mayoría de los asuntos que tienen que ver con su vida. Anulamos su iniciativa, su voluntad y sus ganas de explorar la vida a base de acotar y dirigir sus vivencias. A mayor respeto y confianza, más capacidades despliegan los niños. Podemos empezar a permitirles sus ensayos de autorregulación cuando ya son mayores, pero qué bueno poder hacerlo tempranamente.

Por ejemplo, podemos forzar a un niño de menos de dos años a ponerse la chaqueta, que nos dice que no, pero también podemos ofrecerle esperar a salir fuera para que compruebe que, tal y como le decimos, hace frío. También podemos dejar a su alcance agua (el agua es un elemento necesario para la adecuada transmisión de información entre neurotransmisores cerebrales), fruta fresca y frutos secos para permitirles entrar en contacto con sus necesidades y atenderlas. Pero en la Escuela no damos valor a este tipo de aprendizajes, tan necesarios para el resto de su vida.

También ocurre que los adultos, entrometidamente, resolvemos los conflictos infantiles y dirigimos sus asuntos sin permitirles desarrollar sus propias estrategias de relación.

O sucede que desde nuestra mirada adulta creemos que no van a saber lo que les conviene. O que no les permitimos error alguno. Pero el equilibrio llega tras un desequilibrio. La sabiduría, tras la experiencia. Alguien puede necesitar experimentar un extremo, o incluso ambos, para poder llegar al lugar donde siente el equilibrio.

Es un regalo para un niño ser respetado en su proceso de autorregulación desde la confiada mirada adulta. Si siempre esperamos que los niños mantengan sus pies dentro de un camino equilibrado, estamos desconfiando del proceso, de ellos y de la vida. El respeto y el valor por la autorregulación de los niños nos permite acompañar sus procesos desde la comprensión por los ciclos de la Naturaleza y estrechamente vinculados a éstos, los del hombre y los de la mujer.

La vida no se desarrolla linealmente. Hay momentos de expansión, y otros, de recogimiento y contracción. Toda persona, niño y adulto, está en continuo crecimiento aunque no se vea por fuera. A veces pareciera que estamos perdiendo el tiempo o desorientados, a veces damos vueltas o necesitamos retroceder antes de lanzarnos a explorar una nueva etapa en nuestro desarrollo, pero lo que no necesitamos es que nos estiren o empujen. Necesitamos tiempo, respeto y confianza.

Aparentemente, los árboles de hoja caduca han olvidado su programa interno y pierden el tiempo en invierno... Algunas variedades de bambú pasan siete años sin aparentemente crecer, cuando realmente están dedicando toda su energía a crecer hacia abajo, a través de sus raíces, invisibles a nuestra mirada. Se aseguran que después podrán crecer hacia arriba, ante nuestros ojos, y que podrán sostenerse flexible y firmemente.

Creemos que un niño está perdiendo el tiempo o está siendo poco productivo cuando externamente hace poco. ¡Qué sabremos de los puentes que está construyendo en su interior...!

Por favor, respeta mis ritmos y, sobre todo, deja que me pierda para poder encontrarme. No me señales el camino. En realidad, nunca lo he abandonado. Es que necesito esta aparente inacción para poderlo continuar después.

Nadie debiera forzar las necesidades y los ritmos de cada uno para acelerar o dirigir hacia otro lugar el proceso íntimo de cada cual. La Escuela necesita aprender el respeto a los procesos individuales y dejar de enfocarse solo en la consecución de las finalidades educativas.

Nuestros niños necesitan que confiemos en ellos y dejemos de invadir, sobreproteger y desconfiar de su propia capacidad para cuidar de sí mismos. Los niños son capaces de regular desde adentro muchas de las conductas o de sus procesos internos. Pero, para ello, necesitan que los adultos que los acompañan se muestren confiados, pacientes y dispuestos a acoger los errores como parte preciada del aprendizaje y que forman parte de la conquista de una mayor responsabilidad.

La motivación externa

Si yo te digo por dónde es, no mirará en ti la próxima vez, sino que volverá a buscarme...

Las conexiones neuronales que se establecen al realizar un descubrimiento por uno mismo son mucho más ricas y profundas que las conexiones realizadas producto de la intención del exterior.

Nuestra sociedad ofrece «divertidos» métodos de enseñanza: técnicas más o menos sofisticadas o alternativas de las cuales nos enorgullecemos por la facilidad con la que logran «enseñar» a los niños. ¿De verdad queremos niños maleables, programados y controlados desde afuera? La motivación es una argucia aparentemente bien intencionada con claros efectos de encantamiento para lograr el control infantil y los intereses adultos.

También quisiera poner la alarma en las estrategias didácticas que usamos los adultos «por el bien» de nuestros niños: introducimos contenidos alternativos por un mundo más «consciente», más «sostenible», más «solidario»... pero lo hacemos desde un lugar erróneo, artificial y prefabricado. Si realmente queremos acompañarles hacia un mundo más consciente, sostenible, solidario... hagámoslo devolviéndoles la conexión con ellos mismos, devolviéndoles su libertad de aprendizaje. Si no, corremos el riesgo de pasarnos la escolaridad de los niños desviándoles del camino de cada uno por «una buena causa». Acostumbramos a los niños, por nuestra falta de respeto, a esperar indicaciones ajenas y propuestas que les entretengan desde bebés. No les dejamos espacio ni tiempo para acercarse al mundo según su propio interés.

• ¿Queremos que busquen siempre expertos en todo, que les indiquen lo que les toca o les conviene en sus vidas, o queremos que se escuchen y se conozcan para convertirse en los mejores cuidadores y expertos en sí mismos? ¿Depositamos el motor de su aprendizaje en ellos o en nosotros los adultos?

Veo que eso que me cuentas es importante. Al menos para ti. Ya, pero aún no está previsto en mi camino. No desde adentro.

Ante tanta motivación externa, los niños se aburren sin saber qué hacer cuando tienen unos minutos de soledad. Piden la televisión rápidamente, dicen que se aburren... y entonces volvemos a caer proponiendo y motivando desde afuera... Están tan acostumbrados a que les entretengan y les guíen...

No nos damos cuenta de lo grave que es que un niño se aburra, incapaz de mirar dentro de sí y dar respuesta a sus necesidades... El aburrimiento infantil alarma de que las cosas dentro y fuera de ese niño no están marchando a favor de su felicidad, de su plenitud. Pero hoy en día es algo común que los niños se aburran en nuestras casas y en nuestras Escuelas, porque ambos son lugares donde no cabe la conexión consigo mismos y sus intereses, sus ganas de aprender y explorar la vida. En la Escuela y en casa, la mayoría de los niños son sujetos pasivos a distracciones y motivaciones externas que a menudo les distraen, pero otras les aburren.

—Eso no me entusiasma, dice un niño. Y nos puede parecer pedante, pero es como un cuento de un rey sentado en su trono que cada vez necesita espectáculos más arriesgados por parte de sus actores para sentir algo dentro de sí... en vez de bajarse del trono y enfrentarse él mismo a la vida y vivir con todo su cuerpo y sus ser cada experiencia...

Nuestros niños ven la vida pasar desde su pupitre o desde su sofá, infelices, insatisfechos... Estamos asistiendo a un gran bloqueo en el desarrollo de las potencialidades humanas. Los niños se desarrollan precozmente en las nuevas tecnologías al no poder desarrollar otros aspectos de sus potencialidades, por ejemplo emocional y físicamente.

Con esta sociedad que utiliza la motivación externa temprana y constantemente, los niños corren el peligro de ver la Luz solo fuera de ellos mismos. Los niños tienen ganas de aprender, y los adultos debemos procurar no robárselas.

En la universidad aprendí a ser «una buena maestra», a «enseñar mejor a mis alumnos»... todo mejor de lo que yo había vivido como alumna. Y tras tres años de carrera, creí que el asunto giraba en torno a qué metodología o qué estrategia educativa utilizaría. Pensé que lo bueno sería la motivación positiva, hacer de «animadora» para «motivarles» a aprender lo que yo tuviera programado. Creía, por aquel entonces, que a los niños no les interesa aprender lo que es importante que aprendan. Y que si por ellos fuera, se pasarían la vida perdiendo el tiempo. Creía que necesitaban que les lleváramos de la mano, motivadamente.

Los maestros vendríamos a ser como unos entrenadores que refuerzan positivamente a los alumnos para lograr unas metas consensuadas por la comunidad educativa; una comunidad educativa de la que los niños forman parte y, en teoría, son llamados «protagonistas del proceso de aprendizaje», aunque de ninguna forma eligen lo que desean aprender.

La motivación externa al niño consigue los —valorados por muchos— efectos del conductismo³: modificar la conducta de un sujeto. Como maestra, por ejemplo, podría utilizar llamativas pegatinas o soles pintados o recompensas de diferentes tipos en el cuaderno de un niño cuando quisiera reforzar una conducta y, así, manipular la respuesta, esto es, la conducta de ese niño, que desea obtener aprobación.

En los experimentos conductistas observaron que si a un perro le haces gran daño cada vez que se acerca a comer, dejará de comer.

³La teoría del aprendizaje conductista sugiere que la conducta es influenciada por factores o estímulos del entorno, y no únicamente por los psicológicos. Las personas desean evitar las consecuencias negativas y obtener las positivas. Si uno espera un resultado positivo de una conducta, o piensa que hay una alta posibilidad de que produzca un resultado positivo, entonces habrá más posibilidades de ejecutar dicha conducta. La conducta que es reforzada con consecuencias positivas lleva a la persona a repetirla, y la asociada a consecuencias negativas, lleva al sujeto a inhibirla.

Muchos conocemos el experimento de la ratita que podía elegir entre un botón que le proporcionaba placer y otro que le proporcionaba comida; si se le hace elegir entre placer y comida, morirá de hambre.

A mi parecer, estamos junto a los niños para encontrar una manera más respetuosa de acompañarles hacia donde ellos necesiten, y no para conducirles, con engaños y domesticación, a un lugar elegido de ante mano por nosotros.

En la Escuela podríamos ofrecer talleres y propuestas de actividades y experiencias diversas respetando la libertad de cada niño para elegir su participación o no, y no me refiero al hecho de tener que permanecer allí por obligación sin hacer nada hasta el final de la actividad. Podríamos estar abiertos a que abandonen una propuesta cuando ya no quieran seguir en ella sin convencerles ni presionándoles para que se queden, sino respetando su libertad de aprendizaje.

Premios y castigos

*En la escuela moderna no hay ni premios ni castigos
ni exámenes, Ferrer y Guardia.*

Estamos en un mundo que ha normalizado algo tan aislante de uno mismo como los premios y los castigos. Los niños están preparados internamente para elegir y valorar como prioritario el hecho de sentirse amados o aceptados por los demás, una necesidad que les lleva continuamente a preferir el sometimiento a cambio de aprecio en lugar de hacer lo que les diga su fuero interno: «Primero necesito tu amor para sobrevivir, acallándome si hace falta».

Pero mi intuición me dice que ése no es el camino.

Sí, tanto los premios como los castigos son efectivos, funcionan, pero no solo no son necesarios en el acompañamiento a los niños

sino que los dos son argucias igual de tóxicas, tanto para los niños como para nuestra relación con ellos.

Es probable que ésta sea la técnica que utilizaron con nosotros y nos cueste desprogramarnos, pero me parece importante estar atentos y conscientes para poder ofrecer un acompañamiento más respetuoso a las nuevas generaciones. Acompañando afectivamente a los niños con empatía, paciencia, confianza y presencia disponible, no es necesario castigarles, ni tampoco premiarles, para que respeten a las personas o las normas establecidas.

Comento algunos de los efectos que considero negativos de los premios y los castigos: castigando o premiando no es el niño quien decide sus conductas, sino el adulto. Mostramos a los niños que su conducta está condicionada y regulada desde fuera de ellos, por lo tanto, no se hacen responsables de sus actos. El niño simplemente modifica su conducta para recibir un premio o para evitar un castigo. El adulto es quien regula la conducta del niño, sin permitir ni dar la oportunidad de un proceso reflexivo y emocional, empático, por parte del propio niño. De esta manera, el niño pierde la oportunidad de poder hacerse cargo responsablemente de la situación para llegar a decidir internamente modificar o no su conducta.

En aquellos casos en los que un niño no encuentra la mirada amorosa y nutritiva que necesita, puede recurrir tanto a los castigos como a los premios como recurso para obtener atención, mirada, presencia adultas, pues cualquier niño prefiere atención y presencia adultas —por negativa que sea— antes que la indiferencia. Prefiere que le griten, le castiguen e incluso le agredan físicamente antes que no obtener mirada o atención alguna.

Modificamos la conducta infantil, pero no sus motivos. No cambiamos las circunstancias que le hicieron buscar nuestra respuesta o presencia, aunque fuera en forma de castigo. Podemos castigar algo que

hizo un niño sin comprender sus motivaciones, sus necesidades... en definitiva su petición encubierta de afecto.

Los premios y los castigos crean adicción, y hacen a los niños moldeables y dependientes del exterior.

Cuando alguien está haciendo algo por su propio interés o placer y le ofreces algún tipo de premio externo por ello, le encaminas a que busque realizar esa tarea para recibir un premio, no por placer ni por comprender su importancia. Más adelante, puede que exija un premio a cambio o que deje de hacerlo si no se lo recibe.

Un castigo físico o de cualquier otro tipo puede generar sentimientos de desconfianza, rechazo, venganza y resentimiento, además de contribuir a una baja autoestima en el propio niño y ganas de alejarse, esconderse o separarse del adulto.

Es importante que dejemos de empujar los procesos, sean cuales sean, motivando, incitando, estimulando, premiando... Dejemos también de frenarlos amenazando, coartando, limitando, castigando...

El sometimiento es una actitud que utilizamos continuamente con los niños de manera más o menos sutil. Los niños pueden huir o tratar de huir del sometimiento, o bien pueden mostrar cólera y rebelarse... Son dos mecanismos de defensa ante el sometimiento. Pero si reflexionamos un poco sobre todas las artimañas que usamos los mayores para lograr tal fin (manipulación, amenazas, castigos, chantajes, engaño, distracción, motivación positiva...) veremos que en el fondo es mucho más sencillo que acaben consintiendo el sometimiento y solo de vez en cuando den muestras de protesta. Apoyemos el cambio cultural a favor del Despertar de los Dragones en vez de perpetuar su sometimiento masivo...

*Cuando el ojo del mundo despierte,
nadie hablará por ti, Xao Hie Ming.*

Estimulación temprana

Cuando tuve a mi primer bebé, algunas de mis amigas del grupo de preparación al parto asistieron a unos cursos sobre los beneficios de practicar en casa un método de estimulación de la inteligencia a base de bits, en el que se le muestra a los bebés una serie de cartulinas con cierta información durante unos segundos. Es un método conocido para lograr conexiones tempranas sobre matemáticas, arte, música...

Algo en mí, que entonces no supe poner en palabras, me dijo que yo no deseaba eso para mi bebé. Ahora creo que sí sabré ponerle palabras para que se entienda: No quiero meter en la mente de mi bebé, invasivamente, contenidos elegidos por mí o por otros y aprovechar su plasticidad y receptividad para desarrollar antes de tiempo y sobreestimar áreas de su cerebro. No me interesa. Y considero que tampoco le interesa o beneficia a bebé alguno. Tenemos niños excesivamente cultivados en sus áreas mentales. Prefiero que los bebés desarrollen libremente sus procesos de aprendizaje desde sus propios intereses y motivaciones, desde el cuerpo, en conexión profunda con su propia programación. Intoxicamos a nuestros bebés a base de exceso de estimulación informativa. Les hacemos pasar por estresantes experiencias sensoriales y mostramos poco respeto por sus propios ritmos y movimientos de acercamiento al mundo del que forman parte...

Vendría a ser como introducir forzosamente una cucharada de puré en lugar de ofrecerles las verduras hervidas. Les llenamos la boca de alimento triturado en lugar de permitirles la rica experiencia sensorial de acercarse por motivación interna a los alimentos que les interesen y del modo que elijan. Aprovechemos este gran momento del acercamiento a los alimentos sólidos para ver más detalladamente el importante matiz entre ofrecer y forzar...

Los bebés, que tienen suficiente alimento con la leche materna, empiezan a acercarse a otros alimentos alrededor de los 6 meses de edad. ¿Por qué en ese momento y no antes o después? Porque es justo

entonces cuando su programa interno les permite naturalmente permanecer sentados por sí mismos, coger objetos con sus manos y acercárselos a la boca de manera autónoma.

Son muy diferentes, evidentemente, las experiencias de un bebé que se acerca por sí mismo a los alimentos y las de otro forzado a comer hasta la última cucharada de puré. En internet podéis encontrar más información sobre la alimentación autónoma bajo el término de búsqueda «baby led weaning».

El programa interno de cada bebé le comunica, también, cuándo está preparado para darse la vuelta, iniciar el gateo o caminar. Respetando desde la confianza las necesidades de aprendizaje en cada etapa del desarrollo sin forzar ni acortar caminos, veríamos entonces que el gateo está relacionado con la conexión entre ambos hemisferios, tan necesaria para la posterior lecto-escritura, por ejemplo.

Lectoescritura temprana

Parece que tenemos prisa por que nuestros niños aprendan a leer y a escribir. Esta sociedad, que aún guarda memoria de un alto índice de analfabetización, siente el mismo miedo por que los niños no aprendan a leer que el miedo a que pasen hambre o estén desnutridos. El recuerdo de la época de vacas flacas y sus consecuencias sigue activo, y pretendemos sobrealimentar a nuestros hijos con comida y con letras. Pero ni nuestros niños tienen carencias alimenticias, ni necesitan que les presionemos para aprender a leer o a escribir.

En un mundo como el nuestro, lo natural es que sientan ganas de comer cuando tengan hambre y que llegue el tiempo en que tengan ganas de comunicarse y jugar con las letras. Pero los adultos, desde la desconfianza, presionamos a los niños e insistimos en que aprendan a leer. A veces diariamente desde los 3 años de edad.

Nos preocupan las pruebas que muestran que los jóvenes tienen bajos niveles de comprensión lectora o que no dominan las normas ortográficas. Y entonces, por regla de tres, entendemos que si empezamos antes... o si le dedicamos más horas al día... aprenderán más competentemente. Pero nos equivocamos.

En muchas escuelas, cuando los niños llegan a primaria con 6 años, se le pide a los padres que se pongan con ellos «un ratito al día» a enseñarles a leer. Para «reforzar» —forzar un poquitín más— lo que ya hacen en la Escuela.

Los maestros de infantil se sienten presionados por los de primaria, que a su vez se sienten presionados por los de secundaria... Y claro, todos ellos presionan a los niños para que aprendan a leer y a escribir, cuanto antes mejor, sin darnos cuenta del perjuicio que provoca esa presión.

Para que un niño aprenda a escribir y a leer necesita haber desarrollado antes otras habilidades que tienen que ver con su maduración psicomotriz, como la coordinación de sus dos hemisferios al gatear (mano y pierna contraria) o la coordinación óculo-manual y la experiencia de sí mismo vivencialmente en relación con el espacio... Pero no se trata de que hagan complementariamente mucha «marcha cruzada» (ejercitar mano y pie contrarios a la vez para poner en contacto ambos hemisferios cerebrales), como propone la kinesiología educativa. Lo que los niños necesitan para desarrollar sus habilidades es juego libre y espontáneo con su cuerpo con agua, tierra, piedras, palos... en lugar de estar rodeados desde bien temprano de materiales «educativos» sintéticos.

No importa si el aprendizaje de la lecto-escritura por motivación intrínseca le llega al niño a los 6 o a los 10 años. Hasta entonces ha estado recopilando dentro de sí todas las conexiones neuronales necesarias que le van a permitir acercarse al proceso de lectoescritura con garantía de éxito y sin esfuerzo, porque estará en el momento adecuado de maduración y receptividad. Los niños se interesan naturalmente por

la comunicación escrita. Dentro de su programa interno, también llega el momento de aprender a leer y a escribir, aprender y desarrollar sus propios códigos escritos, uno inventado por ellos mismos. Los niños aprenden casi por ósmosis a leer y escribir autónomamente nuestros códigos arbitrarios, y solo hasta cierto punto necesitan de nuestro acompañamiento en este aprendizaje cultural. También resulta beneficioso mezclar a niños de diferentes edades para mostrarse unos a otros cómo escribir, por ejemplo, la 'z'. La colaboración entre iguales, además de favorecer el aprendizaje en cualquier área, ayuda a desarrollar competencias sociales y emocionales.

Cuando una mamá me cuenta orgullosa que su hijo menor de 5 años ya escribe y lee tan bien, yo pongo cara de póker. Ese niño probablemente ha invertido grandes esfuerzos, o simplemente mucho tiempo, que ha dejado de invertir en jugar libre y espontáneamente, jugar movido por lo que se está cocinando en su interior, enfocando todo su ser en aprender sobre sí mismo, los demás y la vida. Jugar desarrollándose por dentro, en lo invisible, no demostrable en fichas ni álbumes ni cuadernos ni libros. Pero a veces, son los propios padres, guiados por el miedo, quienes presionan a los maestros para que los niños aprendan esto o aquello a una determinada edad. Los adultos, que tanto éxito académico *ansían* para los niños, necesitan comprender la importancia de respetarles mientras juegan.

No molestar. Jugar es algo muy serio e importante, estoy desarrollando conexiones invisibles en mi interior. No me interrumpas y me permitirás llegar más lejos.

A veces escriben su nombre apasionadamente con 3 años allá donde van, pero en clase tratamos de que escriban cada día su nombre, cada día la fecha... y progresivamente vamos aumentando nuestras demandas. Así, vemos que muchos niños que disfrutaban al principio con el proceso, terminan abandonando el entusiasmo por la tensión, el estrés y el aburrimiento al que se sienten sometidos.

También hay niños que disfrutaban con el proceso planteado desde la Escuela, que se muestran interesados y con ganas. Tan solo me gustaría que revisáramos si estamos dándoles la oportunidad de exploración con materiales no definidos: juego simbólico, juego sensorio-motriz... o si solo obtienen nuestra atención y mirada cuando se acercan a las letras.

Ante el desconocimiento profundo de nuestra sociedad, los niños expuestos a la televisión, a los juegos educativos en el ordenador (o en el móvil de mamá), a los cuentos o al papel y lápices son niños muy valorados, incluso más que los que «simplemente» quieren jugar, aquellos que prefieren aprender vivencialmente, invirtiendo todo su cuerpo en la experiencia.

Cuando terminé mis estudios universitarios, las maestras de la Escuela del pueblo donde vivía contactaron conmigo y me derivaron a las familias de niños con un ritmo más lento. Iba a sus casas y pasaba una tarde a la semana con cada niño.

Recuerdo especialmente a Félix; su maestra me había contado que no había manera de que atendiera en clase, que no le interesaba la lectoescritura o los ejercicios propuestos en clase, y su madre parecía preocupada. Antes de conocerlo, me imaginé un niño desmotivado... pero Félix, a sus 7 años, era un niño con gran pasión y vitalidad, que siempre tenía ideas maravillosas para experimentar en su jardín... Se pasaba la tarde jugando y creando ciudades enteras con palos, piedras, barro y muñequitos, construyendo siempre cosas nuevas con sus manos, y también tenía montones de preguntas acerca del funcionamiento de la vida y de las cosas. Por aquel entonces, yo no sabía mucho de lo que necesitan los niños, pero veía claramente que aquél era un niño feliz, sano, brillante y muy conectado con la *inteligencia* de sus manos, con la tierra y con la naturaleza, y que aquel sistema escolar no iba con él. Pude convencerle para que hiciera sus deberes conmigo cada tarde que nos veíamos... Nos teníamos mucho afecto, y de alguna manera comprendíamos que ambos estábamos atrapados por el mismo sistema... Una

vez le comenté a su madre que quizás era el sistema, y no su hijo, el que estaba equivocado. Yo sabía que ese niño poseía una gran inteligencia y que podría aprender lo que quisiera cuando quisiera. Aprendió a leer y escribir competentemente a un ritmo diferente del de sus compañeros, mientras yo esperaba que la presión escolar no les confundiera ni a él ni a su familia y acabaran creyendo que el fracaso escolar era suyo, cuando claramente era un fracaso del Sistema.

Me mudé de pueblo y dejamos de vernos. Durante un corto tiempo nos escribimos postales. De aquello hace ya más de 15 años... Tengo ganas de ir a su encuentro algún día. Es posible que me acerque a su casa de la infancia y les lleve este libro. Félix fue mi primera muestra de un dragón despierto.

Matemáticas sin manos

El aprendizaje de las matemáticas sigue un camino que va desde las manos hasta la cabeza, de lo concreto a lo abstracto, tocando el mundo con las manos antes de representarlo con números. Y a menudo tratamos de que los niños empiecen en el mundo de las matemáticas desde la cabeza.

El ser humano no sería lo que es sin explorar primero el mundo con sus manos, y lo mismo ocurre con los niños. Los niños se sienten naturalmente atraídos por construir y crear con sus manos, por comprender a través de ellas cómo son y funcionan las cosas... Pero la Escuela no valora lo suficiente la inteligencia de las manos. A veces, en las Escuelas y en las casas olvidamos cuidar de esta necesidad infantil poniendo al alcance de los niños materiales y espacios que favorezcan ese acercamiento físico y real al mundo matemático ¡El mundo real, tangible, es un mundo matemático! Las escuelas podríamos favorecer procesos de construcción y creación donde las matemáticas estarían estrechamente vinculadas a esa inteligencia creadora. Pero pretendemos que los niños aprendan las regularidades del mundo de los números sin

la experiencia física previa. Les acercamos a la suma desde una vivencia que poco tiene que ver con la experiencia física, sensorial. En algún momento histórico nos decidimos por un modelo de aprendizaje de las matemáticas que huye de las manos u otros apoyos físicos para contar, por ejemplo. Los niños memorizan reglas y operaciones sin comprenderlas realmente, solo con la finalidad de resolverlas. En las Escuelas organizamos este proceso de aprendizaje casi sin contar con materiales que puedan manipular, tocar con sus manos por sí mismos...

Aunque discrepo de la excesiva rigidez con la que son presentados a los niños, la metodología Montessori⁴ ofrece una completa variedad de materiales, progresivos en dificultad, para el aprendizaje de las matemáticas. Somos muchos los padres, las madres y los maestros que ahora, después de tanto tiempo y gracias a estos materiales, hemos comprendido aquello que aprendimos de manea mecánica siendo niños.

Sobre los deberes

A menudo, los niños suelen llevarse tareas a casa. No tenemos suficiente tiempo en la Escuela para decirles qué hacer y dirigir los intereses de los niños, que también les perseguimos hasta casa...

Pero a veces no es por los maestros, sino por la demanda expresa de las familias, que piden deberes para sus hijos creyendo que así saldrán más preparados para resolver todo tipo de pruebas; o porque, sin saber cómo pasar el tiempo con ellos sin que se aburran, así al menos

⁴La metodología Montessori es un sistema educativo basado en las teorías del desarrollo del niño ideado por la gran filósofa, científica, psiquiatra y educadora italiana María Montessori (1870 - 1952). Se caracteriza por el énfasis en la actividad dirigida por el niño y en la observación por parte del maestro. Esta observación tiene la intención de adaptar el entorno de aprendizaje del niño a su nivel de desarrollo.

estarán entretenidos. Otras familias les compran cuadernos de verano, sin la recomendación de la escuela, «para que no pierdan lo aprendido».

En la mayoría de los hogares, las tareas escolares ocupan un lugar mucho más importante que el juego. Creemos equivocadamente que los deberes son beneficios para los niños, cuando resulta que toda tarea impuesta terminará provocando el efecto contrario: desinterés y aburrimiento.

Alfie Kohn, autor del libro «The homework myth» [El mito de las tareas], parte de la premisa de que hacer deberes no tiene *ningún* beneficio: «Hoy se habla más del 'desarrollo integral' del niño, hay más *discusiones* sobre los efectos psicológicos negativos que tiene la presión para que obtengan un alto rendimiento. Pero eso raramente se traduce en cambios en la práctica. Los colegios siguen dando una cantidad abrumadora de tareas que no solo producen *estrés* sino que, además, impiden que los *niños* se desarrollen en otras áreas. Por un lado, tenemos gente hablando de la inteligencia emocional y la importancia de jugar, pero por el otro, nuestras prácticas contradicen estas preocupaciones», dice este padre de dos niños de 7 y 11 años, que en Estados Unidos es uno de los grandes *críticos* del sistema educativo actual.

Los niños no necesitan ningún tipo de tareas obligadas para casa, en todo caso pueden continuar libremente con sus aprendizajes escolares en casa, y también al revés: *solicitar algo* en la Escuela por lo que han sentido *curiosidad* afuera. La vida les espera más allá de los muros de la Escuela y pretendemos ocuparles también su tiempo libre.

Tampoco me parece beneficioso para proteger el *placer por* la lectura obligar a leer libro o cuento alguno. Sin dudarlo, prefiero poner *diversas* posibilidades a su alcance en lugar de obligar la lectura de nada. Y lo digo porque amo los libros.

Estoy de acuerdo con Alfie Kohn cuando *considera* valiosas aquellas tareas que hacemos *en casa* y que no se podían hacer en la escuela, como un experimento de ciencia en la cocina o entrevistar a los

padres sobre la historia familiar: «Éstos son ejemplos poco comunes en los que se justifica que los alumnos sigan teniendo actividades académicas después de un día de clase. Pero, a menos que podamos mostrar que la tarea ayuda y no daña el interés de los niños por el *aprendizaje*, creo que basta *con lo* que hacen en el colegio». Alfie Kohn considera que no hay necesidad de dar tareas: «Incluso los deberes inteligentes son poco beneficiosos si el alumno siente que son una obligación. Los colegios que no asignan tareas tradicionales se dan cuenta que muchas veces los niños *espontáneamente* quieren extender el aprendizaje que está ocurriendo en clase. Ése es el tipo de aprendizaje emocionante que tiende a no ocurrir cuando los alumnos tienen pilas de cuadernos de ejercicios y de textos escolares que revisar».

Enseñar creatividad

Cada ser humano viene a crear su propio proyecto de vida. Para ello, está dotado con unos talentos *estrechamente* unidos a lo que verdaderamente le da la felicidad.

Los niños tienen un programa creativo único creado por la propia Vida. La creatividad es una facultad humana con la que todos hemos nacido y gracias a la cual podemos *expresar lo* que nos hace únicos, aquello que nosotros aportamos a este mundo. De igual forma que nadie puede aprender por nosotros, nadie puede expresarse creativamente por nosotros. Nuestra creatividad es solo nuestra. Y si dejamos de expresarla, simplemente el universo se lo pierde, *porque el* proyecto de cada persona es irremplazable.

La Vida es sabia, y esa sabiduría está muy por encima de nuestras programaciones. Mientras la Vida necesita de nuestra vivencia única y de nuestro aporte único, *nuestros* niños siguen bajo un Sistema Educativo limitante.

Nuestra sociedad busca nuevos talentos, innovación, personas capaces de hacer cosas diferentes a las ya conocidas... Pero desde

la Escuela potenciamos la uniformidad y coartamos a todo aquel que sobresale de nuestros parámetros prefijados y predefinidos como «normales».

Cuando alguien habla de «estimular» la creatividad o la imaginación de un niño me hace pensar que no conoce verdaderamente a los niños ni sabe del gran potencial con el que ya cuentan. Del mismo modo que la selva del Amazonas no necesita que la estimulemos para que cree vida, nuestros niños necesitan que respetemos y protejamos su imaginación y su creatividad, sin anularla primero para después estimularla. También invertimos tiempo en pretender «enseñar» creatividad, pero eso es como enseñar a una chimpancé del zoo a cuidar de su cría. ¿No será mejor permitir el desarrollo natural sin interferir? Así no tendremos que recuperar artificialmente lo que venía «de serie» de una manera absolutamente genial.

La vivencia en la Escuela poco tiene que ver con crear las condiciones propicias para desarrollar todo el potencial creativo de cada uno. La Escuela se ocupa y preocupa por las buenas calificaciones de sus alumnos, que son incapaces de valorar el desarrollo individual de la creatividad. La Escuela no valora lo auténtico y diferente de cada uno. Limita la creatividad con juicios de valor o con consignas limitantes. Valora que nos dediquemos a reproducir lo que otros ya hicieron.

A menudo vemos en la Escuela 25 dibujos o 25 trabajos manuales realizados de un modo tan parecido que mi corazón se encoje. La Escuela promueve la imitación, y que los niños sepan responder tal y como esperamos, al tiempo que penaliza a quienes quieren experimentar de otras maneras.

Sí, la imitación espontánea es un gran recurso para el desarrollo, pero el niño la necesitará según su propio criterio. Penalizamos también a quien se equivoca (sin valorarle que corriera un riesgo) y premiamos a quien se queda dentro de los parámetros acotados y predefinidos.

Tanto la imitación como la motivación externa dejan a los niños bajo el control adulto. Todos los niños sienten valiosos impulsos de hacer las cosas de manera diferente, y ha sido y es gracias a ellos que la humanidad ha dado continuos pasos adelante a la hora de crear nuevas formas de ser y de pensar.

En los dibujos infantiles, por ejemplo, observo claramente el modelaje de los adultos: «¿No te falta algo aquí?», le decimos por ejemplo, cuando echamos en falta unos dedos en la mano de una figura dibujada por un niño. Los dibujos infantiles siguen y reflejan naturalmente los procesos internos de cada niño de dentro a fuera. Si no los dirigimos, primero experimentan con el cuerpo y luego tienen interés en plasmar su figura. Cada detalle que añaden viene de dentro a fuera, está ligado a su vivencia interna. Dirigir desde afuera el dibujo infantil supone una intervención en su maduración natural.

Miedo a la libertad

El Sistema educativo actual nos lleva a una gran necesidad de control del proceso, de directividad y de autoritarismo. Dentro del marco que hemos inventado, nos entra una gran desconfianza, una gran necesidad de controlar los espacios, los materiales y las personas, con el desgaste que ello supone para los adultos inmersos en ese escenario.

El aprendizaje de nuestros alumnos está programado desde la desconfianza y la necesidad de control adulto. Yo misma lo he vivido estando en un aula con 25 niños mirando hacia mí en vez de poder ocuparse de sus asuntos. Niños que no podían salir de clase ni moverse según sus necesidades y mucho menos salir libremente al exterior... Niños que no podían aprender lo que quisieran, sino lo que yo u otro maestro les señalara como necesario e importante... Todos nosotros en un espacio cerrado, con limitación muy clara de movimientos y acción, con la presión y la mirada puestas en mí como guía del proceso, y en mis directrices y propuestas; propuestas que ni si quiera nacían de mí, y

mucho menos de los niños... En esas condiciones, yo también sentía el impulso de dirigirles, acallarles y limitar sus acciones, pero es que en esas condiciones solo puede surgir el autoritarismo.

Si, por el contrario, hablamos condiciones donde se considere y cuide el respeto por la libertad de aprendizaje, también disminuirá nuestra necesidad de control. Si permitimos niños conectados con sus impulsos internos de exploración y juego, todos ganaremos en la Escuela.

Pero a los adultos nos da miedo el descontrol. Creemos que los niños en libertad «la liarían bien gorda». Pero resulta que solo los niños que nunca disponen de su libertad, cuando al fin la tienen, se comportan compulsivamente, devorándola hambrientos. Los niños respetados, que disfrutan continuamente de poder elegir sus acciones, se muestran responsables y comedidos ante la libertad.

Se me ocurre un ejemplo al respecto: en las fiestas de cumpleaños infantiles, los niños «adaptados al Sistema» (o dragones dormidos) —acostumbrados a los castigos, a las amenazas y a que se desconfíe de ellos—, la lían y se descontrolan cuando los adultos no los miran. En cambio, otros niños de la misma edad que saben administrar su libertad porque continuamente están en contacto con ella, se muestran indiferentes ante la presencia o ausencia adulta; su comportamiento es el mismo.

Lo mismo ocurre con el funcionamiento diario de la Escuela: si desde pequeños los niños tienen la posibilidad real de elegir, crecen responsablemente y teniendo mucho respeto por los demás y por el entorno. Pero si continuamente se sienten obligados a hacer «lo que toca» o «lo que le conviene», no se sentirán respetados, y les resultará más difícil empatizar y respetar a los demás.

La pedagogía muestra una profunda incompreensión y un claro desconocimiento del funcionamiento del aprendizaje, ya que si no fuera así, su gran necesidad de control dejaría de tener sentido. Pero me

doy cuenta de que no se puede profundizar en la educación ni se puede comprender lo que sucede en el aprendizaje infantil sin tener experiencias de aprendizaje en libertad.

Tememos la libertad cuando no la hemos experimentado antes. Ser libre no es hacer lo que me da la gana. La libertad es mi derecho a poder elegir dentro de un marco seguro de respeto para mí, para los demás y para el entorno. La libertad no es decidir por otros. La libertad infantil no es la esclavitud de los maestros ni de las madres ni de los padres. La libertad infantil es devolverle a los niños la confianza de que están en condiciones de decidir sobre múltiples asuntos importantes que les conciernen a ellos, una libertad que es diferente y va aumentando conforme van creciendo en su desarrollo, una libertad que también favorece su desarrollo. Se hace necesario señalar, llegados a este punto, que no me refiero a una libertad sin límites o sin normas.

Los niños con libertad para decidir sobre su aprendizaje están sujetos, sostenidos y seguros por el respeto a unas normas. Los límites, en forma de normas, son los acordados para asegurar una convivencia segura y respetuosa con las personas, los entornos y los materiales.

Sobre límites y normas

La libertad de aprendizaje no se refiere a una libertad absoluta donde cada niño hace lo que quiere. Los niños necesitan que acompañemos sus procesos dentro de un marco seguro; necesitan que nosotros velemos por su seguridad física desde la firmeza y la afectividad.

Yo, como adulta, acoto y defino los límites y las normas, y el espacio se convierte así en un lugar seguro para el aprendizaje. Creo y cuido de un ambiente amoroso, seguro, respetuoso y de confianza donde cada niño decide, desde la libertad de aprendizaje, el respeto por sí mismo, por los demás, por el entorno y por los materiales, en cada momento y según su propio ritmo y sus necesidades. Los límites permiten

crear un ambiente relajado, un marco seguro donde los niños aprenden en libertad. En este contexto, los límites sostienen, cuidan.

La libertad individual de cada niño no puede interferir en la libertad de los demás, A. S. Neill.

Es importante que los maestros vivamos y transmitamos la importancia de procurar entre todos un ambiente relajado y libre de peligros activos como marco propicio para crear relaciones satisfactorias y felices, y así poder favorecer y permitir que cada niño pueda explorar todo su potencial.

Para acordar qué se puede o no hacer en una Escuela, podemos echar mano del sentido común, pero sobre todo de la experiencia vivida —que no de la tradición—. Las normas existen para facilitar la convivencia, no para obstaculizarla; es conveniente que las normas que decidamos en la comunidad educativa sean pocas y claras, además de revisables si las circunstancias que las motivaron cambian.

Algunas normas en la Escuela, y que podrían existir en todo lugar, podrían ser:

- Nos cuidamos.
- No nos hacemos daño.
- Respetamos a las personas y a todos los demás seres vivos.
- Respetamos el material y los espacios. Cuando acabamos con algo lo dejamos en su lugar.
- Respetamos el juego, el trabajo y el descanso del otro sin interferirlo ni molestarlo.

Los niños de educación primaria pueden participar democráticamente junto a los adultos en el desarrollo de los límites y las normas que regulan la convivencia. Y los adultos somos los encargados de garantizar la seguridad del espacio y de las dinámicas que se dan en el mismo y el cumplimiento de los límites definidos. Pero me gustaría transmitirte la gran diferencia de acompañar afectiva y empáticamente a

los niños a la hora de regular esta convivencia, en lugar de hacerlo desde el juicio y la distancia emocional.

Para transmitir a un niño la importancia del respeto por los límites del otro, o de un lugar, apuesto por el acompañamiento afectivo, cercano y con clara presencia, en lugar de tratar de modificar su conducta a través de premios o castigos.

Cuando me encuentro niños que tienen dificultades para respetar las normas o los límites, a menudo me hacen ver que quizás a su lado no encontraron a alguien con la presencia física y afectiva que les acompañara contándoles por dónde era 'sí' y por dónde era 'no'; esta situación suele estar relacionada con una ausencia y desamparo afectivo. Hay familias que confunden la libertad de aprendizaje, creyendo que consiste en dejar hacer lo que el niño quiera mientras el adulto se dedica a sus propios asuntos. Y también ocurre que las dificultades de un niño para aceptar las normas y los límites suele coincidir con madres o figuras de apego con dificultades para respetarse a sí mismas y decir 'no' cuando así lo sienten.

Es porque te amo y me amo que nos cuida a los dos y te digo 'no' a esto que me está molestando. Éste es mi límite y te pido que lo respetes.

El respeto a los niños no puede estar por encima del respeto a uno mismo. A veces, por no ser claros a tiempo poniendo un límite, nos vamos cargando de ira y de agresividad interna que luego explota desmesuradamente, hacia afuera o hacia adentro.

También son de vital importancia los límites que no están recogidos en ningún reglamento y que tienen que ver con cada uno. Por ejemplo, mi límite puede ser que algo que me estás haciendo en el pelo no me gusta. Para cuidarme y no violentarme, te lo comunico y espero de ti que lo respetes. Los límites de cada una/o son importantes. Los niños los van aprendiendo y aceptando poco a poco. Cuanto más empáticos seamos con ellos y a su vez nos cuidemos y mostremos con suavidad

(en la voz, en la actitud corporal) y firmeza nuestros límites, más sencillo será para ellos. Los límites son así comunicados desde nuestra firmeza y desde nuestro amor, con empatía y afecto, y no desde el autoritarismo o la directividad.

Sobreprotección y desconfianza

Con demasiada frecuencia sobreprotegemos, impedimos y limitamos a los niños desde nuestra desconfianza en ellos y en nosotros mismos. Pocas veces permitimos a los niños vivir esas experiencias reto que les motivan desde adentro a manifestar todo su potencial, esas maravillosas experiencias que traen dentro las dudas, la curiosidad y las ganas de aprender... esos conflictos que nacen en situaciones reales y que les llevan a desplegar todas sus estrategias y a conseguir nuevas...

En la Escuela tenemos alumnos encapsulados en situaciones virtuales a los que les proponemos resolver conflictos ajenos a ellos que no han experimentado vivencialmente y que no han tocado ni su corazón ni sus manos ni su mínimo interés... Que resuelvan desde el libro de texto, el cuaderno, la pizarra o el ordenador, no desde la vida real.

Cuando un niño quiere y nos pide hacer algo por sí mismo preferimos impedirlo para controlar mejor la situación o para ir más rápidos o para asegurarnos los resultados que deseamos; pero los niños son capaces de mucho más de lo que tenemos previsto para ellos.

En las Escuelas y en las casas los niños podrían llegar mucho más lejos de lo que les permitimos ahora. Pero para ello tenemos que empezar a confiar, a acompañarles sin interferir y sin adelantarnos ni atosigarles. Las capacidades y competencias que los niños desarrollan tienen una relación directamente proporcional a los límites mentales de las personas que los acompañamos. Sin duda alguna, los niños son capaces de mucho más de lo que algunos adultos de su entorno esperan de ellos.

Recuerdo con cariño un cuento de Jorge Bucay de su libro «Cuentos para pensar» que ilustra maravillosamente la frase *Como no sabían que era imposible, lo hicieron*. Cuenta cómo una chica que trabaja como canguro deja solos a unos hermanos mientras hacen la siesta y la casa se incendia accidentalmente:

«Cuando los bomberos terminaron de apagar el incendio, el tema de conversación de todos era el mismo:

¿Cómo pudo ese niño pequeño romper el vidrio y luego el enrejado con el perchero?

¿Cómo pudo cargar al bebé en la mochila?

¿Cómo pudo caminar por la cornisa con semejante peso y bajar por el árbol?

¿Cómo pudo salvar su vida y la de su hermano?

El viejo jefe de bomberos, hombre sabio y respetado, les dio la respuesta: 'Panchito estaba solo... No tenía a nadie que le dijera que no iba a poder'».

Resolver versus acompañar conflictos

En las Escuelas no invertimos energía en acompañar a los niños en sus conflictos. Los maestros dedicamos gran parte de nuestra energía a tratar de resolverlos o evitarlos con castigos. Pero los conflictos son necesarios, y muestran malestares que de todas formas habitaban en el interior de los niños.

Los conflictos son regalos... oportunidades para sacar afuera lo que había dentro, muchas veces en el camino de restaurar un equilibrio perdido. Son oportunidades para desarrollar herramientas de relación con los otros y cultivar nuestra inteligencia emocional. Los conflictos son valiosos e importantes, pero a menudo en la Escuela quedan excluidos, penalizados o castigados.

Yo prefiero acompañar a los niños en sus conflictos que tratar de hacer de juez. La «justicia» no existe, o se queda corta en estos

casos... Podríamos, por ejemplo, penalizar a un niño que muestra agresividad sin comprender que está expresando un dolor y una necesidad de afecto... En un conflicto, cada uno tiene su parte. Como adulto no necesito ni quiero buscar víctimas ni culpables, ni me dedico a preguntar ni a investigar excesivamente quien hizo o dejó de hacer tal cosa. Me interesa mostrarles que estoy allí para acompañarles en su dolor, su tristeza, su rabia... que estoy allí para garantizar su seguridad, y que pueden contar conmigo para escucharles.

He podido acompañar en sus conflictos a niños de distintas edades y con diversas vivencias tras de sí y me he dado cuenta de que, al principio, necesitan que les acompañemos muy estrechamente brindándoles estrategias de relación asertivas, pero conforme van creciendo, ellos mismos van incorporando esas estrategias a su forma de relacionarse para poder autorregular sus relaciones con los otros.

Pero para que eso se dé es imprescindible que dejemos de anticiparnos y entrometernos precipitadamente en sus conflictos. Sobra decir que es un proceso, y como tal no se ve tal incorporación de estrategias de la noche a la mañana. Serán necesarias confianza, paciencia, más confianza y tiempo para que los niños incorporen en sí mismos la autogestión de sus propios conflictos.

Mientras acompañamos un conflicto, nuestra actitud corporal es muy importante: mirada alejada de juicios para todos los implicados, actitud corporal cercana y acogedora, posición corporal baja, a su altura, voz suave y afectiva incluyendo a todos los implicados...

A los adultos nos puede resonar un conflicto a nivel personal, y sería conveniente estar atentos a ello. Por ejemplo, si nos encontramos ante un hermano mayor pegándole a uno menor, ello puede activar nuestra propia vivencia de hermano menor agredido si fuera el caso. En estas situaciones, si no podemos tomar la distancia necesaria para acompañar a esos niños porque nos vemos afectados emocionalmente, sería adecuado pedir ayuda y que fuera otra persona adulta quien acompañara

el proceso. Como adultos, debemos cuidarnos y nutrarnos para estar preparados para acompañar y sostener cualquier conflicto o situación que requiriera nuestra presencia.

Comparación y juicios de valor

Los niños, y los adultos que les acompañamos, crecemos más sana y felizmente cuando somos valorados externamente y nos valoramos internamente por lo que simplemente **ya** somos. Pero en las Escuelas a menudo emitimos juicios de valor basados en comparaciones, alejados de la aceptación completa de los niños y de nosotros mismos.

Los niños necesitan que contribuyamos con nuestra estima favoreciendo la suya propia. Es tiempo de favorecer el conocimiento de lo que nos hace únicos, nuestra diversidad... Es tiempo de que los sistemas basados en la competitividad den paso a modelos basados en la cooperación, donde cada uno pueda aportar con lo que cuenta y donde todos trabajemos en grupo, en comunidad y para la comunidad. Es tiempo de comprobar que, sin fomentar la competitividad o las comparaciones, los niños aprenden más y mejor.

Los niños sumergidos en un mundo competitivo como el nuestro buscan ser valorados y aprobados por los adultos por lo que logran, y no por lo que ya son, por el hecho «simplemente» de su existencia. Quieren ser los primeros en acabarse la sopa o en hacer los ejercicios o en llegar a la esquina; buscan sobresalir, ser vistos, ser aclamados... En definitiva, buscan ser apreciados y amados por lo que hacen, no por ellos mismos.

Pero si en vez de fomentar los juegos competitivos antes de los 7 años (cuando aún no están preparados para ellos) nos dedicamos a valorar y amar a los niños por lo que son, no necesitarán caer en los peligros de perseguir premios y refuerzos positivos. Antes de los 7 años, los niños pueden sentirse muy empoderados sin necesidad de medir sus destrezas y habilidades en ninguna competición de ningún tipo.

Si un niño se esfuerza tanto por *ser el primero* o ganar, como acompañantes podemos revisar qué está sucediendo en su interior. ¿Cómo está su autoestima? ¿Y la estima que le muestra su entorno más próximo? Podríamos también responder ante esa necesidad de *sentirse valorado y apreciado* que nos está mostrando sin necesidad de esperar grandes esfuerzos en su hacer o en forma de *resultados*, transmitiéndole cuánto lo apreciamos por lo que ya es.

La rebeldía y su expresión

A menudo inhibimos los deseos y los *impulsos infantiles*, hacemos oídos sordos a sus necesidades, y luego vemos mal que protesten y muestren su rebeldía. La *expresión* de rebeldía es una manifestación de que siguen vivos, una protesta ante algo que sienten suyo.

A veces decimos que los niños son unos consentidos, que lo tienen todo y que *no se cansan* de pedir. Lo que yo veo es que están en bonitas jaulas de oro, llenas de juguetes y distracciones, *pero con poca libertad* para vivir sus vidas y, sobre todo, poco acompañados por la presencia de adultos que les *manifiesten abiertamente* su amor por ellos. Se supone que lo tienen todo, pero aún así se sienten insatisfechos... Y es que en realidad *viven vidas* muy vacías de conexión consigo mismos y su potencial para ser felices... Viven las vidas que *les dejamos*...

La rebeldía, con las llamadas «rabietas» y otras versiones más de *enfado y tristeza* tienen para mí un gran valor. Tras estas expresiones hay una clara petición de amor, de afecto, de *respeto*, de atención y de escucha a las necesidades de ese ser. Pareciera que como nos lo piden llorando o tirándose al suelo ya su demanda queda invalidada. O que como, desplazando su petición de afecto, nos piden que *compremos algo* que no podemos o no queremos comprar ya tengamos que olvidar su verdadera demanda oculta, la que *de veras le importa* y no sabe expresar de otra manera: «Necesito que me hagas caso. Necesito tu atención y tu afecto, pero *no encuentro* otra forma más efectiva de decírtelo».

Existen tantas respuestas de rebeldía como niños en este mundo... Algunos *acallan sus voces tempranamente*, otros tardan más y existen quienes hablan claro toda su vida. También está el caso de quienes se *acallaron* por un tiempo más o menos largo y luego volvieron a escucharse y alzar sus propias voces; en esta *bienvenida situación* se encuentran tanto niños como adultos.

Nunca es tarde para la reconexión con uno mismo, con *nuestros deseos y con nuestra felicidad*. Pero lo cierto es que la mayoría de los niños interioriza rápidamente lo que tiene que hacer en este mundo para ser amado y apreciado: lo que le digan sus padres y los demás.

Y, lamentablemente, los niños que han vivido la desatención de sus necesidades e intereses son los niños que más fácilmente *desatenderán* las necesidades de sus propios hijos. Pero los niños tratados con *empatía por sus necesidades*, fácilmente acogerán las necesidades de los demás. Y las suyas propias.

A muchos, de niños, nos *adiestraron* (en casa y en la Escuela) para que no mostráramos una voz discordante ante la autoridad. Casi todos los adultos se aliaron en contra de *cada niño que mostró la más mínima muestra* de rebeldía, acostumbrándonos desde pequeños a que la *desobediencia* recibe una muestra clara de no afecto Y que nuestras demandas y protestas no sirven para nada. Luego ocurre que, en los tiempos que corren, ya de adultos, nos recortan beneficios sociales y algo *en nosotros está desactivado* a la hora de protestar y reclamar, a la hora de desobedecer al sistema. Como la triste historia del elefante...

Me contaron que un elefante del circo estaba quieto, sin marcharse del lugar abierto en el que lo habían dejado sus cuidadores del circo a pesar de estar atado con una pata a una pequeña estaca clavada en el suelo. El elefante disponía de la fuerza necesaria para derribar la estaca y liberarse *sin grandes esfuerzos*... pero no lo hacía. La razón estaba en su tierna infancia: cuando su pequeño cuerpo había tratado por todos

los medios liberarse sin éxito y había grabado —para siempre— dentro de sí lo inútil de tal acción.

La agresividad infantil, una petición de Amor

Tras la expresión de agresividad hay un dolor, una necesidad de amor no cubierta que necesita ser acompañada y canalizada hacia otro lugar donde su expresión no provoque dolor en el otro o en sí mismo, hacia otro lugar donde sí sea posible. Pero la agresividad infantil es a menudo censurada o reprimida, sin ir más allá en el acompañamiento de ese ser que está pidiendo ayuda.

Me gustaría compartir una carta sobre la agresividad en la Escuela que publiqué en mi página web (www.despertarenluz.com) bajo el título *¿Cuál es tu elección?*

Querida compañera:

Me compartes que un niño se muestra agresivo en la Escuela... Aunque comprendo tu falta de recursos, de medios a tu alcance para cuidar de la **afectividad** de todos y cada uno tus alumnos...

Para mí, la situación se reduce a formularte una pregunta. Podemos enjaular a ese niño todo lo posible para sentirnos todos más seguros. Podemos tratar de anularlo y hasta intentar que se vaya de la Escuela.

Pero también podemos apostar por él... y acompañar su dolor... y mirarlo a los ojos...

Alguien llega a nuestras vidas que nos mueve algo especial, como ese niño herido que siente que el mundo le da la espalda y contiene tanta rabia y dolor...

Cada Ser que se cruza en tu camino es un regalo, una oportunidad...

Nada está escrito, ni estás obligada a nada, pero en cada relación existe la misma pregunta:

¿Cuánto Amor estás dispuesta a poner en circulación?
¿Cuánto de ti estás dispuesta a exponer para que, aunque duela, Sane?

Seguramente crees que es más cómoda una Escuela sin ese niño... Una Vida sin nadie que te recuerde tu propio desamparo...

Ese niño está justo ante ti para preguntarte si crees en él o si lo das por perdido. Si crees que vale tu tiempo-energía-atención-afecto o si prefieres hacerlo desaparecer de tu Vida... (Como tantos han decidido antes que tú).

Parece una decisión intrascendente...

Pero si supieras lo muchísimo que vale ese regalo que puedes hacer a ese Ser... Ni siquiera es necesario que le cuentes nada, él sabrá lo que elegiste.

Todo su Ser lo sabrá...

Siéntete libre para no obligarte —ni juzgarte— si eliges reducirlo en tu Vida a su mínima expresión...

Tú eres un cúmulo de experiencias que te han llevado a esa elección...

Dejar brotar el Amor no es sencillo cuando con ese otro actualizamos nuestros propios miedos y desamparos...

Aunque te parezca difícil, quiero contarte un secreto: Apostar por ese niño herido es apostar por ti misma, y creer en ti y en tu capacidad infinita para **amar** y **sanarte** por mucho dolor acumulado que arrastres...

Gracias, hermoso Ser, por traerme el regalo de tu experiencia.

Errores, fracasos y otros regalos

Equivocarse es un regalo que forma parte del proceso de aprendizaje. ¡Equivocarse no es algo a evitar, y menos a tratar de evitar en los niños!

A menudo no podemos soportar el malestar que provoca la incertidumbre de los niños y actuamos precipitadamente desde ahí.

Cuando equivocarse sea bienvenido, tanto en los niños como en los maestros, los niños tendrán más confianza a la hora de adentrarse por terrenos inexplorados y arriesgados (no me refiero a peligros activos, sino al recorrido de nuevas maneras de expresarse creativamente).

La frustración infantil necesita de acompañamiento y capacidad para sostener su dolor por parte de los adultos. Pero a mi entender no consiste en tratar de evitarla haciendo todo tipo de malabarismos... A veces, la respuesta a algo es **no**. Pero dentro de un contexto de cuidado afectivo y un acogimiento continuado de las necesidades de ese niño, puede ser un **no** que se encaje más fácilmente y que nos ayude a crecer.

Preocupación por los resultados

No hay más que un éxito: ser capaz de vivir la vida a tu manera, Christopher Morley.

La presión, ese gran agujero negro por el que se nos va toda la energía. Buscamos y perseguimos el éxito escolar... ¡y lo encontraremos!, sin duda, pero en el camino de cuidar del bienestar emocional y afectivo de los niños y de permitirles aprender movidos por fuerzas internas de autoconstrucción. No gracias a más presión ni a más horas en las escuelas.

En nosotros existen continuos impulsos de vida, continuas fuerzas y movimientos hacia el desarrollo, el crecimiento, la evolución. Impulsos y fuerzas con un gran potencial. Eso que se gesta en nosotros no siempre es visible ni medible externamente.

Según los «entendidos» en educación, los niños «aprovechan» su paso por la Escuela en función de los resultados académicos. Pero a mi entender, los resultados académicos miden la capacidad de

un niño para responder tal y como se espera de él; miden lo adaptado y encajado que está un niño en una manera establecida de hacer y responder; miden su capacidad para reproducir lo que otros le han transmitido.

Los resultados que esperamos de nuestros alumnos no miden sus adquisiciones ni sus conexiones internas reales que han desarrollado.

El **aprendizaje** es la experiencia que establece conexiones con otras vivencias. El aprendizaje no deja huellas ni se puede acotar en pruebas de competencias. El aprendizaje escapa del control adulto. Incluso cuando pareciera que los niños no aprenden, lo que ocurre realmente es que no somos capaces de apreciarlo. Aprendemos continuamente. Trazamos conexiones cerebrales que se corresponden con áreas que escaparían de cualquier prueba.

Los tests de inteligencia miden la capacidad de adaptación al lenguaje escolar de un niño, no su real potencial. Las diversas inteligencias no se evalúan en la Escuela, y tampoco se contemplan.

Dividimos el conocimiento en áreas donde quede recogido un currículum con una serie de capacidades y competencias que todo niño tiene que adquirir. Los resultados académicos miden esas adquisiciones... pero qué sabrá nadie lo que cada ser único necesita experimentar, y qué capacidades o competencias necesita desarrollar en cada momento. El desarrollo humano no es algo que ocurre linealmente, sino más bien caóticamente.

Mirando atención el currículum, encontramos objetivos nada alejados de lo que todo niño puede lograr naturalmente con unas buenas condiciones de acompañamiento en su aprendizaje. La pregunta es por qué no permitimos que se dé el proceso naturalmente, por qué no confiamos en que cada niño llegará a los objetivos que necesita para su óptimo desarrollo satisfaciendo su programa interno.

Pero pensamos en pequeño. Pensamos que los niños aprenderán menos si los adultos no los achuchamos.

Yo sé que si dejamos de debilitarles con nuestra presión y les damos nuestro apoyo y confianza plena, nos sorprenderán con sus procesos, con sus capacidades y con sus competencias, y en definitiva, con sus resultados.

Todavía valoramos la acumulación de información en nuestros niños. Sabemos que esa función la desarrollan perfectamente las redes que estamos creando, pero insistimos en un modelo educativo que proviene de la época de la Ilustración⁵ que consiste en acumular o almacenar información que señalamos como «interesante».

Promovemos que los niños y los jóvenes almacenen provisionalmente datos o contenidos que sean capaces de «vomitar» en pruebas, para poco después proceder al olvido de todo eso que memorizaron sin interesarles realmente. Les entrenamos, desde muy pequeños, a ser habilidosos superando este tipo de pruebas; pruebas que tienen sentido dentro del sistema educativo que hemos creado. Pero no son lo que nuestros niños ni adultos necesitan.

La evaluación que hemos valorado está dirigida a poner en evidencia un resultado, alcanzado mediante ejercicios evaluativos, donde se fomenta que el alumno simplemente repita o reproduzca, donde no se promueve ni valora el análisis, el razonamiento, la conexión o la inferencia con otras ideas y mucho menos la creatividad.

Justificamos este sistema que tanta importancia da a los resultados de unas pruebas como si estuviera realmente ligado a una forma de seleccionar y formar personas competentes para el mundo laboral, lo que no es cierto en ninguna de sus formas... Unos altos resultados

⁵La Ilustración fue una época histórica y un movimiento cultural e intelectual europeo, especialmente en Francia e Inglaterra, que se desarrolló desde fines del siglo xvii hasta el inicio de la Revolución francesa, aunque en algunos países se prolongó durante los primeros años del siglo xix. Su lema fue «Sapere aude» [«Atrévete a saber» o «Ten el valor de usar tu propia razón»].

académicos no tienen por qué corresponderse con una persona brillante en su trabajo. Además de eso, la principal función de la educación no puede ser preparar individuos con altos resultados académicos, para supuestamente incorporarse lo más competitivamente posible al mundo laboral...

La función de la educación es preparar para la vida completa, Spencer.

El compromiso de la Educación va mucho más allá, acompañando a cada niño en el desarrollo de todas sus dimensiones: cognitivas, psicomotrices, sociales y emocionales. A mí me gusta destacar el papel de la Escuela también en tiempo presente, no solamente la idea de preparar para nada o para lograr nada en el futuro, sino enfocada en acompañar las necesidades aquí y ahora de cada ser en crecimiento.

Una evaluación basada en la desconfianza

Pocas cosas pueden ayudar más a un individuo que entregarle responsabilidad y hacerle saber que confías en él, Booker Taliaferro Washington⁶.

Actualmente aceptamos un tipo de evaluación con pruebas-exámenes y calificaciones basadas en la desconfianza hacia el niño (por parte del maestro) y desconfianza en «el nivel» logrado en un determinado centro escolar (por parte del sistema educativo o de la sociedad). Todos presionando desconfiadamente... Pero si realmente queremos obtener mejores resultados, es básico que intercambiemos la desconfianza por la confianza.

La «evaluación» es una herramienta útil para reajustar nuestro acompañamiento que nos tiene que servir para valorar hasta qué

⁶Educador, orador, cohesor y líder de la comunidad negra estadounidense que fue liberado de la esclavitud en su infancia.

punto estamos permitiendo que los niños aprendan lo que su programa dicta. Es decir, si nuestro acompañamiento está favoreciendo o dificultando ese aprendizaje; si estamos cuidando que ese aprendizaje se desarrolle en un entorno seguro; si estamos dando respuesta a sus intereses y demandas de experiencias, materiales...; si estamos cuidando de su bienestar emocional con nuestro acompañamiento afectivo...

Los niños necesitan que los adultos nos convirtamos en observadores, desde la escucha activa, de sus intereses y sus necesidades individuales, para entonces reajustar los materiales y las propuestas de talleres o ambientes preparados según esas necesidades.

La evaluación debiera ser una herramienta global para valorar cómo está un niño a todos los niveles y qué necesita de nosotros, qué necesita que reajustemos en las condiciones que lo acompañan. Se trataría de una evaluación continua y global del proceso único por el que pasa cada niño que tiene que ver con evaluar nuestro proceso de escucha y acompañamiento respetuoso; tanto de escucha al niño como escucha a nosotros mismos, pues somos parte viva orgánica del proceso de aprendizaje de los niños que acompañamos.

No necesitamos pruebas desvinculadas al proceso mismo de aprendizaje. Es dentro del mismo proceso donde podemos contemplar hacia dónde camina cada niño/a, en qué momento del proceso está, si necesita que enriquezcamos esa experiencia con algún tipo de material o propuesta o quizás darnos cuenta de que necesita que nos sentemos junto a su familia para acompañar alguna situación difícil de sostener para ellos y que está ocupando mucha energía a ese/a niño/a, bloqueado/a emocionalmente, por ejemplo, y que no la puede dedicar a seguir desarrollándose en otras áreas.

Para mí, la herramienta más útil es la observación continuada y cercana del proceso de aprendizaje. Una observación desde la escucha activa donde el maestro es parte orgánica del proceso y contando con la observación del propio alumno, especialmente a medida que son

mayores; con actividades auto-correctivas y con la autoevaluación basada en la confianza.

Esta evaluación continua y global con una ratio alumnos - maestro pequeña convierte en innecesario cualquier tipo de examen. Y en el caso de no disponer de una ratio baja, podemos igualmente entregarle a los niños la confianza y la responsabilidad que les permitan a ellos mismos liderar su propia evaluación.

Un fantasma llamado futuro

Éste suele ser el gran fantasma que nos persigue a todos en la Escuela. Todos temen el futuro de los niños, pero puede que incluso algunos piensen que será más terrible aún si hablamos de niños que han vivido una educación infantil o primaria que haya respetado su libertad de aprendizaje.

¿Qué ocurrirá cuando pasen al sistema tradicional? ¿Qué pasará en el cambio hacia la educación secundaria y la universidad? Muchas familias me plantean el temido choque con la realidad y que luego los jóvenes se encuentren traumatizados en un sistema diferente.

Los niños que hasta los seis años (o cuanto mejor hasta los doce) han estado inmersos en un aprendizaje que favoreció el conocimiento y el reconocimiento de la naturaleza de cada uno, con sus ricos matices y sus potencialidades, con sus características únicas y especiales, favoreciendo que cada uno pudiera cargar sus mochilas con recursos para hacer frente a los retos desde el desarrollo de su inteligencia emocional... son jóvenes y adultos capaces de convertirse en sus mejores cuidadores, en los que mejor saben lo que les conviene para sentirse sanos, plenos, felices y satisfechos con sus vidas, sea cual sea la realidad en la que se encuentren. Y lo mejor es que también saben que disponen de poderosas herramientas para crear una realidad mejor. ¡La educación secundaria también necesita su propia rEVOLución!

La adolescencia proveniente de una infancia respetada encuentra más fácilmente su lugar en el mundo.

Pero en el caso de que un niño pase de un sistema donde ha podido seguir su propio programa a un sistema tradicional, encontramos que al no llevar largos y cansinos años estudiando lo que no quería, ahora, en el caso de desearlo, es capaz de funcionar también con este tipo de propuestas más directivas. La gran creatividad, la conexión consigo mismo y el respeto por los procesos de cada uno le acompañarán en su vida allá donde vaya. Pero también la certeza de que si quiere aprender algo en esta vida o llegar a desarrollar una determinada profesión, nada podrá separarle de su objetivo...

Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la voluntad, Albert Einstein.

Capítulo 10 El despertar

El amor no está en el otro, está dentro de nosotros mismos; nosotros lo despertamos. Pero para que despierte necesitamos del otro, Paulo Coelho.

Un medio cuento de dragones para el despertar

El dragón duerme y sueña, sueña que es despertado por magos poderosos que provienen de tierras lejanas. De esta manera, sigue dormido. Desconoce que está en él el poder para despertar, que sus cinco sentidos esperan la orden únicamente de su corazón.

Entre sueños se lamenta de su suerte, cree que la Vida lo ha olvidado. Se cree insuficiente o que no merece todo el amor de este mundo. Otras veces se siente culpable por lo vívido entre lucha y lucha... Se siente olvidado, solo, separado del resto... Pero en este instante está todo el potencial para ser feliz, si se abre a ello...

Tampoco recuerda que sus alas (extensiones de su corazón) podrían llevarle a cualquier rincón de este universo y así sanarlo con tan solo dirigir hacia allí su fuego (extensión de su mirada apasionada). Ha olvidado que nada necesita transformarse en él, sino su propia mirada.

Agradecimiento a las madres que acompañan dragones despiertos

Las madres, con nuestro apego, favorecemos que nuestros hijos sigan en contacto con sus necesidades y ritmos. Algo en nosotras nos lleva naturalmente a respetarles en su desarrollo.

Me gustaría que desde la Escuela y desde la sociedad en general valoremos al fin el vínculo de apego, de confianza, de unión madre e hijo que posibilita que cada niño crezca muy unido a sus propias necesidades.

Pero, en general, la sociedad transmite una idea de peligro cuando respondemos y complacemos las necesidades infantiles. Nos ha vendido a granel esta terrible idea, y son muchos los que la han comprado.

Desde el miedo a que atender a la criatura humana en sus necesidades traiga peligros ocultos, pronto la acostumbramos al carrito para que no se mal acostumbre a los brazos, o lo llevamos a una camita hermosa pero solitaria para que no se mal acostumbre a dormir acompañado... Más adelante le damos deberes cada semana para que no se acostumbre a tener y perder el tiempo de las tardes...

Pero es mucho más productivo y beneficioso para todos atender las necesidades infantiles. Los niños obtienen muchos más beneficios en su desarrollo, y nosotros dejamos de invertir energía en luchas y desgastes por simplemente querer ir en contra de ellos para mostrarles nuestra autoridad. Así, ellos son más felices, y nosotros, también. Una relación estrecha y empática dará sus frutos también cuando los niños crezcan y se conviertan en los adultos de tu entorno, con los que siempre podrás contar, desde su empatía y su amor grande por ti.

Esa unión desde sus entrañas que vive la madre permite que el niño explore confiado el mundo, primero desde sus brazos, cerca, pero cada vez más lejos. Cuanto más acompañamiento recibe, más seguridad en mí mismo y en la Vida siente desde su bienestar, no desde la necesidad ni desde la desconfianza. Es desde la maternidad con apego que una mujer empatiza y atiende las necesidades del propio hijo y lo sabe sabio.

Qué importante es que las madres se permitan sentir desde adentro lo que necesitan ellas y sus bebés... Qué importante es respetar el deseo de las madres... Qué importante es respetar el deseo de los bebés... Una madre que trata de satisfacer las necesidades de su hijo no lo convierte en un manipulador ni en un egoísta malcriado. Un niño que

es respetado puede acoger con respeto las necesidades de su madre y las de los demás.

Cuando continuamente tratamos de empatizar con ellos y acoger sus necesidades, pero ahora estamos cansadas o no nos apetece o no queremos algo, si nos respetamos, ellos nos entienden y comprenden. No nos cuestionan, del mismo modo que no se sienten cuestionados.

Cuando tenemos una relación sincera, estrecha y amorosa con alguien, acogemos sus necesidades sin perder de vista ni desatender las nuestras. Pero muchas veces desde afuera se interfiere de distintas formas en esa conexión. La llamada «educación maternal» tendría que servir para devolverle la importancia que merece al instinto, a los deseos, a las emociones, al saber profundo del cuerpo materno y del cuerpo del bebé ¡Y entonces ya no la llamaríamos 'educación'!, sino más bien «escucha maternal».

Del mismo modo, también cambiaría el nombre a las Escuelas de Padres, para devolverles la confianza en su saber y en el saber de sus propios hijos. Basta ya de profesionales de la paternidad y la maternidad más allá de cada madre y cada padre, profesionales de su situación.

Hemos depositado la confianza en nosotras, la confianza en nuestros cuerpos de mujer y la confianza en nuestros bebés, en expertos y en instituciones. Seguimos las pautas que nos dan pediatras, maestros... con su mejor intención y la nuestra, sin saber que nos vamos alejando ambos (nosotras y el bebé que llevamos en brazos) de escuchar nuestra propia sabiduría.

Pero no es de extrañar: las madres nos sentimos muchas veces tan solas en el camino de la maternidad... Una madre se hace más fácilmente madre dentro de un entorno de mujeres en etapa de crianza y lactancia.

La criatura humana también necesita desarrollarse dentro de este entorno que nutre a su madre, que a su vez la nutre a ella: la

Tribu perdida. Antiguamente, eso existía. En algunas familias extensas con abuelas, tías... aún existe. Pero la mayoría de las veces con desvalorización de lo femenino y maternal en favor del sistema establecido y patriarcal.

La ausencia de este entorno de sostén y arropamiento, de esa tribu de las madres, ha contribuido y contribuye a nuestra pérdida de confianza, de poder, y a que fácilmente cumplamos con lo previsto por el sistema.

Ahora, una mujer tiene a un bebé y se siente sola, en su piso, aislada, agobiada, frustrada y conecta con el «no puedo» y con las demandas aparentemente excesivas de su bebé. Es fácil que prefiera entregar a su bebé al Sistema y volver a recuperar su vida de antes... ¿Dónde está su entorno de mujeres? Seguramente está en el grupo de lactancia de su pueblo, o puede crear ella misma uno poniendo carteles, como yo misma hice al nacer mi primer hijo: «Busco más madres con las que compartir». Mujeres que le cuenten que han pasado o están pasando por ahí... Por ese territorio leído en las revistas para futuras madres donde se suele presentar como maravilloso, pero que pocas mujeres reciben directamente de la vivencia de otras madres.

En nuestros tiempos se han destruido ese tipo de entornos nutritivos para las madres, y el Estado se encarga de cubrir esas carencias o huecos en la vida de las madres acogiendo a las criaturas en instituciones supuestamente especializadas para que ellas puedan volver a su vida de antes a la mayor brevedad posible.

Estamos asistiendo a una externalización de la crianza por falta de Tribu. Pero la mujer se está perdiendo un mundo, una vivencia de sí misma que le pertenece y que repercute en sus hijos y en toda la humanidad.

Además, con esta estructura familiar tan aislada, volvemos a requerir del sistema también para cuando somos mayores... Los ancianos no caben, no sirven, no producen, no saben...

Hemos destruido el entorno social en el que es posible de manera natural el desarrollo de los seres humanos, donde cada uno tiene un sentido, un lugar, una importancia y, a su vez, está estrecha e íntimamente unido a los demás.

Fue en un grupo de madres llamado Gemma (Grupo de embarazo y maternidad) que conecté con la revolución secreta o invisible que podemos hacer y hacemos las madres a favor de un mundo mejor... Allí, una madre me contó que prefería no trabajar y criar a su hijo. Esa idea me sacudió, y pude abrir mi mente y escuchar mi corazón. Se acercaba mi incorporación al trabajo tras mi baja por maternidad, y algo interno se rompía solo de recordarlo... Ella me dijo (lo recordaré siempre): «Prefiero comer lentejas todos los días, pero ver crecer a mi hijo».

Volví a casa removida y se lo conté a Sergio. Me dijo: «Bueno... hagamos números y veamos». —No, le dije. —Si hacemos números no lo haremos nunca. Lo probamos, me pido una excedencia y si tengo que volver a trabajar porque no llegamos con un sueldo, lo haré.

Así fue cómo yo también elegí las lentejas y ver crecer a mi hijo. Además, nunca comimos lentejas más de un día a la semana. Y encima llegó otro hijo y ahora un tercero. La Vida responde ante nuestra confianza en ella.

Pude aventurarme a vivir estrechamente junto a mis hijos y acompañarlos día a día en su crecimiento. Un regalo que sin duda me llevo de esta vida y que me ha permitido reconectarme a su lado.

Desde aquí mi más sincero agradecimiento a todos los grupos de apoyo madre a madre, a los grupos de crianza y a todas las iniciativas que acompañan y sostienen a las madres a través del necesario contacto directo, pero también desde el bienvenido mundo virtual (redes sociales, foros de crianza...). Gracias a todas las mujeres, y también a todos los hombres que caminan junto a ellas cuidando las semillas del nuevo mundo, pues sin esos maravillosos hombres empoderados en la crianza y el acompañamiento a sus hijos, que tampoco encuentran

demasiadas referencias de lo que sí quieren ser como padres, esta rEVOLución no sería posible.

El despertar infantil

Cuando un niño ha sido respetado, es sencillamente capaz de escucharse y seguir los dictados de su corazón. Cuando un niño ha sido manipulado, chantajeado, censurado y dirigido desde afuera aprende a acallar su corazón y esperar indicaciones desde afuera.

Un bebé tratado sin respeto por sus propios intereses, como por ejemplo cuando los adultos corrigen o limitan sus movimientos mientras aprende a desplazarse a su ritmo y según su propio interés, va aprendiendo que no es del todo responsabilidad suya lograr un desarrollo óptimo motriz, y que no se confía en sus propias habilidades.

Cuando más tarde ese niño empieza a ser guiado verbalmente en lo que «le conviene» aprender, pospone de nuevo su propio programa interno de aprendizaje y delega el desarrollo de su potencial en manos de los adultos. Los adultos se convierten en «quienes saben» y tienen la responsabilidad sobre el propio aprendizaje.

Aparentemente, la reconexión en los niños es más sencilla que en los adultos por estar más cerca de su propia programación interna y porque sus corazones hablan más alto. Pero veamos algunas sorpresas que puede traernos el camino hacia el despertar de los dragones:

¿CÓMO PODEMOS DARLES LA OPORTUNIDAD DE IR DESPERTANDO? Imagina que tienes la oportunidad de acompañar a un niño desconectado de su propia escucha, un niño acostumbrado a seguir indicaciones ajenas. Puedes empezar por estar atento/a a sus demandas. Cualquier demanda infantil tiene todo el valor por absurda que parezca.

Se me ocurre empezar por preguntarnos ¿En qué le dejamos participar y decidir en casa y en la Escuela? ¿En qué medida lo reconocemos como protagonista de su propio proceso de aprendizaje? ¿Le dejamos tiempo suficiente para sus asuntos?

Una mamá me comentó que si dejara a su hijo gestionar su tiempo libremente, se la pasaría en el sofá viendo la televisión. El programa interno de un niño puede tener dificultades para hacer frente y competir contra herramientas anulantes o con efectos de encantamiento como el televisor o los juegos de ordenador ¡Qué decir de astutas argucias de un sistema económico capitalista que permite abusos como la publicidad destinada al público infantil o los mensajes de todo tipo bajo la inofensiva apariencia de un dibujo animado! Pero lo que más debiera ocuparnos es ofrecer tiempo y presencia disponible a nuestros hijos. Entonces, no necesitarán ni la tele ni ningún tipo de enajenador o desconector de sí mismos.

Es posible que un niño haya aprendido a desplazar sus demandas de afecto y atención hacia aparentes necesidades de dulce, juguetes u otro tipo de sucedáneos afectivos. Pero teniendo en cuenta su petición de Amor encubierta, esas demandas desplazadas irán disminuyendo.

Es importante que nos comprometamos a atender sus necesidades y demandas. Con nuestro apoyo y confianza, podemos contribuir a que cada niño respete y escuche esa voz interior que le guía: la voz de su corazón. Es probable que necesite un tiempo indefinido de confianza por tu parte, un tiempo para recuperar la confianza en sí mismo. Es posible que haya hecho suyos los mensajes que ha recibido del exterior y ahora crea que jugar es perder el tiempo o que son otros los que saben qué es lo importante de esta vida o lo que es adecuado hacer o aprender... Va a necesitar de tu mirada amorosa para comprender que el poder está dentro, y que necesita volver su mirada hacia allí, como aquel árbol con raíces superficiales, acostumbrado a que lo regaran, que va a poder adentrar sus raíces profundamente en la tierra, confiando que el agua le espera, para de esa manera fortalecer el vínculo consigo mismo, con sus capacidades. Sólo así la Vida le dará el regalo de hacerlo más fuerte frente al viento.

Con paciencia y respeto adultos, los niños volverán a encontrarse. Dejemos espacio y tiempo infinitos para reconectar con sus necesidades internas.

También es importante llevar la mirada hacia los espacios y materiales que les estamos ofreciendo. A menudo nuestras casas están repletas de juguetes que ofrecen muy poca variedad y riqueza de posibilidades para su desarrollo. O las Escuelas están vacías de propuestas que permitan el aprendizaje autónomo ¿Están rodeados de ambientes nutritivos en experiencias? La Naturaleza ofrece a los niños un valor incalculable, pero recuerda: «En casa, el mayor recurso eres tú». Y en la Escuela ocurre lo mismo. Cuando un maestro internamente está disponible de verdad para los niños, sin necesidad de hablar es como si les hubiera dicho: «Aquí estoy, ¿alguien necesita algo de mí?».

Los niños necesitan de una mirada confiada y amorosa adulta para dar sus primeros pasos hacia la reconexión.

Brindando oportunidades para el juego simbólico o para expresarse creativamente, un niño que se siente confiado y acompañado amorosamente mostrará lo que lleva dentro: lo que le preocupa, lo que le tensa...

Ahora, gracias a tu presencia, encuentra el permiso para expresar las tensiones acumuladas y mostrar aquellos episodios de dolor que fue guardando en su vida: momentos de miedo, separación, represión o diversos tipos de violencia más o menos invisible.

También puede ocurrir que te pierdas en este acompañar con respeto a las necesidades de los niños y descuides o violentes las tuyas... Puede que te proponga jugar o hacer algo que a ti te violenta, para ver dónde estás y quién eres, para reconocerte, para encontrarte incluso a través tus límites. Ese niño puede estar preguntándose si de verdad tú estás disponible, o si lo estás en este momento. Puede que necesite averiguar hasta dónde llega esa disponibilidad que intuye en tu voz, en tu mirada, en tu actitud corporal... Pero recuerda que lo que te

está pidiendo es que seas coherente contigo mismo/a. A su lado, cada momento es momento para escucharte y respetarte.

Lo que ahora no sientes ganas de hacer, mañana o luego puede apetecerte. Mostrarnos sinceramente ante los niños les ayuda en el camino de conocernos y respetarnos, de conocerse y respetarse. Recuerda: respétate para respetarles a ellos y, sobre todo, para mostrarles que es importante que se respeten a sí mismos con tu vivo ejemplo.

También puede ocurrirte que ese niño acostumbrado a unos límites tan restrictivos en su movilidad y exploración, ahora, desde tu mirada más respetuosa y confiada, quiera medir de nuevo sus límites físicos o recorrer y atender necesidades de etapas anteriores.

A menudo el paso de la autoridad a la receptividad supone ciertas conductas en los niños que no nos esperábamos. Podemos esperar que se comporten de una manera más autónoma e independiente y descubrir sorprendidos que nuestra receptividad los tiene más apegados a nosotros que antes. ¡Claro! Si hasta ahora habían necesitado atención y afecto, vínculos estrechos desde los que poder explorar confiados el mundo pero no llegaron a recibirlos y fueron empujados a esa conquista precoz, ahora, al vernos disponibles a sus necesidades, es posible que necesiten reconstruir más amorosamente esos momentos de carencia para poder después avanzar en su desarrollo autónomo.

Es algo así como que si estás disponible quiero decirte que en realidad hay asuntos que tengo pendientes desde hace tiempo... Y que si realmente me ofreces tu acompañamiento, es mejor que sepas desde dónde partimos realmente. Ese niño no trata de tomarte el pelo o ponerte a prueba, ni pide algo que no necesita.

Ahora siente la confianza suficiente como para dar un paso atrás que le permita el verdadero progreso, recuperando gracias a ti su confianza en los adultos para poder recuperar la confianza en sí mismo. Mostrándose sin censuras para que lo ames sin condiciones.

Hasta ahora puede que fuera ignorado cuando tratara de mostrar sus dificultades a los adultos que le acompañaban. O que fuera reprimido cada vez que se expresaba a través del llanto, entendiendo que necesitaba contener para sí mismo su malestar y su dolor. Puede que en el camino de evitar sentir tanta tensión y tanto dolor encontrara como alternativa adoptar ciertas conductas: morderse las uñas, autolesionarse, tartamudear, enuresis nocturna, pesadillas, chuparse el dedo... Y es posible que ahora que, con tu receptividad corporal y tu mirada amorosa, le estás dando internamente permiso para mostrarse, necesite quejarse o llorar cuando le moleste algo (por desproporcionado que nos parezca) para restablecer un equilibrio interno que hace tiempo necesitaba ser restaurado.

Un largo y sentido llanto es capaz de devolver la paz y el equilibrio a ese niño. ¡Qué importante es que acompañes sin juicios el llanto de ese niño! recordando en tus ojos que es alguien valioso e importante, que puede contar contigo sin necesidad de esconderse.

No me cansaré nunca de dar valor y proteger el llanto infantil y adulto. Ese gran mecanismo humano de reequilibrio interno que hemos desprestigiado y reprimido social y culturalmente pero que es un gran patrimonio de la humanidad.

El despertar adulto

Quien mira hacia afuera sueña, quien mira hacia adentro Despierta, Carl G. Jung.

Existen seres más rebeldes y existen seres más adaptables ante un Sistema Educativo limitante... Todos tenemos nuestro programa interno y todos estamos en riesgo de acallarlo.

Nacer de una forma respetuosa, crecer como bebé de una forma respetuosa y ser —en definitiva— acompañado en tu proceso de

aprendizaje de una forma respetuosa son variantes que ayudan a seguir escuchando alto y claro tu propio camino.

Pero también he conocido corazones de voces fuertes que ante una vida con experiencias de violencia (considero violencia la desatención a nuestras necesidades) han sabido mantenerse reconectados. O el caso de quien llega a adulto tras toda una vida supeditada a un guión escrito desde afuera, y al fin detiene su vida y se toma todo el tiempo del mundo y se da todo el permiso para esa reconexión con su programa interno.

Alguien conectado o reconectado consigo mismo es un gran regalo para los niños que acompaña. Acompañar a niños conectados es un gran regalo para cada adulto desconectado.

A menudo nos cuesta amar incondicionalmente a los niños porque tampoco nos amamos incondicionalmente a nosotros mismos. Nos cuesta tanto amar incondicionalmente porque no hemos tenido esa vivencia en nuestro propio acompañamiento. Pero nuestro corazón, nuestra verdadera voz interior, sigue hablándonos. Solo necesitamos amor y confianza en nosotros mismos, infinita paciencia y respeto para poder escuchar a nuestro corazón.

A menudo es desde adentro que ya hemos instalado un programa limitante: una voz interior que es ahora también la nuestra y que parte del miedo y la desconfianza en el mundo y en nosotros. Hemos hecho nuestras todas aquellas directrices del exterior, y ahora ya nos guían desde adentro de nosotros mismos. Es por eso que reclamamos la importancia de bajar de la mente al corazón. La mente tiene mil razones; el corazón, solo certezas. Pudieron o pudiste oprimir tu pericardio, el lugar donde se aloja tu corazón, pero desde allí dentro seguiste hablando y seguirás haciéndolo mientras vivas. Siempre confiando en que llegue el momento en que camines siguiendo sus dictados. Pueden decirte y programarte lo que pensar, pero nadie podrá sustituir la canción de tu corazón.

Capítulo 11

Qué esperar de un Dragón

La infancia es grande. Y necesita que humildemente bajemos nuestro cuerpo y nuestra mirada a la altura de sus ojos para que nos muestre el camino.

La oportunidad de acompañar a los niños es un regalo para quien esté abierto internamente a recibirlo. Desde mi experiencia, he comprendido maravillada que los niños son mis maestros de la vida. De su mano he recordado lo que de veras es importante: la alegría de la vida escondida en cualquier pequeño gran tesoro, invisible para cualquier adulto dormido. También que solo tenemos el aquí y ahora. Y que la vida es un juego.

Los niños han sido capaces de recordarme la sabiduría infinita con la que venimos a este mundo si somos capaces de escuchar y abrir nuestros corazones. Ahora necesitan que liberemos de una vez nuestros corazones adultos y permitamos que fluya el amor allá donde estemos, también en la Escuela...

Pero la Educación actual, la que forma parte de un Sistema Educativo limitante, también necesita de nuestra mirada amorosa. No necesita que la culpabilicemos ni la juzguemos, necesita que la miremos con amor y comprensión. Es solo desde ese lugar que lograremos construir algo nuevo. Desde una mirada amorosa y comprensiva hacia el Sistema actual, comprendiendo el momento que atraviesa la Humanidad, llegaremos más lejos. Venimos (y aún estamos ahí) de una necesidad de la Humanidad por valorar el hacer, el producir, el tratar de controlar los procesos...

Comprendiendo lo vivido anteriormente, nuestra historia, entendemos que no podíamos hacerlo de otra manera. Avanzamos hacia

la confianza y el amor, aunque venimos del miedo y la desconfianza. La confianza permite. La desconfianza controla.

Pero no se trata de luchar por una nueva forma de crianza o de educación, ni siquiera de acompañamiento. Las luchas provienen de una falsa sensación de amenaza o de separación. Todos somos Uno. Nada me hace mejor, tampoco peor, que los maestros que hubo antes. Dejemos los juicios de valor de lado y empecemos a comprender y abrazar a cada parte de nuestro cuento llamado «la historia de la humanidad».

El pensamiento «yo cuidaré de estos niños mejor que mi madre/padre/maestras/os...» no puede hacer raíz en ti, pues el cuidado de un ser no puede ser comparado con el cuidado-experiencia que tuvo otro ser.

El Amor y Agradecimiento a tu madre y a tu padre, a tus maestros y a todos los adultos que te acompañaron en el camino te enraizan para que puedas cuidar de ti, de tus hijos y de los niños que acompañas en su camino desde la paz y la unión de tu corazón.

Soy consciente y proclamo que las implicaciones de activar esta nueva mirada en el acompañamiento infantil tendrán su efecto a nivel planetario: estaremos más conectados con nuestro cuerpo y con el resto de los seres, seremos más respetuosos con nosotros y con los demás, tendremos más consciencia como humanidad de lo que es la calidad de vida sin aceptar determinadas condiciones irrespetuosas o precarias por válidas... A nivel social, también podremos encontrar cambios profundos: prioridades diferentes a la hora de destinar recursos y energía, reivindicación de cambios en el sistema productivo que afecten a una reorganización de horarios y organización diferente del tiempo...

Pero si, por el contrario, seguimos potenciando Escuelas para niños mentales y desconectados de su creatividad y de sus cuerpos, ellos nos llevarán desde la desconexión de sí mismos hasta una pobre

vivencia y un débil vínculo con una Madre Tierra desconocida, descuidada, desprotegida y destruida.

La Vida necesita que despertemos y que permitamos que las generaciones futuras permanezcan despiertas. Que la Educación deje de servir para adormilar dragones; la Educación necesita un nuevo enfoque que permita un crecimiento real de los Seres humanos.

El Amor y el respeto por la libertad de aprendizaje son los pilares de la nueva Escuela. En realidad, no es una mirada o una versión nueva, es la vieja versión de ligar Educación a corazón que tantas veces se ha predicado y tan poco se ha practicado.

Nos sorprenderemos cuando permitamos que cada ser siga su programa interno desde la fuerza invencible e infinita que nos da la motivación interna, una fuerza invencible que me gusta equiparar a la del dragón. Nos sorprenderemos a corto y a largo plazo.

Nuestro mundo, nuestra sociedad, necesita personas con ganas vivas de aprender, con ideas únicas y diferentes. Gente apasionada y feliz en lo que hace. Nuestro mundo no necesita más ovejas para el rebaño. Necesita dragones bien despiertos.

Sí, otro mundo es posible, y en casa y en la Escuela está el jardín donde esa semilla duerme o crece despierta.

¿Qué se puede esperar de un dragón?

Cuentan que Confucio conoció a Lao Tse y dijo de él: «Uno puede esperar el vuelo de las aves del cielo, puede esperar la fluidez del pez en el agua o la firmeza de la roca... Pero ante un dragón... ¿Qué se puede hacer? ¿Qué se puede esperar? Ante él (Lao Tse) sólo puedo bajar la cabeza, lleno de arrobamiento, sin palabras, sin pensamientos; nada está por encima de su Luz...».

Todas y todos somos dragones. En nosotros permanece toda la Vida —no solo durante la infancia— el potencial del dragón. Todos